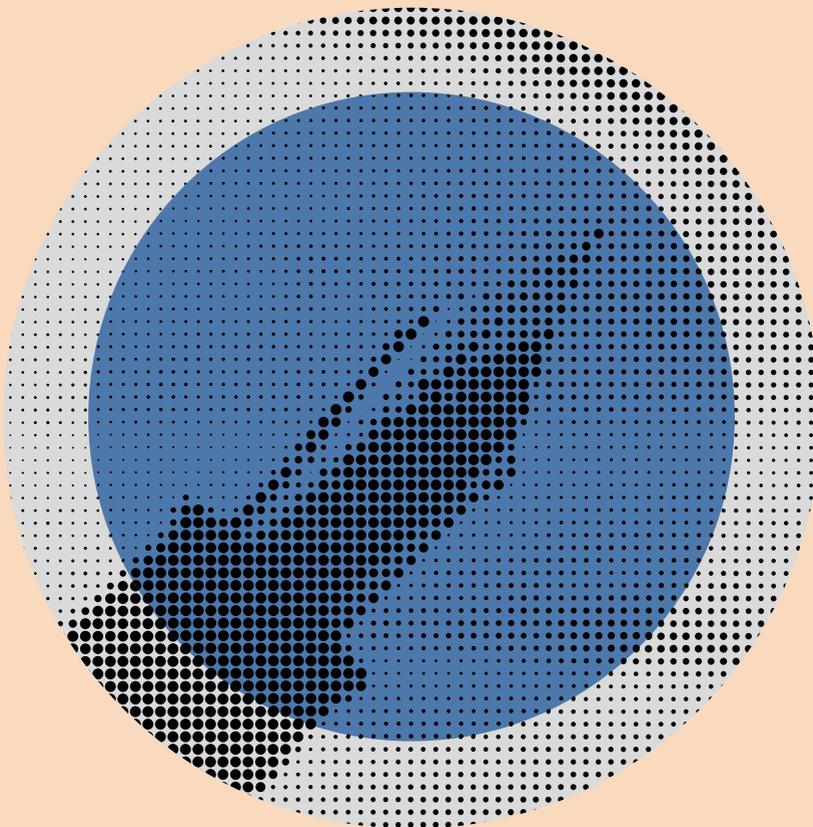


CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD



Cooperación
Española

BATA
MALABO

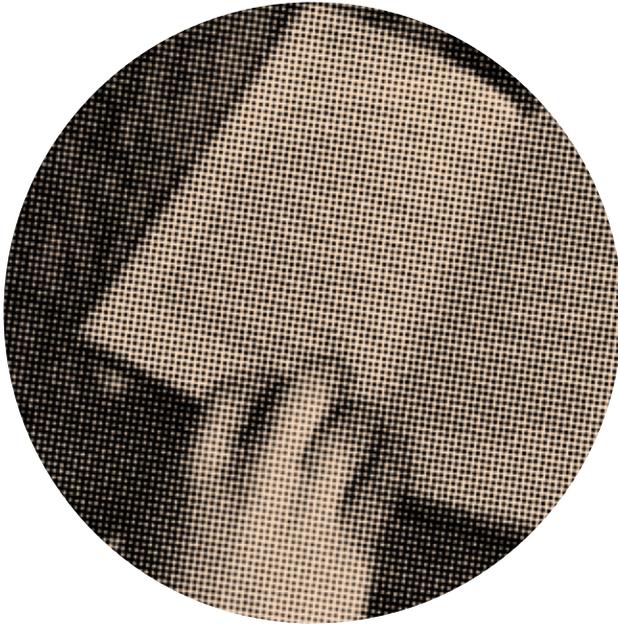
2020

CERTAMEN LITERARIO



*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

2020



Derechos de Edición

© de la edición, AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© de los textos y fotografías, sus autores

Catálogo general de publicaciones oficiales: <http://publicacionesoficiales.boe.es>

Biblioteca Digital de la AECID-BIDA: <http://bibliotecadigital.aecid.es>

Créditos

- NIPO en línea: 109-21-036-0
- NIPO impreso: 109-21-037-6
- Corrección de estilo: Julio Sieiro Torrero
- Maquetación: Capa Identidad Creativa

Consejo Editorial

- Álvaro Ortega Santos
- Donato Ndongo Bidyogo
- Grimaldo Eko Ndjoli
- Nadia Valentín Pardo
- Reginaldo Lopeo Beaká

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal

IN MEMORIAM

ANASTASIA BINOHARI MELEO
CARLOS NVÓ OBAMA
DOROTEA MEDICO MATOMBA
EULOGIO VILLAHUETE PELAYO
JESÚS-GASPAR DUANA BAYO
JULIO MOTO EPITIE

PRÓLOGO INSTITUCIONAL | 9

ADIÓS A CARLOS | 12

BIOGRAFÍAS

GUY MERLIN NANA TADOUN | 15

GINÉS RONDO CATALÁN | 16

CARLOS BOLETE LOBETE | 17

CHRISTOPHER ADA | 18

NELIA BOTÉY TOPAPORI | 19

TEXTOS

NARRATIVAS

LOS ÁRBOLES NUNCA MIENTEN | DIARIO DE UN ALMA CONFINADA | 21

EL CAMINO FÁCIL | 58

POESÍAS

VIDA Y DILEMA | 110

TEATRO

VOLVER | 124

SECCIÓN ESPECIAL RAQUEL ILOMBE

VOLVER A EMPEZAR | 161

Hace 40 años, la hoy centenaria Dirección de Relaciones Culturales y Científicas promovió en Malabo el primer ejercicio de centro cultural binacional. Éste formó parte de una incipiente Cooperación Española que daba sus primeros pasos en Guinea Ecuatorial.

Fruto de ese esfuerzo colectivo surgieron varias iniciativas, algunas de las cuales cruzaron el umbral del siglo XXI, y otras como el propio Centro Cultural Hispano-Guineano evolucionaron hacia nuevas formas. Así, con 4 décadas de existencia, el “Certamen literario 12 de octubre” se ha consolidado paulatinamente como una cita obligatoria.

Esta recurrente convocatoria ha contribuido a cristalizar una generación de escritores llamada por el doctor Anacleto Oló Mibuy como la de la ilustración guineoecuatorial, sin la cual “no estaríamos literariamente -en palabras de Donato Ndongo-Bidyogo- a la altura de donde estamos hoy. Estos Certámenes han permitido sacar a la luz una serie de obras, alguna de ellas importantes para la

literatura guineana. Al mismo tiempo, representan un importante estímulo para que los ánimos de los que se sienten con vocación y aptitudes de escribir no decaigan y sigan ejercitándose en esa tarea tan difícil como necesaria que es la literatura”.

Con la experiencia adquirida a lo largo de estos años se incorporó en la convocatoria del 2011 una sección especial -dedicada a la escritora Raquel Ilombe- con la finalidad de visibilizar las obras de las escritoras.

Más recientemente, la implementación de la Estrategia de Respuesta Conjunta de la Cooperación Española a la Crisis del COVID-19 requirió soluciones audaces, y desde la cooperación cultural se virtualizaron las actividades y programas. Y puesto que la virtualización permitía trascender las fronteras geográficas, se tomó una decisión postergada año tras año, abriendo el llamado editorial a la producción literaria en español originada en los países que comparten los mares de Guinea Ecuatorial.

Una histórica decisión acorde a las conclusiones del I Encuentro de Hispanistas África-España (Las Palmas de Gran Canaria, 2019), que instaban precisamente a visibilizar a la llamada “otra hispanidad” -la africana- y a contribuir al mejor conocimiento de la producción de literaturas africanas en español.

Se abre así esta veterana publicación no sólo a una nueva generación de escritores ecuatoguineanos, sino que se someten igualmente a la revisión del Consejo Editorial sugerentes propuestas desde Nigeria, Camerún, Gabón e incluso Santo Tomé y Príncipe.

Esta selección regional del 2020, preludio y compromiso de siguientes convocatorias, queda recogida tanto en esta edición física como en la digital, incorporándose ambas al acervo de la Biblioteca de la AECID.

Las obras quedan así accesibles a través del “Fondo Guinea Ecuatorial” creado por las bibliotecas de la Cooperación Española en Madrid, Bata y Malabo con motivo de los 50 años de la independencia ecuatoguineana. Este fondo especializado cuenta con una etiqueta propia (690) que aglutina actualmente cerca de 600 registros del catálogo de monografías impresas y 300 de la biblioteca digital.

Espero que disfruten con esta selección.

Antón Leis García | Director AECID

¡ ADIÓS CARLOS !

¡Adiós Carlos! Me hubiera gustado leerte un buen poema, una elegía como elogio de tu obra. Recitar tu vida como un verso de Juan Ramón Jiménez, cuando describía su propia vida después de la muerte. El poeta andaluz decía que todo seguiría igual tras su último suspiro. Para nosotros, tras tu brutal desaparición querido hermano y colega NVO, la vida ya no será como antes. Todo ya no seguirá igual.

Porque ya no volveremos a verte. Nunca más te encontraremos ahí, en tu puesto de trabajo como gestor del Centro Cultural de España en Malabo. Ya no volverás a mandar tus breves notas a Kike León, coordinador en Madrid (AECID), para enviar nuevo material al Centro de Malabo. Ya no volveremos a discutir contigo y con Álvaro Ortega sobre las Bases Generales del Certamen Literario 12 de Octubre, Día de la Hispanidad, ya no volveremos a ver tu cara en primer plano en el equipo de redacción de la revista del CCEM.

Tampoco volveremos a valorar tus habilidades en una partida de Akong, ya no nos hablarás más del pensamiento de Donato Ndongo Bidyogo, ni de las estrellas de la cultura guineana, de Gorsy Edú, de Ramón Esono Ebalé, de Barón Yá Buk Lu, de Negro Bey, de Trifonia Melibea, de Boturu y de la nueva poesía de Juliana Mbengono. Ya no nos volverás a hablar de la saga de Concha Buika, ni del profesor Justo Bolekia, ni del inefable Maximiliano Nkogo, ni de los escritos de José Siale Djangany, ni de las leyendas de Maria Cristina Djombe, ni de La Carga de Juan Tomás Ávila Laurel, ni de los Cuentos en el Abáa, ni de las Campanas de Moka, ni de la isla de Corisco, ni de Annobón, ni de los poemas de Raquel Ilombe, ni de la palabra de Juan Balboa Boneke, ni del soplo de Ciriaco Bokesa, ni de los reportajes de la TVGE, ni de las

lecciones en la UNGE, ni de las conferencias de la Semana de la Literatura Guineoecuatorial, ni de los versos de aurora de Anacleto Oló, ni de los escritos guineanos. Todo eso se ha ido contigo en el mundo de los Ancestros. Allí donde también está otro ilustre NVO que en vida se llamó Enrique.

Pero aun con esto, te quedas con nosotros nuestro querido Carlos, porque tu obra, tu trayectoria personal, tu vida, que brotó un día en tierras riomunenses y se vistió de colores malabeños, fue todo un proyecto de sociedad que heredamos hoy como un monumento cultural a la vez que renacimiento espiritual. La vida es muerte y viceversa. Tu amor a la cultura te ha hecho inmortal. Tu trayectoria estelar en el laberinto de nuestra selva lo has hecho con alma profunda y alas de artista que supo reproducir en nuestra tierra lo más hermoso de nuestra colectividad. Porque siempre has prestado servicios valiosos a nuestro sesgo cultural guineoecuatorial. Y ese es tu gran mérito, al ser referente y reflejo de los mil colores de nuestra propia creación, proyectando nuestra imaginación, con sesiones de teatro, con música de tam tam, con esculturas de barro guineano, con imágenes de Batoicopo, con recursos de nuestra historia oral, con nuestro presente pasado con nuestro futuro presente. Todo un ciclo vital bantú.

Una gran realización fue la obra de tu vida. Hoy, tu alma de artista y animador vuela ligera hacia el mundo de nuestros Ancestros para siempre estar presente entre nosotros.

¡Querido NVO muchas gracias!

Joaquín Mbomío Bacheng



Guy Merlin Nana Tadoun. Nacido en Ndoungué, Littoral (Camerún), el 6 de octubre de 1974. Obtuvo su licenciatura en Literatura Española en la Escuela Normal Superior de la Universidad de Yaundé, y posteriormente, tras conseguir una beca de la AECID, se doctoró en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca con su tesis doctoral “Antonio Colinas o la escritura como aventura circular: Poesía y transtextualidad desde su última trilogía”.

Ha publicado varios libros y artículos sobre literatura española, hispanoamericana y ecuatoguineana, y ha sido merecedor de distintos galardones como los otorgados por la Embajada de España en Camerún entre 1997 y 2002, el Premio Africano de Poesía (1999) del Centro Cultural Saint Louis, Senegal, el Premio Nacional de Poesía (2000) del Ministerio de Cultura de Camerún, la Mención de Honor en el Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística (2009) o el primer premio de poesía y prosa de la Semana Cultural de España en Camerún (2010).

En 2014, la Biblioteca Africana de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes incorporó a su acervo dos sus obras poéticas (“Equinoccio”, “Mar de ébano”) y “Rumbo a Melilla”, fragmento de una novela inédita de igual título sobre inmigración clandestina.



Ginés Rondo Catalán. Nacido en Rio Campo, Litoral (Guinea Ecuatorial) el 13 de noviembre de 1994. Se despeña profesionalmente como inspector de impuestos y censor de Cuentas del Estado, dentro del Ministerio de Hacienda, Economía y Planificación.

Creador polifacético, destaca su trabajo como orador y monitor de motivación y crecimiento personal, cultiva igualmente los géneros de ensayo y poesía o el rap.



Carlos Bolete Lobete. Nacido en Rebola el 13 de octubre de 1997 (Guinea Ecuatorial). Está cursando actualmente la carrera de Filología Hispánica en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

Como poeta ha sido ganador del segundo premio del “Certamen Literario Miguel de Cervantes” (2020) de la Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española (AEGLE) y recientemente el segundo premio del certamen literario “Sabor a miel” de Dreams Hub.



Christopher Ada. Nacido en Micomeseng (Guinea Ecuatorial) el 13 de agosto de 1996, se encuentra actualmente estudiando la carrera de Informática en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

Entre sus publicaciones destaca la novela “Juntos antes que anochezca”, donde relata con crudeza la cotidianidad de la marginación y la violencia que sufre el colectivo LGBTQI+ en Guinea Ecuatorial; y su participación en el libro de poesía “Antología de Chueca al Cielo”.

Ha participado además como actor y guionista de varios cortometrajes y obras teatrales.

Entre otros, cuenta con el Premio del Certamen Bilingüe Cosas de Mujeres (2018) del Instituto Francés de Malabo y el segundo premio por la región insular en el concurso de relatos cortos “Guinea Escribe”-Premio literario Fundación Martínez Hermanos (2020).



Nelía Botey Topapori. Nacida en 1987, es natural del poblado Barriobe, distrito de Baney (Guinea Ecuatorial).

Es egresada de la carrera de Ciencias de la Información por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) y ejerce profesionalmente como periodista y comunicadora especializada en el ámbito cultural.

Entre sus aficciones destaca la lectura y mirar grandes series de crimen e investigación.

Narrativa

LOS ÁRBOLES NUNCA MIENTEN

DIARIO DE UN ALMA CONFINADA

Guy Merlin Nana Tadoun

*A mis amigos de España y Francia y a mis amigas de Argentina
(Marisa Pérsico, Corina Moskovich y María Lanese),
dedico este libro escrito en tiempos de corona.*

PRIMERA PARTE

LOS ANDENES DE LA MEMORIA

CERO (UMBRAL)

En un lugar de África, cuyo nombre no me dejan revelar (por la progresiva y abierta españolización de algunos de sus escritores), reside y escribe, confinada, una pluma ayer peregrina, natural de este país. Hace pocas horas que ha decidido aprovechar el tiempo del confinamiento para, de un tiro literario, matar tres pájaros: escribir a diario para no enloquecerse de aburrimiento, ir y venir al ritmo de la agridulce pandemia y reavivar la caduca memoria de remotas épocas. Pues esta no es una poesía, sino un diario íntimo y público que se ofrece al lector como la lírica peregrinación de un desalado pájaro en vuelo.

UNO

Como de aquí en adelante nos lavaremos las manos más de la cuenta, intuyo, desde el telegráfico umbral del trágico diario, la ruptura que trae a los pueblos menos desarrollados la gran metamorfosis del siglo veintiuno. La vida hecha viacrucis, horrenda herida, inhabitual e incómoda, como una hoja teñida de marciales instrucciones, peor que cualquier injerencia, que cualquier imperialismo o autoritarismo. Parece poco eufemismo decir que se nos cae encima toda la bóveda azul. Se van apagando casi todas las lámparas de la ya aparente felicidad. Negligencia. Impotencia. ¿Miedo al eterno dueño o sadismo colectivo? Llagas y llanto en el corazón. Lluvia de remordimientos sin arrepentimientos. Lutos nacionales. Orgullo gubernamental. Pero las cosas no podían menos que ocurrir, tras el terrible aterrizaje de los aviones de sombra.

Dos

Macabra mañana de marzo de 2020. Día diecisiete. Tarde sin siesta. Noche sin fiesta. Luna sombría, tenue luz augur de las más tensas incertidumbres (...) Por primera vez desde que nacimos sin mascarillas, atisbando la luz entre árboles sin geles ni genes, amanezco con guantes y mascarillas. El orbe se desmorona. Caos y muertos “a cataratas”. Cenicienta y silenciosa, la tarde es un desordenado relato entrecortado, un interminable verso sin metro, una elegía descompuesta, un diario sin fechas, hecho de palabras que tienden a sacudir los pilares de la más inalterable vida, de la más sólida fe en la ciencia y de la mansa certidumbre del cielo.

Tiempo de confinamiento sin suficientes medidas acompañadoras. Al menos, de momento. Entre diarios y telediarios, los medios de comunicación pintan con apocalípticas imágenes los muros de la actualidad. Facebook se enfrenta a infinitos vídeos rodados en casas sin sol, expuestas a la habitualidad de la distancia, a la pesada costumbre de hacer las mismas genuflexiones ante altares aparentemente insensibles. Mientras tanto se callan las capillas como palomas de celestial canto invernal, hundido en los sofocados ajetreos de los valles enlutados.

TRES

Nuevas noticias de China, foco angular de la pandemia. Me cansa acostarme sin tener que seguir las huellas de una agenda electrónica. Hay en mis sueños médicos sin fronteras, adolescentes incrédulos sin mascarillas. En mis pesadillas permanece el miedo a acostarme al mediodía, sin aire, sin ningún cacharro respiratorio, definitivamente, sin poder dormir a mi hijo todavía sin diplomas, sin poder despedirme de mis amigas españolas y argentinas, sin poder despedirme ni siquiera a la francesa. Cuando cunde el caos, lloro sin mascarilla y perduran en los andenes de la memoria golondrinas sin nidos, días sin dorados amaneceres ecuatoriales, ansiedad ante los semáforos verdes, toneladas de adrenalina en las venas repletas de medicina tradicional. Hay pánico en los supermercados urbanos, taquicardia en los mercadillos de las comarcas, automedicación en las casas sin horizonte.

CUATRO

Nuevo amanecer en las lomas verdes del terruño. Lejos se quedaron los mostradores de los aeropuertos...Doce años después del exquisito exilio, me parecen pertinentes las decisiones de antaño. Dejar las ilusorias ciudades del mundo para volver a soñar con las calles africanas desde la inestable territorialidad del desempleo, que no duró una eternidad.

Desde África se oye el universal silencio del orbe. El llanto se prolonga y prolonga y se hace planetario, con féretros sin meritorios letreros, cuando no son de segunda o tercera mano. Triste aurora de intolerantes conflictos en los hospitales públicos, en las clínicas sin escáner. Apagarse sin diagnóstico ni oxígeno es morir de corona.

Tardía tarde de intensísima cosecha. De oscura e inmundada cosecha humana. Albas grises en Estados Unidos. Nubes. Bruma. Sombra. Nauseabunda noche. Olor a cementerio costero, siniestramente marino.

CINCO

Fin de las primeras digresiones. Vuelta al redil, al originario lugar de la contemplación. Parcial e inopinado toque de queda. Dicen que África (precipitadamente asimilada a un país) es una curiosidad planetaria. En ambos sentidos..., o sea, positiva y peyorativamente hablando. Cierran las estaciones, y las escuelas, y las iglesias, y las universidades... Como en otras latitudes, de forma automática. Sin pensar, siquiera, en especificidades ajenas o rituales propios, tampoco en las maneras africanas de sentirnos vivos, de morirnos fuera, o de despedirnos, o de volvernos al candente sitio de la ceniza. Toda muerte violenta o repentina se merece un ritual, sobre todo si el muerto o la muerta desempeñan un papel importante en los círculos tradicionales.

SEIS

La rutina llama a la rutina. Lejos de la monotonía profesional, bendigo este instante de gran cercanía familiar. Se están experimentando, desde casa, las maravillas del teletrabajo. Con el confinamiento he podido salvar la tierra fértil

de mi jardín podando la madreSelva, desplazando, con cada rocío, lo que queda de mi reserva vegetal.

SIETE

Alguien añora, desde lejos, la presencia de su prometida. Otro, entre amigos, musita alguna letrilla desesperada. ¡Qué dudosa maravilla! La infidelidad va perdiendo terreno. Se van apagando las luces de los placeres extraconyugales. Y los bares, exquisito cementerio de la desocupada juventud, cierran a las seis de la tarde, en teoría; porque en mi tierra cerrarlos no es mantenerlos sin gente ni copas, pues detrás de algunas puertas a veces silban soledades yuxtapuestas: gente sin trabajo encontrando alivio, corazones sin amor en busca de idilios, alumnos sin mochilas, drogadictos sin domicilio alcanzando paraísos artificiales, ebrios de libertad o libertinaje, según el caso, de inconsciencia e incontinencia.

OCHO

Quién soy yo para avistar, desde mi habitada soledad, ese nostálgico trajín de motocicletas chinas y de coches acelerados, de restaurados restaurantes a punto de cerrar, aferrados a las juergas aplazadas. Ansias de volar más alto, a todo gas, de no poder pasar por el aro de la actualidad, de romper el hielo de ese imposible vaivén de amistades condicionadas, de seres ayer dueños de toda inclinación.

Desiertas están las iglesias; y parecen inhóspitos los hospitales de la capital, todavía carentes de suficientes recursos, en espera del fatal momento, sorprendidos por la crisis que vimos devastar a países supuestamente acomodados. Solo sabe Dios si lloverán cadáveres por las sierras. Solo sabe el Señor cuándo crecerá la contagiosa curva de los fúnebres números. Tan mínimos hasta la fecha. Tan inferiores a lo alarmante como ayer. Menos preocupantes que los de China, de Estados Unidos, de Francia, de España o de Italia.

La Organización Mundial de la Salud augura atardeceres tristes bajo el baobab. África debe prepararse a cosechar lo peor, dice sin tener pelos en la lengua. ¡Ojalá por vez primera fueran mentiras, meras palabras sin concreción, pronósticos truncados, como diagnósticos precipitados, víctimas también de la imprevisibilidad del momento, atravesados por las saetas de estas horas de incertidumbre! Mortíferas horas de marzo, quizá tan decisivas y reveladoras como el camino de Damasco.

NUEVE

Marisa, amiga, como un laberinto de arpones interiores, de fiebre fatal y sombra consecutiva, abril se abre a la impotencia humana de caduca jactancia. Abril se abre a la incapacidad de la ciencia de parar el exponencial avance del coronavirus. Dos semanas después, tras el advenimiento de nuestras malas noticias, pan cotidiano de la indefensa humanidad, he pensado escribir un libro basado en la tremenda pandemia. He pensado escribirlo en otro idioma, pero ya ves que no me sale en lengua gala, sino en la que mejor compartimos tú y yo desde aquella estancia en las ya entrañables calles de Salamanca.

Desde luego sin querer, voy desandando los andenes de la memoria. Procuero ensanchar lo que ayer fue corolario de una taza de té tomada ante un televisor que de Italia daba, sin parar, palpitantes noticias. Aquí y ahí, cerca y lejos de cada soledad confinada y solidaria, se ve como agoniza el planeta. En torno mío y tuyo todo se desmorona, como un orbe al borde de la paranoia. ¡Ay! Tiempo de encierro vencido por lágrimas de dolor, dolor tan testarudo como bravía mar sin balizas, como creciente ruina cosmopolita.

DIEZ

Otra vez te escribo, Marisa, no desde un aeropuerto cerrado. Tampoco desde una feria de libros o un festival de literatura. Te escribo desde un bosque sin nieve, apenas visible sobre un mapa. Te escribo desde un rinconcito de este pañuelo que llaman mundo, oscuro lienzo plagado de veneno que, desde el dieciocho de marzo, me obliga a ser docente sin mochila, moderno dueño de la distancia, educador apegado a las novedades de los androides. Echo de menos (mejor dicho, yo extraño, como diríais en Argentina) la física presencia de mis estudiantes, los chistes de la juventud en busca de camino, de proximidad menos electrónica. Como “vos”, “cho” aborrezco un tanto este tiempo de yuxtapuestas soledades, que por fin entienden, confinadas, la importancia de la solidaridad, la urgencia de la oración, la fragilidad de la ciencia que pretendió explicarlo todo al ser humano, vanidad perdida en la atractiva falacia de omnipotentes redes, impía espuma de laboratorios sin conciencia. Aborrezco también el orgullo de los más fuertes que prohíben, arrodillados, el triunfo de nuestra medicina tradicional.

Falaz tontería.

ONCE

Italia es Roma y Roma todo un símbolo, no solo por Cristo, sino por los cristalinos e infinitos cruces de los que repleta está la literatura. Con el confinamiento, tras visitar vuestras obras, releo a Alberti, pero desde la postura de quien, desde dentro, viaja a los lejanos lugares de la angustia, donde riman podredumbre e incertidumbre, poesía y pandemia, soledad y familia, encuentro y desencuentro, distante abrazo e incierta separación. Fatalmente, doña Corona nos ha roto la instintiva costumbre de sentir el facial y pectoral abrazo de la familia, del vecino o del prójimo en alegría o en apuros. Aquí nos saludamos a golpes de pie y codos doblados. ¡Qué desgraciada gracia tener que confinarse, a veces, dentro de la propia casa, de la propia cama!

DOCE

Nos amenaza una lluvia espontánea y pasajera. El tiempo es un horizonte arrodillado, una letrilla sin rima, una barcarola o elegía sin esperanza a corto plazo, escrita a mano libre y solemne, una campiña abierta a la angustia de ser hombre, a la incertidumbre de sobrevivir al presente día. Con esfuerzo, el tiempo, la poesía y la pandemia se tornan río de sombras, fría necesidad ante la angustia de estar sin ser, de ser sin estar. Como pájaros enjaulados, vagamos por la corta geometría de su residencia, pendientes de noticias sin alivio, de cementerios sin andenes repletos de ataúdes y vacíos a la vez, igual que sempiternos huertos sin muchedumbre, sin manos, ni crisantemos. ¡Qué soledad de cuerpos sin luto, almacenados en gigantescas gargantas de tierra silenciosas, como trincheras sin balas! Menos mal que la imperfección del mundo no es eterna calamidad. Menos mal que frente al océano del dolor siempre “llevamos la cruz del amor en el corazón clavada”, como nos lo recordó hace poco el padre José.

TRECE

Como ayer y anteayer, hoy te escribo, después de un domingo de Pascua sin tañidos, un mes tras el debut de la pandemia en mi tierra. Menos mal que los números oficiales no alcanzan la angustia de los miles de infectados. Dicen que

salvaron a unos ochenta y que apenas fallecieron veinte. El escepticismo gana terreno. Sé que mienten, a veces, para que no cedamos al pánico. No sé si los de Sanidad nos están haciendo daño, manipulando los números. Desconfío de los políticos. ¡Ojalá fuesen árboles para no tener que mentirnos cada día, para exhalar bajo el sol su natural fragancia, para mostrar sus frutas incluso a los más pequeños, y sus sagradas virtudes a los guardianes de la buena tradición! No sé si también mienten los de la Administración Territorial. Tal vez lo tenga claro un día, cuando importe menos sobrevivir, o vivir para no morir del coronavirus. Tal vez me he pasado siete pueblos..., ya que puede que mientan por patriotismo o amor a su tierra. Lavarse las manos ha podado los extremos y ha podado con casi todas nuestras referencias económicas y éticas, religiosas y socioculturales. Por cierto, recuerdo una de mis lecturas de Saint Exupéry, una cita suya que nos advierte que mentir sin intención de hacer daño no es mentira.

CATORCE

Día 14. Percibo en tu escritura electrónica, especie de diario de una argentina europea, tu pasión por el lenguaje de los políticos. A mí también “me interesa el discurso político como lenguaje especial: ver cómo se usan el eufemismo, la metáfora... Analizar la manera en la que se construyen los destinatarios o la imagen del adversario”, que, en nuestro caso, es la de un opositor al que demoniza el poder porque sigue hablando de su incapacidad para estar a la altura de los nuevos retos presidenciales. Él tampoco les deja tranquilos porque cada una de sus acciones expone las lagunas del sistema. Cerremos esta página. No seamos disidentes. JAJAJA. Abrirla en mi tierra o hablar de la posibilidad de una alternancia normal es incurrir en la disidencia. Ya ves, querida amiga de ultramar, incluso en la escritura me siento alienado, doble y triplemente confinado. ¡Qué triste hablarte de la cara gris de nuestra rica y democrática tierra! Soy escritor, pintor de bellezas y fealdades. No me gusta callar como antes de las independencias y del advenimiento del pluripartidismo. No seas disidente, amiga, si la disidencia no es un humanismo.

No seamos disidentes. Y pasemos página, Marisa.

QUINCE

Brisa africana. Los rayos del sol parecen verde oro sobre los inestables brazos del maizal. Respiro hondo al sentir crujir mis pies sin sandalias cruzando lo que queda de la hojarasca tras la fina lluvia matutina. Hoy te escribo con la alegría del que todavía inspira y expira, lejos de los pulmones artificiales que a veces faltan o toman el rumbo de la lasciva corrupción. Con la nostálgica memoria del que un día de octubre tuvo que volver, voluntariamente, a su terruño. Escribo desde la entrañable España que desde hace siglos llevo dentro (igual que Argentina), dentro y lejos de los amistosos espacios más que nunca favorables a la “otra hispanidad”.

Vedado a la urbe sometida a la distancia, sin dificultades navego entre sílabas negras y sonoras, sin límites, como un confinado solitario y satisfecho, acosado por la monotonía, perdido en las salvadoras mallas de la escritura. Escribo sin sollozar, y no tardo en recordar aquellos patios de Salamanca, la Casa Lis con sus azulinas luces tan distantes ahora. Y más tarde, tan lejos todavía, las Casas Rosas, joyas arquitectónicas por las que transitamos un mes de verano, durante aquel festival rosarino muy concurrido. Y allá también, por las pampas de Buenos Aires, tierra de Borges, tu tierra, la de las tres poetisas, donde coincidimos sin querer tras el salmantino periodo de docencia.

DIECISÉIS

¿A qué andenes de la memoria bajaré este lunes de recuerdo? Añoranza cercana, cuéntame lo que ocurrió. Y vosotras, admirables amigas de ultramar, decidme qué ha sido de las plumas de antaño. ¿Qué ha sido de los poetas festivaleros, y de aquellos compañeros de doctorado para quienes las noches sin marcha fueron augures de nuevos versos, de nuevos libros y nuevas lecturas? ¿Qué ha sido del venezolano Miguel Marcotrigiano... y su muy divertido tocayo, el amigo Miguel, tan español como Jorge Mojarro..., y toda aquella majísima gente que pronunciaron difícilmente mis apellidos africanos? ¿Qué ha sido de Vega Sánchez y de todos los profesores que nos tutelaron? ¿Qué ha sido de las torrecillas que daban a las riberas del Tormes, y del viejo promontorio con olor a peces imposibles? ¿Qué ha sido de la mítica rana disimulada en aquel edificio de mosaica y remota hermosura, allá donde las cúpulas de las catedrales alojan enormes cigüeñas?

DIECISIETE

¡Qué agridulce tragedia este tiempo de confinamiento en familia, de retorno a la distancia del silencio literariamente expresivo, de angustia profesional limitada e incrementada, de hastío sin salida ni saliva! ¡Ay, tiempo de mascarillas pegadas a la espuma arrojada al aire, escupida al suelo, que ahuyenta, desde diciembre, nuestros pasos tan diminutos! Tal vez nos salve tan solo la poesía, como escribe Colinas, viejo amigo de China, donde empezó el drama y en cuyas sierras sembró el escritor leonés miles de semillas. Tal vez no nos quede otra opción que leer y escribir, para no morirnos turbados, más allá del sol y la oración, más allá de las semillas del salmista. Entre candelabros a medio apagar alguien musita..., dice que queda otra opción a los que seguimos creyendo en la permanencia de la Luz.

Entretanto, Marisa amiga, nos sosiegan las líneas de la escritura, hija de la lectura. Por “vos” releo a los escritores del continente, con ellos establezco un diálogo sin fronteras, que va de África a Argentina, pasando por España. Quiero abrirme al mundo sin perder las raíces de mi hogar. Pero cómo seguir siendo yo y no dejarme fagocitar por otros, o por esta lengua española tan musical que nos une para siempre en la abierta galaxia del dar y del recibir, que inunda Guinea Ecuatorial y riega otras tierras, otras escrituras periféricas. Sin embargo, perduran y titilan en el recuerdo otras sonrisas de Argentina.

DIECIOCHO

¡Corina, amiga, qué maravilla reanudar aquello que nos unió ayer, hoy y siempre, poder crear nuevos mundos desde mi habitada soledad para dar sustancia a la “otra” hispanidad! Acaricio una tapa color oscuro encabezada por tu misterioso apellido. No recuerdo qué me dijiste de su enigma. Pero poco importa. Me fascina este tiempo de confinamiento repleto de recuerdos, de brazos abiertos a las estrofas de tu *Via Remington*, de abrazos pegados a mi memoria peregrina, igual que risueños turistas aferrados a los promontorios del Rio Paraná, a los peatones de la rosarina calle Pellegrini. ¡Cuántos aromas de silencios exóticos, hundidos en las huellas de los ya imposibles pergaminos, papeles vueltos surcos sin semilla, blancas superficies por pulir en horas de desencanto! Pese al caos que nos rodea, sobrevive quien retorna a las rotondas de la memoria, posible

epístola antes vedada a los poetas, invernado territorio en blanco ahora abierto a la imaginación creadora, renovada geografía más que nunca sedienta de tinta, indeleble estampa que fluye de las máquinas más modernas.

DIECINUEVE

¡Qué maravilla, María amiga, tú que regresas a la casa de tu adolescencia, más serena y madura! Y viva, todavía, como yo. Aprovechemos, novelando y poetizando nuestra breve vida, ese tiempo de enlutado silencio, estas horas de hacinamiento prohibido. En África, aún en enero, pasamos calor, pura paradoja del crudo e imposible invierno. A ti también escribo, lejano lector de mis ofrendas líricas. Te escribo desde la enfermiza distancia, al borde del caos inevitable, cuando el virulento virus procura anular las indelebles marcas de nuestras respectivas geografías. Es triste intuir, desde mi mesa de escribir, la oquedad de nuestras palabras que son, en tiempos de corona, un grito mudo que a nadie despierta, fría y esperanzadora geometría de los días deshechos, del orbe torpe hecho jirones y quemadas y huecas cenizas.

VEINTE

Corina, María, Marisa: os escribo desde el rincón de los más lejanos contrastes, donde los árboles nunca reanudan sistemáticamente su dinámica circular, porque alternan moderadamente largas y cortas sequías con largas y cortas estaciones de lluvias. Yo, desde la imaginación, cuestiono el mundo que se desmorona. Y vosotras igual, supongo, a vuestra argentina manera, desde el exilio italiano o parisino, o desde el ombligo de la entrañable pampa, memoria de mis horas peregrinas. Vivir confinado... ¡Qué dulce herida, qué suave cercanía del Señor hecho oveja y pastor, silenciosa luz, gloriosa cruz levantada en las hundidas plazas del corazón! Para cercenar el insomnio, mi corazón sabe a carteles mediáticos. Prohibido aburrirse en tiempo de corona, exclama o murmulla aquella musa a la que nunca vemos. Prohibido encerrarse sin lacerar el silencio. Pronto, la luz será el recuerdo de una tarde sin sol, propicia a la fatiga. Pronto escuchará la noche el chillido monótono de un telediario teñido de nuevas infecciones. Pronto los de Sanidad rezarán el vespertino rosario de los nuevos contaminados, para una cuarentena que dura horas. Desde aquí os saludo y abrazo, cuando oigo el inconsciente rumor de algunos espabilados que, al aire impiadoso, todavía levantan la cuerda banderola de su locura. Sin mascarillas, como si de la

despiadada enfermedad les fuera a salva su melanina.

VEINTIUNO

Por mis pensamientos deambulan muertos sin memoriales, fantasmas sin epitafios dignos. Hoy lloran budistas, cristianos, musulmanes, paganos... Lloran el universo plagado de despojos. El mensaje del papa Francisco apacigua los gemidos. Desde una lejanía mermada por la magia de Internet, pronuncia las palabras que hacen posible la indulgencia plenaria. Sé que solo las entienden los católicos. Sal y puro bálsamo para estos seguidores de Cristo. También advierte el papa la importancia de este tiempo de soledad y aparente abandono. La cruz que llevamos a cuestas debe acercar a los seres humanos, alejados del Señor y carentes de calor.

VEINTIDÓS

Más tristes están las universidades y templos de cultura, más silenciosa la tierra poblada de supersticiosos ciudadanos. Pronto caerá la noche sobre la cresta de los montes, sobre la oscura copa de centenarias caobas raptadas por agoreras lechuzas. Hoy apenas he manchado media página del diario. Oigo el desgarrador y lejanísimo silencio de algunos de los mejores troncos de nuestra selva ecuatorial. Cayeron, desde Europa, universitarios de renombre e importantes hombres de cultura africanos. No pudieron regresar a los valles de su infancia, no. Ni en sarcófagos, todavía.

Desgarrador silencio alrededor, exterior. Silencio por todas partes, en las clínicas famosas y en hospitales de campaña. La muerte tiende sobre el mundo su sádica mano de hierro y hiel. Pero existe otro silencio en el interior del ser, más volcánico e igual de destructor. Para romperlo he vuelto al ordenador, aferrado a otro tipo de prohibiciones. Ya fallecieron dos "grandes" muertos de nuestra historia oficial y ya les dieron sepultura en cementerios europeos. ¿Quiénes son? ¿Y quién soy yo respecto a su oficio y familias? Nada. No romperé el pacto de silencio que establecimos tú y yo, lector o lectora, desde el inicio de este libro que no quise llamar poesía. Las reglas del juego tampoco me dejan revelar su identidad. ¿Y la de aquellos de la intrahistoria que, a diario, caen sin seguimiento en barrios periféricos, víctimas o no del Covid 19? Dios mío, hasta aquí, fuera de

las mundanas instrucciones, estoy en busca de libertad, haciendo de equilibrista como si yo tuviera que dibujar un árbol mintiendo, sin poder revelar su nombre, por temor a delatar mi propia identidad, a quitarme la delicada mascarilla de las narices. Sé que mañana habrá elefantes sin defensas que caigan, leones sin penacho domados por el corona. Entre tanto, llorar no salva a los muertos, ni a los vivos.

VEINTITRÉS

Tal vez el orar nos reconecte con la luz, con la perdida esperanza de los que hoy se consideran muy modernos. Llorar no salva a los llorones. Orar sí. ¡Qué emotiva bajada a las calles de Italia! ¡Qué subida de súbita adrenalina! ¡Qué remoto perfume de cloroquina resucitada! ¡Qué mundo tan deshabitado, tan carente de fe!

Yo, ante antenas y linternas, alterno poesía y pandemia, presencias y ausencias, cadáveres y candelabros. Tal vez nos salve la poesía, más allá del Génesis. Con el orar, entre impuestos y enmascarados visillos de metal, los cristales de la memoria rompen toda angustia y vencen el miedo a la incierta mañana, a los clamores en los bulevares desesperados, a los gemidos en gestación en el horizonte de los cuerpos sin oxígeno, cuerpos poco acostumbrados a las heridas de la incubación, cuerpos, de pie o de rodillas, esperando en los acantilados cercanos, con sus manos de candelabro abiertas al cielo poco rencoroso, como los que, por fin, ansían volver a la casa donde nacieron, donde atisbaron la luz del bautizo, tras su larga peregrinación por los vanidosos caminos de la ciencia.

Hoy escribo cual pájaro enjaulado, cual mariposa desalada, cual mojada y dolida golondrina que da vueltas entre difusos espejos de cartón. Sin alas, pero con plumas. Con pluma. Os escribo al borde de ese caos que experimentan lejanos océanos sin balizas. No sé por qué no se me olvidó percatarme de que el nomadismo es el territorio de la apertura, de la nada plena. Os escribo desde el ineludible encierro transfronterizo, cuando el virulento virus apenas aterriza en los aeropuertos cálidos de mi tierra. Aquí no hay invierno que huya, ni primavera que brote de la escasa nieve alada. Aquí, donde los picos de las perdices son el preludio de un día encantado, el invierno es un crío sin juguete tendido en el vientre de la mañana enlutada, un largo frío abierto a las confinadas soledades colectivas, a los susurrantes lodazales de la incertidumbre.

VEINTICUATRO

¿Por quiénes doblarán las campanas mañana si cerradas están las iglesias? Por estas laderas rondan, escabrosas, las horas sin aparente horizonte. Rondan las horas con sus murmullos deshabitados, con sus auroras sin campanillas, ni apetecibles verduras, ni apacible apoteosis de honrado alarde político. ¿No será que la ciencia es un lodazal repleto de voluntarios desmayos, de cortocircuitos de carne engendrados por mefistofélicas manos? ¿Quién conseguirá incentivar a la poca luz restante? En mi hogar sigue la sequía, con irrupciones de lluvias esporádicas. Sigue la sequía rayada de humedades fértiles. Tardan en llorar las nubes y doña Corona ya supera el supuesto miedo al calor africano.

VEINTICINCO

El coronavirus se parece a una loma de inestable pico. El escéptico se pregunta si con el orar se quebrará la montañosa o monstruosa fuerza del enemigo. Si no nos salva la ciencia, no nos salvará la blasfemia, tampoco la duda, refugio de los neutrales, de la tensión del ser dividido entre la verdad y la mentira, entre la caña y la cizaña. Aquí poco importa el silencio de las campanillas, el reciente cierre de las catedrales de cúspides despobladas de murciélagos y lechuzas. Poco importa la velocidad de la alimaña. Estoy confinado, sin mascarilla ni guantes. Desde aquí veo desfilar las caras del vecindario. Van y vienen por la carretera principal, poco concurrida por los forasteros los días de la semana.

A lo lejos, las ciudades perseveran en la larga sospecha y llevan puestas su plétora de camas en espera de la colmena humana, prueba del advenimiento del caos. En la campiña donde creo respirar aire puro con olor a verdura, el vaivén de los coches amarillos no hace que aumente en el vecindario la conciencia de lo desconocido. Cualquier malestar pasajero no aviva todavía la fiebre de la sospecha. Es que, a tan sólo quince kilómetros de la capital, el pueblo se cree inmunizado.

Vendrán las lluvias como misteriosa primavera. ¡Ojalá se convierta el corona en brevísima pesadilla, Marisa! Las cosas no podían menos que ocurrir. África también está confinada, por lo tanto contaminada, tras Asia y Europa. A los incrédulos natos murmura mi país su cuarentena de casos.

Cuarenta, dicen las autoridades. Cuarenta, de momento. De momento.

VEINTISÉIS

Como Roma hace poco, la bruma tarda en pintar cadáveres sobre la tétrica faz de cada calle repleta de gentes aún sin mascarillas, que tardan en aprender de los errores ajenos. Desde los cristales acrisolados se percibe mejor la futura soledad de los balcones todavía vivos. Y, fuera de la metrópoli, la gente poco acomodada espera, sin estrés, la ducha fría que enlutará su campiña. No obstante, lejos de las iglesias sin campanas, como en Roma, aquí nunca faltan manos de candelabro que recen con fervor azulinos rosarios a veces olvidados, polvorientos, reciclados. Vivir sin semáforos refuerza la fe y atiza paganas y animistas dudas. Las enemistades de siempre no tienen cara humana, sino de impiadoso bicho sin cara. Llueve, no a cántaros. Desde mi habitada soledad asoman y titilan internas linternas. A veces se abren, libre y lentamente, las amargas páginas de un verso que me salva, cálida silueta de un poema sin andenes ni fronteras, lucecita doblemente confinada que procura emerger y florecer desde la hojarasca abierta a la verdeante veranda. Por eso yo ya no soy de mi tribu, ni de mi tierra, sino del mundo. Escribo desde la pandémica soledad de cada ser humano que ha tenido la suerte y la desgracia de vivir en tiempos del Covid 19.

VEINTISIETE

Italia ayer nos hizo sollozar porque el corona no para de borrar absurdas fronteras. Sé que mañana habrá otro oscuro silabeo, lento y grisáceo como un dolorido cómputo de cuerpos inánimes, crónica de una masacre mundial, agitada en la indefensa cara de cada pueblo, como infinita y mefistofélica pesadilla planetaria, igual que una alternada receta inamovible, envenenada e inasiblemente programada, conspirada. Eso dicen las supuestas tesis conspiracionistas.

Vendrán las lluvias con otros candelabros. Entre tanto, habla el papa de los resquicios de la huidiza luz, fortaleza de nuestra diminuta fe. Se arrodilla la ciencia ante el ser, de nuevo sediento de Señor. La vanidad de ser y de estar empapa las almas que ayer refunfuñaban lejos de las campanas dominicales. Y sube a la mente un olor a azulino azufre, como curioso azafrán que dibuja en nosotros el miedo a no ser mañana nada, nada plena. Duda y fe cohabitan en las

almas decepcionadas por los extremismos de la ciencia.

Otra vez me refugio bajo el follaje verde de la escritura, tras la oración hecha este Domingo de Ramos. Desde la distancia también abierta a la noche triste, sé que el invierno del universo será el recuerdo de una inestable curva de esqueletos sin fieles epitafios, de infinitos entierros sin funerales públicos, de angustiados encierros sin certidumbre, de incierto olor a solitarios crematorios. Sé que pronto se reanuda el tiempo exterior con su cíclica alternancia de estaciones. De la imposible primavera surgirá el vanidoso verano, como una ola de esperanza. ¿Qué será del tiempo interior, del trauma vivido por los supervivientes de la primera pandemia del siglo veintiuno?

¿Que desde dónde experimento el confinamiento? Os lo repito. Escribo desde un rincón poblado de contrastes, donde los árboles nunca se reanuda con su mecánica de ejes circulares, porque aquí alternan sequías con lluviosas temporadas. Yo, desde el mismo procesador y desde la misma imaginación, cuestiono la agonía del mundo que se desmorona. Y vosotras igual, supongo, a vuestra argentina manera, desde el exilio italiano o parisino, o desde las llanuras de La Pampa.

VEINTIOCHO

Hoy acabo de darle una vuelta a la monotonía. ¿Cómo escribir diferente sin repetirme como antes, como los poetas? De momento, solo sabe el Señor si aquí caerán miles de árboles sobre los acantilados ya carentes de necesidades básicas. Me pregunto si lloraremos como Italia, España, China, Estados Unidos u otros países occidentales. Sólo sabe el Señor si todos nos moriremos antes de los copitos de otoño.

Pronto escuchará la noche el chillido monótono de un telediario teñido de infecciones. Y como siempre, los de Sanidad rezarán el rosario de los nuevos contaminados. Solo entiende Dios del desenlace de semejantes matemáticas, no la postrada y culpable ciencia. ¿Quién aplazará tan sólo un mes nuestra dolencia diaria? En altamar, ante antenas y linternas, voy camino de las dualidades, buscando quietud entre oración y prudencia, poesía y pandemia, presencias y ausencias, cadáveres y candelabros. Tal vez nos salve de la angustia ese equilibrio entre la palabra del Señor y la música de la escritura, palpable pan del confinamiento que

se siente y se expresa, y que no se reparte como la ya lejana eucaristía.

Pronto se oirá el silencio mortífero de los nuevos viajeros, supuestos ricos y supuestos pobres, tan amarillos, tan negros y blancos, tan solitarios y frágiles ante el peligro planetario, tan iguales en los congeladores de la muerte, tan similares ante la evidencia de la sima. Pronto olerán los árboles a osamenta quemada, a polvo recién salido del horno, a crematorios confinados, fidedigna prueba de nuestra pequeñez ante el infinito océano de la muerte.

VEINTINUEVE

Por mi mente desfilan ganapanes muy preocupados, ganapanes que ya no consiguen amasar el pequeño pan de cada día. Aquí hay comerciantes sin clientes, bares sin barras abiertas, caseros sin inquilinos serenos, taxistas sin jornales, funcionarios sin bonificaciones fijas. ¡Ojalá pudiera revivir mi padre para ver qué ha sido de los valles nuevos, de mi casa nueva, de las clases presenciales! El ocho de mayo me llevará al colmo de su recuerdo. 2013-2020. Siete veces lloraré ante la séptima candela de su nonagenaria vida. Mas no podré viajar al lugar del entierro porque los autobuses han dejado de ser transitorios espacios de inspirada travesía. ¡Cuán lejanos aquellos espacios donde se cristaliza mejor la memoria de mi infancia y adolescencia!

Ya llegaron las lluvias, con su plomiza losa de humedades inevitables. Está sin certidumbre mi corazón, como una tierra sin girasoles, acongojada. ¿Señor, no ves cómo llegan, diferentes, los nuevos aguaceros? ¿Bajo qué oceánica presión se decretaron las nuevas medidas de protección? Sálvemos otra vez ese camino de verdad y de certera vida, ese camino de cruz y luz que procura cortar la arrodillada megalomanía de la ciencia. ¿No ves cómo llegan, diferentes, las nuevas lluvias? Para mermar la ira de los desesperados, el gobierno cedió a las presiones...

Por fin, para los desesperados bebedores y otros vividores, se han reabierto los bares y las discotecas, para que triunfe el libertinaje impropio. Y, como siempre, el mañana será un largo túnel sin boca perceptible, un párrafo de otro trazar, un diario de otra geometría.

TREINTA

Seis de mayo de dos mil veinte. Querido lector o querida lectora, son las once de la noche y acabo de recorrer las líneas de este diario sin fechas visibles. Escribir es como vivir confinado ante un teclado de signos infinitos. Vuelven a obsesionarme los mismos binomios, acercándose para nutrir el relato. Dialogan escritura y tristura, poesía y pandemia, armonía y caos. ¿Para cuándo el desenlace de este drama?

Escribir es vivir confinado ante la monotonía de un ordenador de marca Lenovo, con la esperanza abierta a los labios sin horizontes, a los labios tapados con mascarillas. Fotos salvadas por la lealtad de la memoria: viajes envejecidos, países lejanísimos, sonrisas de sonoras sílabas, páginas revisitadas, recuerdos de entrañables tardes desbaratadas, igual que recitales detenidos en la ajada solemnidad de los festivales. Docencia, preludio a las flores doctorales. España, Argentina, Francia. Madrid, París, Salamanca, Rosario, Buenos Aires...

¡Qué triste trance soñarse polvo infectado, infestado! ¡Qué triste soñarse cuarto para el corona, muerto poco rodeado de familiares! La pandemia crece y decrece, decrece y crece otra vez, en un lúgubre vaivén de números imposibles.... ¿Inevitables? El día es una larga vida que no tarda en acostumbrarse a las exigencias vigentes, y cada vivencia, un día infinito que todos pasamos al lado de la incertidumbre, trocada esta en angustia progresivamente domada, angustiosamente digerida. Alguien dice que solo nos aterroriza el miedo a apagarnos sin dejar huella, como una mera y silenciosa bombilla. En realidad, solo atemoriza la certeza de recobrar plenitud lejos de los esplendores funerarios, y cerca de los candelabros privados, Dios mío, a puerta cerrada.

¿Vendrá la noche un día de lluvia o aguacero? Tal vez tengamos que esperar la salida del postrer sol para ponerle alba sonrisa a la azulina mascarilla. No os preocupéis, poetas de ultramar. Aún respiran pájaros cerca de mi morada, todavía poco envenenada. De momento, al órfico final de la trágica travesía sigo pegado. Me habitan mil libros indefinibles, mil pájaros de papel convertidos en pergaminos abiertos a las azulinas pantallas de las nuevas computadoras. Lejos de los ajetreos de la urbe, medito y escribo de espalda a la pandemia.

Lejanas amigas de borgianas laderas, como arias de parcial y agridulce desenlace, aquí se cierran estas primeras páginas, como se cerraron las puertas de las iglesias romanas y francesas y españolas y argentinas, como se cerrarán todas

las parroquias y mezquitas africanas. Peregrina y confinada, el alma, cansada de recordar, parece volver de extraños lugares desconocidos. Despierto de un largo sueño y me pregunto si me dará tiempo a terminar la primera parte de este libro, para ir desembocando en otro de donde tal vez surja el título definitivo. De momento, la imaginación baraja unos cuantos: “*Vivir en tiempos de Corona*”, “*Diario de un alma confinada*”, “*Andenes de la memoria*” o “*Los arboles nunca mienten*”.

SEGUNDA PARTE

LOS ÁRBOLES NUNCA MIENTEN

TREINTA Y UNO

La pandemia va cruzando, sin piedad, las fronteras de otros países de África y del mundo. En estas horas de delicada y retenida respiración, llueven cadáveres en la desesperada superficie de las más apartadas planicies. Aquí y ahí, y más allá del mar y de ultramar, se dan gritos que no parecen despertar a nadie. Ni al Señor, piensan algunos. ¡Cuán innumerables se revelan los muertos en los dispensarios de cada comarca, a cada brusco corte de respiración, en cada rinconcito del planeta!

Al desmoronarse todo a mi alrededor, también se entremezcla todo en el torbellino de mis reminiscencias. Igual se mancilla de sangre la media luna saliente, que coincide con los inolvidables días de Pascua. Cuarentena y cuaresma procuran borrar las líneas de sus habituales matices para pasar a ser símbolos de la misma y cruda realidad: el confinamiento en tiempos de corona.

¡Cómo me encanta poder confinarme en mi tierra! Al acabarse mi voluntario exilio académico, dejé el paro y, tras seis años de intenso trabajo en la capital, vivo a caballo entre pueblo y ciudad, en busca de aquello que les falta a algunos que experimentan, desde calientes ciudades sin parques, ese otro exilio que llaman confinamiento.

TREINTA Y DOS

Hoy he salido a cobrar, como otros funcionarios tampoco exentos de hipotecas (una tradición occidental más agobiante, piensan algunos, que la nuestra), un sistema rotativo basado en la confianza y la solidaridad, materializado en préstamos o venta de dinero entre personas reunidas en torno a un mismo proyecto llamado “tontina”, que consiste en desarrollarse a corto plazo sin la presión mensual de los banqueros. Pero con el tiempo se ha roto la confianza por el incremento del individualismo, de los atracos del gran bandolerismo, de la mala fe de algunos miembros de la “tontina” que contactaban con los ladrones

los días de cosecha y reparto dominical. Esto llevó a los socios a guardar sus ahorros e intereses en los bancos y no dejarlos en manos inseguras, para no ser víctimas de traiciones internas o cercanas. La consecuencia inmediata fue confiar más en la hipoteca importada u oscilar, como muchos paisanos, entre una y otra. Dos maneras de sobrevivir a las crisis personales, al trabajo poco remunerado o al desempleo, que son manifestaciones de un mal reparto de bienes en un país riquísimo en oro y diamantes, gas y petróleo.

TREINTA Y TRES

He dejado la ventanilla que daba al cajero que llamamos distribuidor automático. Antes de volver a mi retiro con mi esposa, me he arriesgado a experimentar otra vez la larga espera que indica, a cada nuevo metro cuadrado, la infinita cola de los supermercados. Esta vez dura más la expectativa porque se debe respetar alguna de las reglas impuestas por la impiadosa pandemia.

No ha parado de asfixiarnos la horca de las mascarillas que el gobierno tarda en regalar a todos los necesitados. El supermercado es un lugar cosmopolita por donde transitan gente de otras tierras y retratos de otras épocas. Por cierto, acabo de ver a mi casera de entonces, una dama simpática pero muy desagradable en materia de alquiler no pagado a tiempo. Me pregunto lo mal que lo estarán pasando los vecinos de antaño que allí quedaron, y que no pueden respetar sus obligaciones porque se cerraron sus negocios por la pandemia, o dejaron de trabajar en el inestable sector informal: cambiar euros por la calle, conducir taxis de fortuna y moto-taxis, vender ropa de segunda mano o pasearse pregonando “agua fría” o “aguacates de calidad”. Son imágenes que apenas resucitan en mi memoria los escasos mercadillos que pude recorrer en Madrid, París o Salamanca. Son imágenes que te hacen llorar y añorar lo añejo y la aparente “belle époque”. Imágenes que te hacen incurrir no en la rebeldía prohibida, pero sí en esa forma de indomable disidencia interior, que nunca sale a la calle porque solo la expresan mejor y con finura las metáforas del diario.

TREINTA Y CUATRO

Hace dos años que he dejado la rancia efervescencia de las metrópolis, dos años que he dejado el moderno ruido de las ciudades para habitar la casa que no

terminaron de construir. ¡Cómo aborrezco el tañido gris de los fines de mes, los justificados quejidos de los caseros cuando acosan a los inquilinos los imprevistos días de prueba o de pandemia!

No quiero recordar cuando se me acercó la susodicha casera (recuerde, la del supermercado) para pedirme el alquiler el día de los funerales de mi padre, al que, afortunadamente, pude acompañar durante los últimos momentos de su vida. ¿Qué ha sido de nuestra supuesta solidaridad africana, que era verdadera hace cuarenta años? No pudo “la patrona” esperar un día más. Ni uno. Ni quiso entender que aquel día me habían caído dos obligaciones: ir al entierro de mi padre o correr al banco para hacerle la transferencia. ¡Menudo humanismo suyo, crudo! Pero a mala casera, futura y pronta despedida del inquilino. A pronta despedida, futura libertad definitiva. Invento estos dichos porque al final se lo tengo que agradecer, ya que me obligó a aborrecer las casas de alquiler, a volar con alas propias y a crecer como cansada golondrina dentro del espinoso jardín. Hoy soy feliz golondrina sin alas, soy ave nómada que, tras juveniles vuelos, volvió a su hogar para cantar mejor, con mansa y sosegada voz. Voz lírica y callada.

TREINTA Y CINCO

Olvidar la cíclica caricia de la escarcha. Volver al capítulo cero de la existencia, para ser y crecer, aún sin palabra, sin verdadera libertad. Olvidar los bochornos veraniegos, la Salamanca de los extremos amados, y regresar a donde atisbamos la luz por vez primera. ¡Qué alegría! No dudo en reparar en qué verdadero es el refrán que reza que no hay mal que por bien no venga. Por cierto, durante este tiempo de fértil confinamiento, también he reparado en la suerte que tenemos de compartir casa con los abuelos. La suerte que tenemos de no tener casas para ancianos o jubilados. ¡Qué suerte saber que nuestros hogares están abiertos, africanamente, a nuestros mayores; abiertos a sus aguantables martirios e infinitas bendiciones! Eso lo entiende mejor, tal vez, el que ha tenido la oportunidad de escuchar a un sabio centenario o nonagenario, biblioteca de carne y hueso que nunca fue discípulo de nadie en los templos modernos. Que ni sabe de alfabeto ni de informática. ¡Qué bien haber sufrido el martirio de haber decidido dejar de residir lejos de mi tierra! Si, como miles de exiliados voluntarios, me hubiera conformado con mi aparente bienestar peninsular, ¿qué habrían sido de las bendiciones que yo iba a recibir, in extremis, de la boca santa de mi padre nonagenario? ¿Qué habría sido de los secretos de su herencia moral si yo no

hubiera vuelto a mi tierra, cinco años antes de su muerte?

TREINTA Y SEIS

Va siguiendo el tiempo la curva de los profusos árboles del oeste natal. Ya es mi juventud un río imposible de cruzar. Ojalá fuese tan reversible como un libro antiguo, como un pergamino que uno o una pudiera desempolvar y reabrir, poco a poco, para besar de nuevo su oro muerto y yerto, tan vivo, todavía. Ahora que yo también me estoy haciendo inevitablemente viejo, sé que vendrán las canas con menos angustia. En estas medianas horas del día y de la vida (tan fragilizada por la omnipresencia de la enfermedad), la filosofía insiste en enseñarnos que importan más las preguntas que las respuestas. Y, a veces, no hay mejores preguntas que las de índole retórica.

Tardes de sol sin bochorno. Vuelta a casa. Putine, mi nueva perra, delata como siempre mi discreta presencia. Sin siquiera acercarme al umbral de la puerta principal, miro el recipiente lleno de agua y jabón. Caigo en la misma cuenta: el corona me ha roto la libertad. Hasta en casa me siento otra vez alienado, subyugado a su larga dictadura. Ya me he quitado la mascarilla. ¡Uf! ¡Qué alivio parcial! Sentado fuera todavía, en el banquillo de madera que fabriqué hace meses, no he parado de pensar en las últimas noticias. Torno a sentir la serena y vecina presencia de los pájaros de pico corvo, de cuello y alas amarillas. No son cisnes. Son pájaros gendarmes, primos de aquellos con los que compartí algunos episodios de mi infancia, que no son “recuerdos de un patio de Sevilla”, sino de una casa de madera rodeada de cañas y riachuelos.

TREINTA Y SIETE

A lo lejos, una paloma salvaje se posa levemente sobre la yerba regada, sin envenenar, verdeante piel de madre selva que fascina con la fascinación del vacío verde, de las rocosas colinas de verde intenso. Me espera una infusión con olor a ajo y hierbabuena, hecha por mi pareja. Para más tarde será el brebaje hecho a base de plantas y hojas de Ekuk, un árbol sagrado para muchos habitantes del África subsahariana y, sobre todo, para países como Guinea Ecuatorial, Camerún, Gabón, Congo... De nuevo están cerca los pájaros. Bosque, verde tesoro mecido por la poca costumbre de las sofocantes mascarillas. Incorruptible joya que yace

allá, por donde siempre transita y sobra lo que hoy nos falta sobremanera: el aire puro que produce clorofila.

TREINTA Y OCHO

Qué bien haber pensado dejar de ser esclavo de los agridulces desarrollos de la ciencia.

Inconsciente u orgullosa ciencia, hoy “ruina del alma”, si recuerdo bien la remotísima advertencia de Rabelais. Precisamente, en este preciosísimo instante abierto a la luz de la libre y serena imaginación, recuerdo la quintaesencia de mis lecturas. Decisivas lecturas en horas de retiro, cuando el alma del escritor vuelve al sitio de la génesis, desde donde empezó a germinar el santo arbolito del gratuito y generoso oficio.

No podré advertir los enigmáticos contornos de todas esas islas que fraguaron la memoria que me iba a salvar en tiempos de encierro. El Génesis y sus cánticos amorosos. Senghor y los reinos de infancia. Césaire y los retornos al país natal. Alberti, Roma y sus caminantes que siguen en peligro. Machado y los campos castellanos. Raúl Rosetti, Tánger y otras orillas africanas. Borges y las torres de Babel. Fernando Rielo y los paisajes desnudos. Balboa y sus verdades rebolanas. Raquel y su aquel de escritora. Laurel y sus laureles líricos. Colinas y el lenguaje polifónico, con los desiertos de la luz. “Hace ya muchos siglos que alguien dijo/ que no hay daño en la parte que no afecte al todo”. Pura verdad, aunque se hubiera limitado a China la epidemia.

TREINTA Y NUEVE

¿Cómo vivir y no morir de corona? Mientras no quiero aburrirme en esta casa cuyo único tesoro parecen ser los libros, se me viene a la mente, y de otra manera, el tema de la dualidad, la necesidad de aceptar que nos vamos a morir todos, aunque de momento todavía respiramos un aire de desconocida proveniencia para muchos. ¿Cómo vivir esta paradoja, este ser muriéndose, este estar sin saber nada del inminente mañana, esta incierta certidumbre de que no existe nada después de la muerte? Con ella tan cerca, reparo mejor en la necesidad de salvar el alma, de saberse muerto con esperanza, nada luciente, sombra llena.

CUARENTA

A cada drama sus gracias y aleluyas. Al derrumbarse nuestras certezas, parecen normalizarse las tragedias de antes. Adiós, tardes sin familia, niños sin cuentos, huertos sin hortelanos, trabajo sin descanso. Adiós, vacaciones de solapa, capitalismo a ultranza. Adiós, libros sin abrir, bibliotecas sin “ratones”. Intensísimas tardes de tertulias tardías, adiós. Y vosotras, lejanas playas rayadas de pateras, aeropuertos repletos de sin papeles a punto de volver, adiós.

A cada playa su espuma, su alcurnia destripada. Parece que algunos manipulan los números por no tener que computar cada hora los pechos sin aire, que trepan y desfilan cual cuerpos sin melanina abandonados al sol, igual que enredaderas sin clorofila, más que nunca esclavos del respiratorio dolor. Renuncian a publicar estadísticas justas. Justamente, rumorean algunos, por no querer meter la pata y desestabilizar más a los vivos. Por eso, también he decidido renunciar a contarte, querido lector, los locos días del internamiento. Renuncio a adaptarlos a las páginas de este diario.

CUARENTA Y UNO

Hoy he podido salir de mí mismo, vislumbrar en el moroso amanecer la tétrica geometría del mar, que, bravía, va trazando obesos arabescos sobre la arena inestable e inaudita, monstruosa e irreconocible. ¿Imaginada? Silenciosa mar poco rayada de pateras. De las olas a las coplas de Manrique solo hay un trecho, un paso solitario, un verso desempolvado, resquicio de una memoria lectora que, sin salir, encuentra en los libros los caídos lirios de la ya ajada sonrisa. Oscilo entre escritura y tristura. Pasó a mejor vida una cuñada quincuagenaria. La enterraron antes de que supiésemos que no volvería al camposanto familiar.

Me he pasado el día pensando en mi propia desaparición, en lo que será de mi cuerpo y de mi alma. De mi mente mana claramente la metáfora manriqueña, la de “nuestras vidas”, que son “ríos que van a dar al (inmenso) mar del morir”, no sin acordarme de cuán mejores fueron los días pasados. ¡Qué dolorosos estos adioses sin palabras, estos entierros anónimos, adictos a las contingencias de la distanciaci3n! Hoy tampoco he bajado a la calle. Sin embargo, otra vez me persigue la locomotora de las noticias. Desconsoladora cr3nica de una corrosi3n injustamente compartida, de un achaque de alambre local y mundial. Malas y

buenas lenguas dicen que el virus es un arma biológica. ¿Y qué sé yo? Pues mi laboratorio es un mar de firmas pegadas a las paredes, y no una programación científica, mefistofélica.

CUARENTA Y DOS

Nuevo amanecer sin rayos. Como los telediarios. En la tele no hay novedades que renueven la esperanza. La escritura se me hace más telegráfica. Oscila la pantalla al frecuente compás de los “teledramas”. Nuevos vaivenes en el hospitalario andén de los hospitales poco acomodados. Carteles para cuñados heridos, seguros para huérfanos y viudos. Asciende en la red el porcentaje de jubilados caídos. Hay, en las oficinas cerradas, gradación de vidas marchitas, de flores descoloridas. ¡Ay, conmovedoras escenas que se hacen interminables! Actuales y tristes estribillos de nuestra banal existencia. Incierta existencia. Inexistencia que, a fuerza de instrucciones, se convierte, menos mal, en ajeno motivo de compasión, en consciente mirada de finitud humana. Finitud poco atenta a la ya añeja rutina. Rutina más que nunca desprovista de la habitual ola de sin papeles y de pateras sin esperanza, en dramática marcha hacia una problemática tierra de promisión, que ratificó ayer la vanidad de nuestras diferencias.

CUARENTA Y TRES

Marzo sin calor, mayo sin amor. Extraños ocasos sin colores cercanos. Hay en los valles tumbas sin techos, atrincherados cuerpos sin dignidad, arrojados a las gigantescas gargantas de la tierra, lejos, muy lejos de la sierra natal, más que nunca almacenados en los arrabales de las urbes capitales, exiliados del interior, en su propia muerte. ¡Ay, inefable e inextinguible dolor! Muertos sin nombre cayendo, en meses de pandemia, como ocultas mieses sin funerales públicos, como sombras víctimas de un segundo drama, el del homicidio de la primera muerte.

Miro la verde vegetación que da a un desconocido río. En junio, la muerte se parece a un junco que va y viene, que flota sin ahogarse en miles de oraciones vedadas a la muchedumbre. A ratos, un vecino apaga el televisor. Se espesa la sangre en los nervios ya enervados. Ansiedad, miedo, sangre, muerte... Junio con olor a imposibles crematorios. Sepultada sangre sin venas ni procesión, sofocada por la vergüenza de ser en el aire despojo de carne intocable.

CUARENTA Y CUATRO

El bosque será nuestra eterna primavera, me dije entre sueños. Hoy me he despertado un poco sobresaltado, rodeado, otra vez, por el bosque de seda, de donde brotan misteriosos gorjeos de pájaros..., de despabilados pájaros africanos. Hoy me pareció que las aves viven y se sienten menos confinadas (como nosotros) porque tampoco conocen, por estas laderas, los virulentos azotes del invierno. Madrugada africana sin luz, como inmadura fruta de esta temporada de cruz. Enciendo el televisor y me cae encima el suicidio de una joven artista, muerta en su habitación, harta de vivir sin aire. Si fuera me ablandan las maravillas del bosque, dentro me aplaca la llama viva de la biblioteca, que va creciendo en libros cada vez más electrónicos.

CUARENTA Y CINCO

Nueva mañana sembrada de amarguísimas cortezas. Lejos están las farmacias ya carentes de cloroquina. Lejos también están los hospitales urbanos, focos de nuevas contaminaciones. Si la mentira y la versatilidad son inherentes al ser humano, el bosque poco decepciona, como poco nocivas son las alas de los pájaros. Los árboles nunca mienten, concluí, al salir de una enésima meditación.

Más allá del bosque reina la selva que perfora un río invisible, inalcanzable desde esta soledad nutrida de libros, de trinos y lirios. Lejos del mal y del mundo civilizado, hay otro bosque más importante: es aquel en donde mis genitores, cuando nació, enterraron mi ombligo. Es aquel cuya llamada me surca y me perturba. Más aún en estos días de intensa prueba y prosa lírica.

Pues aquí, en este otro rincón de la gran tierra, paso humedades y soledades. Conozco y experimento el drama de los llamados alógenos. Hijo del éxodo rural, de lejos he venido para buscar flores en los jardines académicos de las grandes ciudades. Ciudades de las que, últimamente, me he alejado, por razones que ya he advertido y que tal vez descubra mejor el lector o la lectora que me siga hasta el desenlace de este diario, cuyos párrafos o partes podré alternar porque la sintaxis final de los libros no siempre obedece al desordenado u ordenado fluir de los pensamientos.

CUARENTA Y SEIS

He dicho que no nací en las grandes metrópolis. Mejor para el enamorado que fui de los paisajes campestres, de las modestas casas de madera al borde de las carreteras, cuyo nacimiento se remonta a la época colonial o, como cuentan los historiadores, al protectorado. Tras la muerte de mi padre, se quedó mi madre en mi segundo pueblo. Porque, en realidad, la tierra de mi infancia no es donde nacieron mis padres, cuyos genitores tuvieron que mudarse durante las luchas de independencia. Por eso, no he dudado en aceptar, con mucha gracia y orgullo, el apodo de “invasores” que nos suelen arrojar peyorativamente los hermanos de otras comarcas. Como mis padres y abuelos, yo también he salido de mi segundo pueblo para, antes y después de mi estancia en España, Francia y Argentina, vivir en otros lugares de mi país, donde conocí a la vez paz y amistades, amor y desamor, inclusión y exclusión. Ahora, en lo que considero mi tercer pueblo, con mi pequeña familia resido, feliz y rodeado, sin embargo, de paisanos de otra tribu que, en el fondo, se consideran autóctonos y dueños de la tierra que a diario pisamos. Yo, al crecer, pensé que todos éramos copropietarios de una misma tierra, único tesoro llamado a ser mantenido por todos. Era por no pensar en los planes de los políticos africanos y del llamado nuevo orden mundial.

CUARENTA Y SIETE

Africanerías, pude susurrar, al despertar de esa otra digresión, oportuna en tiempo de confinamiento, cuando uno o una, al pensar en lo peor, ve desfilar por las calles de su memoria a los menores y peores fantasmas de su existencia. Discriminación tribal, modernas tonterías. ¡Qué triste! Ya lo sé. Ellos también. Desde mi exilio interior soy el otro, el forastero, el invasor que gusta de nuevos territorios, de nuevos negocios, de nuevas tierras que “conquistar” para dominarlas mediante el comercio, la agricultura, el ganado... Esto, dicen algunos a guisa de prejuicio, acaba perjudicando la unidad nacional, la convivencia feliz. Los de mi tribu tampoco están exentos de tribalismo. Los menos tímidos incurren en represalias y agresiones verbales cada vez más violentas y cada vez menos electrónicas. Facebook se ha convertido en espacio de odio y rencor. Y esta situación les viene bien a algunos políticos, que se sirven de la fibra tribal para separarnos, y hundir, así, toda idea de nacionalidad e identidad, todo intento de unidad y rebeldía contra las injusticias.

Pobre país desmembrado, inmerso en sus habituales divisiones, que se remontan a la época colonial. Pobre África, paraíso de oro enterrado en los rascacielos de los más fuertes. Tierra incapaz de auto-cuestionamiento, lista para ver siempre el mal en retinas ajenas, cercanas o propias de otras razas, algunos de cuyos representantes siguen, en pleno siglo veintiuno, amenazando a los insumisos gobernantes que, a veces, suben al poder con las manos ya atadas por inhumanos tratados antiguos. Jefes llamados, hasta la fecha, ora a pasar por el habitual aro de cada contrato, ora a transitar por el conocido castigo, delicadamente infligido por antiguos dueños nunca deudores de su generosidad. Por consiguiente, los pueblerinos considerados insumisos también reciben, a escala interior, los latigazos de quienes, a gran escala, son tan dependientes como ellos. Y algunos de estos, más cercanos a los círculos de poder, se jactan de una favorable situación que, a veces, no dura el tiempo de una sola generación.

Para otros, represento el miedo a la desestabilización por mis raíces rebeldes, dicen. Por mis orígenes que recuerdan la insumisión de un pueblo sin armas a la fría represión que precedió a nuestra mentirosa independencia, obtenida sin garantías de igualdad entre naciones. Pese a la tragedia del coronavirus, perdono sin olvidar las lágrimas de entonces. Que quede claro: ya lo he perdonado todo. ¿Pero...cómo perdonar y olvidar, si la memoria no siempre nos falla, si los muertos sin epitafios llaman a nuevos muertos sin funerales dignos? ¿Cómo no perdonar y no olvidar si somos humanos en tránsito, si nos consideramos seguidores de Cristo? ¿Cómo recordar guardando rencor si el invierno, al dar paso a la primavera, se cita con otro invierno sin aborrecer al estío..., si el día nunca termina de regularse en noches y días, días y noches?

CUARENTA Y OCHO

Otra vez muerte a mi alrededor, tan fija u omnipresente, nunca vencida, de momento. Este no es un poemario de tonos muy distintos, sino el diario de una vida monótona en tiempos del corona, el libro más adicto a las expectativas sanitarias, estas que son grietas de cuanto sobreviva cuando desaparezca la pandemia. De tanto escuchar a los periodistas se me apagó un rato la inspiración. A pesar de la presencia de mi familia, la soledad tiende hoy su celada. Cierro este libro en ciernes. Enciendo la llama de otro volumen, no de mi propia cosecha, sino de uno de mis poetas favoritos (...) Como si acabara de comprarlo en aquella biblioteca que daba a la Plaza Mayor de Salamanca, abro y hojeo *Desiertos de la*

luz. Al recorrer el prefacio, que recoge las imágenes de los atentados del 11M, he vuelto a leer y a interpretar, de otra manera, algunos versos suyos. Si un libro casi siempre recuerda a otro u otros libros, las vicisitudes de la vida me llevan a caer en la misma cuenta: “Terror llama a terror y muerte llama a muerte”.

En aquel instante de nueva actualización de las palabras ajenas, la pandemia, de repente, sonaba a homicidio mundial, a atentado contra la inocente humanidad, a genocidios clavados en las calles húmedas de la memoria. Por puro pudor y respeto, no recordaré aquí la matanza de mis ancestros, el destino trágico de valientes nacionalistas que fueron fusilados en plazas mayores, en presencia de familiares traumatizados hasta la fecha. Inmerecida lección de silencio o mutis que dieron a los insumisos los sanguinarios pulpos de la injusta historia.

CUARENTA Y NUEVE

La muerte, como loba cercana, se nos acerca y acecha. En estas horas de renovada prueba, al relativizarlo todo, reparo en que memoria y perdón son las caras de una misma moneda. Nos esclavizan enconos o rencores. Hoy que es la Ascensión, aniversario del entierro de mi padre, hijo inocente de ese período de callada represión, recuerdo sus palabras como si me las acabara de susurrar: “Perdonar es cerrar siempre los ojos y abrirlos diferentes. Perdona, siempre, hijo. No importa la inmensidad del océano de tu dolor. Perdona. El que perdona se parece a un tonto santo. Sé idiota, hijo, idiota del Señor”. Así me fui adaptando a los altibajos de la vida, perdonando incluso cuando no era mía la culpa. Mi encuentro con algunos misioneros me hizo ver la realidad y el mal de otra manera. Hasta pude reconocer esta virtud en determinados pasajes del Evangelio que muchos africanos, no siempre con razón, limitan a un mero instrumento utilizado por los colonos para engañar y hacer entrar por el aro a los pueblos indígenas. Es verdad, pero siempre me he preguntado si la estratégica y mala interpretación de la Biblia supone la inexistencia de Dios. Se debe haber perdido el raciocinio para incurrir, sin escepticismo, en tales cuestiones. La fe es un diario que cada uno abre, hojea y describe a su manera, según su idiosincrasia y las contingencias de la historia, según todo aquello que hace de nosotros unos nómadas en busca de moradas, irreversibles híbridos de los remotos encuentros, etiquetados hijos de la trashumancia.

CINCUENTA

No creo que me falle la memoria. Lo veo muy claro hoy. Mi nomadismo es menos existencial que académico y profesional. No he tenido, como mi padre, una infancia muy difícil y nómada, a caballo entre casa y alturas inalcanzables. No he crecido lejos de los padres, refugiado en las montañas, obligado a vivir como los despectivamente llamados negros cimarrones y a salvar lo que quedaba de su dignidad pisada por los primeros “inmigrantes”, en complicidad con los futuros e impiadosos colonos negros, enemigos internos de los nacionalistas que, a su manera, luchaban por una república venidera, libre de todo imperialismo. Acepto el neocolonialismo como una provisoria herida históricamente inevitable. Y no dejo de preguntarme por qué siento a América Latina más libre y desarrollada que África. Lo entendí mejor al comparar las centenarias catedrales españolas y argentinas por un lado y, por el otro, los más grandes edificios parisinos, alemanes y africanos. Las huellas de las posibles virtudes de la colonización se cristalizaron en los cimientos de aquellas arquitecturas que nutrieron mis peregrinaciones por algunos países del mundo.

CINCUENTA Y UNO

Al revivir algunos episodios de aquel drama que me contó mi padre antes de su vuelo, algo me hizo pensar en mis últimos días en la península, cuando desde la universidad nos hablaban de la palpante necesidad, en la primera década del 2000, de zanjar la cuestión de la memoria histórica con las víctimas de la guerra civil española, de la necesidad de encontrar y honrar los restos del poeta y dramaturgo Federico García Lorca y otro montón de intelectuales caídos. Lo mismo debieran hacer con todas las víctimas republicanas y nacionales, aunque pronto caí en la cuenta de que la idea que tenían los socialistas de la memoria republicana no cuajaba siempre con la de los que apoyan al bando nacional. ¿Se podría borrar a Francisco Franco de la historia? Por supuesto que no. Tampoco a otro Francisco, ni a los supuestos dictadores de nuestro continente.

¿Qué será de aquellos africanos que se conforman con el silencio hasta la complacencia? He pensado en lo que sostuvo uno de mis vecinos de piso, cuando me dijo que Franco fue, efectivamente, como dijo otro, el mejor milagro para su pueblo. Con el tiempo me di cuenta de que decirlo también era una manifestación del pluralismo verbal, de la libertad de expresarse sobre un tema

antes tabú. No sé si existe un pueblo absolutamente libre en la tierra cuando se mira con ojos críticos la realidad. Hasta el coronavirus nos enseña que todos dependeremos de lo que unos pocos quieran hacer de nosotros, de nuestras pequeñeces existenciales. La libertad es una construcción permanente, subjetiva. Ya nos lo advirtió Ditley: “Existen dos historias: la que realmente existió y la contada por los historiadores”. Subjetividad y objetividad bailaban al ritmo de cada bando finalmente herido, aunque de forma distinta.

CINCUENTA Y DOS

¡Fíjense cómo pueden manipular los caminos sucios de la memoria los colectivos errores de ayer! Ningún pueblo está a salvo. Las tristes verdades pretéritas siempre vuelven a la memoria contemporánea. Me pregunto si no será el pasado la locomotora del presente. Hoy y ahora, solo importan las zigzagueantes claridades de nuestra memoria histórica africana, hija de un siglo sangriento, despojo que empieza a salir de los laberintos de la historia. Ya dije, creo, que perdonásemos. Y cerremos esta página domada por remotos duelos. Pues este es un diario y no, atento lector, el relato amargo de un callado genocidio. Más que el no perdonar, mejor que el no olvidar, el amor es la isla de toda gratuita dicha, el cementerio de todo pasado odio.

CINCUENTA Y TRES

Dejé de sobrevolar cada herida de las memorias históricas españolas y africanas. En medio del silencio, esa otra paz tan reparadora que fluye de las profundidades de la noche, mi cónyuge, desesperadamente, me ha dado la espalda. Y antes, para la cena, por poco no pone la mesa. O bien por mucho... Cuando tardo en tomar mis preventivos baños de boca y garganta, dice que soy, más de lo que se había imaginado, bastante distante. Antes de conocerme mejor, nunca había soñado, recalca, que tanto en Europa como en África tuviera que aguantar a la misma cara rival, a la omnipresente amante de siempre, con la que iba a cohabitar durante toda su vida. Pobre pareja. Sé lo pesada que es, a veces, para ella, la divina escritura, hija de la lectura. Caigo en la cuenta de que esto es lo peor de nuestro matrimonio: tener a una rival visible e invisible, perturbadora como un fantasma de tinta y papel.

CINCUENTA Y CUATRO

Después de dormir a nuestro hijo, quise bromear sobre la impuesta distanciamiento.

—Amor —le dije a dos metros de la cama—, no seas celosa, olvida a tu rival. Te agradezco todos los instantes de incomparable cercanía pasados a tu lado desde hace dos décadas.

—De nada —susurró.

Como siempre, se me acercó con lágrimas de amor en los ojos, y me preguntó si yo había acabado el nuevo libro. Y me quedé un ratito murmurando a su oído:

—En cuanto a lo de Bata y Malabo, el plazo no finaliza en mayo. Nos queda un mes.

—¿Y por qué no mandas uno ya escrito, ya que el tema es libre? —preguntó.

Como la lectura, la escritura era su doble a mi lado.

CINCUENTA Y CINCO

A los ojos miré a mi pareja, pese al amoroso espesor de la penumbra, sin querer gastar el poco tiempo que nos quedaba antes de orar, sin poder decirle lo que ya sabía de sobra: procurar adaptar la escritura cada vez más a la actualidad o a la vigente vivencia es, para cada escritor o escritora, marcar históricos goles en la venidera memoria de otras épocas. Toda vivencia es diaria y poderosa inscripción en las tempestades del nuevo siglo. Poco importa si el privado escrito a mano o máquina queda exonerado, de momento, de los superficiales alardes oficiales. Bulle en cada escritor o escritora una suerte de autosatisfacción que no poco supera los límites del reconocimiento. Escribir, sobre todo en tiempos de pandemia, es como encerrarse doblemente: volver a tu aposento interior para probar a salvarte a ti mismo, y curarse de los traumas dejados por la violencia de la vida, o de los que son víctimas nuestros semejantes. Escribimos para untar, con bálsamo poético, las incesantes fealdades y necesidades del mundo.

CINCUENTA Y SEIS

En este mundo tan acelerado que viene a ponderar las prohibiciones que nos impone la pandemia, poco escapa a las normalidades del día a día. Oscilo entre universidad y familia, escritura y lectura, vida y muerte inminente. Soy agua de varias riveras. Pero nunca me atrevo a ir de compras sin reparar en gastos. Tras la escena conyugal, como si me disfrazara de escritor, mis sesos han acariciado otra vez la torre de papel que cruzan, poco rectilíneas, las insignes e innúmeras firmas que se estamparon hace tiempo. Hoy regalan libros en la renovada biblioteca del Centro Cultural Español de Malabo.

CINCUENTA Y SIETE

Al cerrar aquel inciso basado en las taciturnas páginas del ya perdonado y callado genocidio, y al abrir esa última que acabo de dedicar al privado espacio de mi matrimonio, reparo en otras decisivas lecturas o conferencias (de Antonio Colinas y Jesús Fernández Fernández) en torno a la necesidad de acceder a la armonía, de aprender a aprehender la sencilla gramática del amor, de contemplar siempre la otra orilla de las personas, como quien mira más allá del mar, donde el horizonte acaricia las azules extremidades del cielo. Luego, de repente, me brota una cita que, ahora que bien recuerdo, huele a inamovible joya de segunda mano, cristalizada en un epígrafe de *Nuevo Tratado de Armonía*. Dice así: “La fuerza más íntima y profunda del hombre proviene del amor. Cuando el amor está presente, el hombre se enciende. Cuando está ausente, se enfría. Y cuando desaparece por completo, el hombre muere. Es necesario comprender que la vida de cada persona se configura conforme a su capacidad de amar”. Y *Dios y Árbol* habla, a su mística manera, de amor y sublimes encuentros.

CINCUENTA Y OCHO

Tarde sin bosque ante el televisor, también cortado de aire. Febrero, marzo y abril sin calefacción, como los imposibles inviernos africanos. En mi rutinaria vida median días y noches. Entre mediodías y medianoches media la amena escritura. Desde el retiro obligatorio voy tanteando los deshilvanados hilos del equilibrio. ¡Qué difícil encontrar el justo balance de las cosas! Si nos apaciguan el orar, el leer y el escribir, cansa dormir más..., o menos de la cuenta.

Loma abajo, se evaporan y flotan nubes de nieve imposible. Poca serenidad en las avenidas vacías. Llanto, caos arrollador. Sé que infinitas serán las páginas del olvido porque, a paso de antílope, se acerca la tiniebla. De par en par, como hambrienta loba, la muerte, cada vez más, abre la boca y se aproxima al ser ya dolido, pisado por las contingencias de la historia, neocolonizado. Tan grave es la pandemia que hasta los médicos lo pasan fatal, pobres enfermos carentes de antídoto. Ante un imprevisible virus tan invisible, no hay vacuna que logre la unanimidad y que sea propia de tierras o venas menos abatidas; venas de quienes saben de memoria las canciones de los funerales, las masacres del sida o del ébola. No hay vacuna para los que suelen agonizar, a diario, en la antesala de la sombra. No por falta de materias primas, ni por ser siempre refractarios a la llamada democracia.

Diecisiete de junio: miles de contaminados, centenares de fallecidos. En las colinas de polvo empapado va declinando el pavoroso día. Afortunadamente, de momento, África es el “patito feo” de la vigente tragedia. ¡Menuda ironía! Acaso la está salvando su permanente ocaso, su aparente e imborrable desdicha. Alguien grita en YouTube que África no es una porquería. ¿Por qué? Tal vez porque otra vez vienen de fuera las ensordecedoras sirenas. Curiosas sirenas poco pasajeras, tan conmovedoras como procesiones mortuorias, pero cada vez menos llamativas por lo triviales que han venido a ser, por lo normalísimas que serán todavía mañana. “Menos mal...”, he pensado, habiendo tornado a estornudar. “Menos mal...”

CINCUENTA Y NUEVE

La luna procura anticipar entre estrellas su despedida, desdibujándose por entre la amarillenta copa de los árboles. Nuevos huracanes en las capitales del mundo. Pero aquí, en los pueblos del cinturón, las casas de tierra y madera parecen estar a salvo, de espalda a la sombra del virus. Tempestades de carne a mi alrededor. Vidas dramáticamente arrancadas. Desesperanza, duda en la nada. Entre los rayos pardos de este tenue atardecer henchido de heridos, de ojos pegados a los distantes e intocables féretros de fortuna, destacan Madagascar y otros países. ¿Mentirían los árboles milenarios? En la bruma, al fin titila una esperanza africana: Covic Organics. En Camerún, Monseñor Kleda oficializa su propuesta medicinal a base de plantas y cortezas. Más allá del mar, tímidamente, apenas brillan, en nombre de las convenciones africanizadas, signos de aprobación. Desde mi soledad, percibo en la niebla repentinos júbilos de sonrisas endógenas. Allende las cataratas, entreveo dudas, intuyo risas, carcajadas, olas de sátiras.

SESENTA

Nueva madrugada de amarguísimas cortezas. Al beber el asqueroso y preventivo brebaje, recuerdo que he soñado con una frase como esta: en el bosque o en la selva africana, no es medicina toda planta amarga y no está amarga toda planta medicinal. Hoy el telediario matinal dura una eternidad. Las últimas noticias de fuera tienden a augurar el venidero caos africano. Hasta aquí he estado meditando sobre lo ajeno, sin centrarme específicamente en mi tierra que pudo haberse preparado mejor que otras, porque África vio extenderse la pandemia desde China... Dan las siete en el péndulo que sirve de despertador. Acabo de salir a pasear a Putine. ¡Pobre perra! Por falta de ejercicio está más gorda que nunca, pero tan fuerte como antes. Yo también he engordado por haberme apuntado a una gimnasia más intelectual que mecánica. A pesar de la física rutina de sacarla y pasearla a diario por el prado cercano, antes y después, me tiene fichado el ordenador, que no para de recibir frecuentes toquitos y furtivas miradas de un dueño cansado, en estado de trance transitorio.

Veinte de junio de 2020. Recuerdo el plazo... Hoy también he seguido las básicas instrucciones del gobierno y de las organizaciones internacionales. Risueño y soñoliento, medito entre estanterías vivas, acompañado por otra fidelísima amiga: la biblioteca, a la que di la espada hace poco. La mesa de escribir va tirando sus últimos borradores. Mi pareja me tiende una taza de café y un vaso de amargo brebaje. La fatiga me impone una siesta merecida. Pronto, mi diario será mera memoria de un tiempo mezquino y benigno, rescoldo de un recuerdo doloroso, película de una pandemia puesta en escena, desde la soledad de una humanidad indefensa y en busca del tiempo parado.

Sentado en una butaca de ébano que da la ventana abierta, recorro con el cursor las últimas frutas de la cosecha. Horas después, fuera, en la cresta de las colinas de polvo y verde intenso, el crepúsculo comienza a emprender su pesado vuelo, menos oscuro que anteayer, menos melancólico que a lo largo del día anterior, cuyo porcentaje de contagiados no creció demasiado. No nos salvarán los seres humanos, lo sé, ni las vacunas importadas precipitada y apriorísticamente. El bosque o la selva será nuestra eterna primavera. La sierra, nuestro refugio, nuestro inmarcesible sepulcro.

FINAL

En mi tierra baja y sube el número de contagiados, como si vacilaran las estadísticas a la hora del gran balbuceo, venida la hora de la cotidiana conferencia gubernamental. Estamos “cocidos” o “jodidos”. Más de doce mil ya... Como no fumo, he salido a respirar, a caminar lejos del bosque y del río, al otro lado de la carretera y de la ambigüedad, donde la abandonada, holgazana e inconsciente juventud sigue bebiendo, al aire libre y en fila, exquisito vino de palmera. En este exterior de todos los peligros, me acarician la mascarilla los frecuentes y leves azotes de la brisa vespertina. Desde fuera, la realidad oscila, se irisa y no deja de engañar a los incrédulos. No obstante, se cuajan entre corazones y paisajes las razones de la esperanza. Vuelvo a casa poco sereno y, al tiempo, soñoliento y sonámbulo. Frente al gran pozo que modernicé hace poco, el árbol de cacao va dibujando insólitos círculos de hojas que dan a las lejanas e inalcanzables rocas. He dejado de ojear, con mis ojos rojos de fatiga, la hojarasca. Miro hacia el cielo cuando otra vez repica la tímida campana de la capilla cercana. Ahora que me acerco al verdadero desenlace, los caducos rayos del sol parecen oro verde sobre los vacilantes brazos de mi maizal. Los árboles nunca mienten, pensé al levantarme sobresaltado en busca de un título que consiga aunar todo cuanto hasta aquí te prometí recordar y relatar, desde el inicio de nuestra aventura.



Narrativa

EL CAMINO FÁCIL



Ginés Rondo Catalán

“Te mostrarán caminos. Te mostrarán el camino. Te mostrarán un camino. Te mostrarán su camino. No te mostrarán TU CAMINO. Sencillamente porque no pueden. TU CAMINO es tarea de tu corazón cuando decida hacerse | MYSELF EDICIONES

CAPÍTULO 1

LOS FRUTOS MÁS DULCES

Otra vez Iyanga se tuvo que despertar para consolar el corazón de Ivuse, una de sus pequeñas. Parecía que se turnaban: una noche las pesadillas atormentaban a una, y, en la siguiente, a la otra. Las fuerzas del mal torturaban a sus nueve hijos, pero sobre todo a los que vinieron pares, las gemelas y la pareja de mellizos..., aunque más a las gemelas. Ella sabía que los mellizos eran sus protectores, porque en la otra vida habían sido sus padres, tal y como se le reveló en sueños, pero también lo sabían los espíritus del mal. Por eso siempre la estrategia consistía en hacerlos enfermar o tenerlos debilitados, para así tener acceso libre a las gemelas.

Crecían los hijos de Iyanga, y también crecían las manifestaciones de las fuerzas de los espíritus malignos. Seguían creciendo y seguían manifestándose las fuerzas del mal hasta ser muy palpables para ellos. Seguían las pesadillas, nunca cesaban, pero también aparecieron enfermedades y dolencias de todo tipo: aparecieron ataques, brotes psicóticos y alucinaciones. Iyanga seguía consolando el corazón de sus hijos después de media vida, pero, por más fuerte que fuera su alma, veía menguada su fe ante tanto dolor, y necesitaba que se renovaran sus esperanzas, porque su corazón, de tanto estar afligido por el dolor de sus hijos, también empezaba a barajar la posibilidad de vivir sin expectativas ni futuro.

—Mamá, no sé qué más hacer. Ya no puedo más —le decía entre sollozos Ivuse, la más enfermiza de sus hijas.

—Tienes que seguir haciendo lo que llevas haciendo durante tus quince años. Resistir un día más, esperar a que se te pasen los ataques y continuar con tu vida normal —le respondía Iyanga en medio de un escenario de lágrimas—. Debes aprovechar el tiempo de paz que tienes entre una persecución y otra para vivir.

—Mamá, no sé qué otra cosa puedo hacer. Ya no puedo más —le volvía a repetir su hija. A lo que Iyanga respondía:

—Date el permiso de quejarte solo cuando te duela. En los periodos en los que se disipe el dolor, olvídate de él y vive como cualquier otra joven de tu edad. No permitas que te quiten hasta la capacidad de disfrutar de tus días buenos.

Y el escenario se repetía una y otra vez. Hoy tocaba consolar a un hijo y mañana era a otro, aunque, la inmensa mayoría de veces, las mayores manifestaciones de las fuerzas del mal eran con las gemelas Ivuse y Eñeve. Y entre las dos, Ivuse era la más afectada, muchísimo más que los otros hijos. En ella residían los epicentros de todos los terremotos.

Mientras Iyanga pasaba una tarde en su solar, bien cobijada por la sombra de un dichoso árbol, vino la primera de sus nietas y le preguntó:

—¿Abuela, por qué este árbol atrae a más insectos y pájaros que cualquier otro árbol de su clase?

—Tu madre ya te ha respondido a esa pregunta —contestó secamente Iyanga.

Cuando su nieta insistió unas cuantas veces más, ella la miró durante un momento a los ojos. Los tenía efervescentes de curiosidad, como todos los niños, como la misma Iyanga en su momento. Además, pudo leer en los ojos de la chiquilla su intención de no rendirse y seguir preguntando. Todavía era una niña a la que aún no se le había reprochado el molestar a los mayores con sus preguntas. Al final volvió a concentrar su mirada en la pequeña. No frunció el ceño, como en su día hizo su madre, Matomba. Más bien sonrió y le contestó con todo el cariño del mundo:

—Tal vez porque tenga los frutos más dulces.

Esa pregunta la hacían casi todos los niños de la familia, y esa respuesta la daban todos los padres. De modo que esa fue la respuesta que ella también le dio a sus hijos cuando le hicieron la misma pregunta, y lo mismo a sus nietos.

—Mamá, no sé qué más hacer. Ya no puedo más —le decía Eñeve cuando volvían los ataques de los espíritus. Después de un angustioso suspiro, Iyanga volvía a responder:

—Tienes que seguir haciendo lo que llevas haciendo durante todos estos años: resistir un día más. Espera a que se te pasen los ataques y continúa con tu vida normal.

Cuando sus hijos insistían en su dolor y su pena, ella les respondía como siempre, en medio de un nuevo escenario de lágrimas:

—Tienes que aprovechar el tiempo de paz que tienes entre una persecución y otra para vivir y disfrutar de la vida.

—¿Mamá, crees que este dolor cesará algún día? —preguntó Ivuse, la más dañada.

—Desde luego que el dolor cesará —respondió Iyanga.

—¿Crees que algún día saldrá el sol en nuestras vidas? —volvió a insistir la jovencita.

—El sol ya salió hija, porque el sol siempre sale. Lo que pasa es que, por ahora, las nubes le están impidiendo brillar, pero el sol es más antiguo que las nubes. Al sol le sobra tiempo, sabe que solo tiene que insistir y seguir brillando, porque es la única forma de que las nubes se derritan y caiga la lluvia para, finalmente, darle paso.

Su hija sonrió, quizá un tanto incrédula porque ya había perdido la esperanza y la fe.

—¿Pero, por qué te persiguen mamá? —preguntó una vez más—. ¿Por qué nos persiguen?

Iyanga sonrió y le respondió:

—Cuando os traje al mundo casi me costáis la vida, tu hermana y tú. Vuestro padre, que ya no está, fue un hombre maravilloso. Él me amó con todas sus fuerzas, pero había gente a la que no le gustó vernos felices. Por eso lo asesinaron y acabó como acabó —se secó las lágrimas que se asomaban a sus ojos y corrían por sus mejillas, y continuó—. En este sentido, puedo asegurarte que sois mis hijos más caros. Sois por los que más he tenido que pagar. Con vuestro parto perdí la conciencia. Eso es como estar muerta en vida. La mitad de mi cuerpo se quedó paralizada y, aunque me he recuperado, mi muñeca inmóvil me recuerda cuánto me costó cada uno de mis hijos, y sobre todo vosotras.

Ante los atentos ojos de su hija Ivuse, Iyanga continuó:

—¿Por qué nos persiguen? Durante mucho tiempo también me hice esa pregunta, y hace poco creé mi propia respuesta. Estaba sentada en el árbol del patio y tu sobrina me hizo la pregunta que todos nos hemos hecho, y yo le di la respuesta que a todos nos dieron. Pero después, inmediatamente me fui a mi cuarto e hice la pregunta en voz alta. La respuesta era la misma de siempre: las fuerzas del mal me persiguen por los frutos de mi vientre, tal vez porque vayan a ser los frutos más dulces. Y esa es la misma razón por la que os persiguen: por los frutos de vuestros vientres, porque tal

vez sean los mejores. En vuestro caso especial, a las dos os persiguen más porque tal vez vuestros frutos serán aún más dulces que los demás, y a ti se te persigue más porque, seguramente, tu fruto sea el más dulce de todos. —Sonrió, porque había visto a su hija sonreír, y esa sonrisa era la manifestación de la esperanza que germinaba—. Recuerda que tanto la conciencia acerca del dolor, la pena y las miserias, como la conciencia acerca de la importancia de la caridad y la compasión, son identificativas de los corazones elevados. A los mejores siempre se les machaca más. Siempre fue así.

—Gracias mamá —consiguió pronunciar Ivuse, entre lágrimas. Aunque esas lágrimas no eran de pena. Eran lágrimas de felicidad, de amor, de esperanza y de fe, porque todas estas cuestiones también pueden hacer llorar—. Entonces, procuraré no llorar más. Será muy difícil pero intentaré que no vuelva a pasar.

—Será difícil, será muy difícil —le advirtió su madre—. Por eso creo que no debes siquiera intentarlo. Ojalá no lo intentes.

—¿Quieres que siga siendo una llorona? —preguntó la joven.

—No es lo que quiero —le dijo Iyanga.

—Entonces no entiendo realmente qué me quieres decir. Me confundo. ¿Lloro o sonrío? —inquirió la niña.

—Quiero que distingas los momentos, para que el camino sea más fácil. Lloro cuando tengas que llorar, porque, de otra forma, tal vez acabes llorando cuando no debas. Cuando lleguen las pesadillas asústate si te tienes que asustar, y cuando puedas tomártelas como simples pesadillas, también hazlo e ignóralas. Cuando lleguen las dolencias llora, pero, nada más desaparezca el dolor, toma aire y ve a hacer lo que quieras. Debes tener tiempo para todo en tu vida: tiempo de conocer el amor, tiempo de disfrutarlo, tiempo de llorarlo si lo pierdes y tiempo de olvidarlo para volver a empezar el ciclo. Debes saber que hubo una época en la que tuve que guiarte sin preguntarte mucho. Eras una niña y, por suerte o por desgracia, no preguntamos a los niños sobre cosas importantes. Habrá unos momentos en los que te podrás dejar guiar por mí, pero habrá otros en los que guiarte ya no será necesario, y más tarde ni será posible, porque ya me habré ido. Recuerda que tienes derecho tanto a tus momentos de debilidad como a tus momentos de fuerza.

Cuando la niña escuchó a su madre alejándola de su deseo de no llorar, lloró otra vez a la vez que sonreía. Y, finalmente, le dijo a Iyanga:

—Mamá, gracias por ponérmelo fácil. —A lo que ella respondió:

—El camino ha de ser siempre fácil. Facilita lo difícil y, lo fácil, facilítalo todavía más. El camino tiene que ser fácil de alguna forma. Porque realmente lo es o porque tú decides verlo como un camino fácil. Así que sé lo suficientemente valiente para tomar el camino fácil, ese camino que consiste en hacer lo que tienes que hacer y punto: llorar, reírte, amar, despedirte de los que se van, dar la bienvenida a los que vienen... En definitiva, vivir, vivir con todo lo que implica la vida.

Ivuse pensó en lo que suponía ser lo suficientemente valiente como para tomar el camino fácil, ese en el que decides algo y lo haces, en el que te decides por un tipo de vida y la vives, en el que sueñas con algo y trabajas en consecuencia para tenerlo. Así aprendió a vivir en el tiempo, a sentir dolor cuando los espíritus del mal la poseían, y, en cuanto le daban tregua, a hacer que su vida ya no valiese la pena, sino a hacer que, más bien, su vida, a partir de ese momento, valiese la gloria.

CAPÍTULO 2

EL MUNDO SOBRE ELLAS

—Estoy embarazada —le comentó Ivuse a su hermana gemela Eñeve. Era una tradición no escrita entre gemelas que la primera persona en saber las cosas de una tiene que ser la otra, y esa tradición también la cumplían ellas, como casi todas las hermanas gemelas del mundo.

—¿Ya lo has confirmado? —le preguntó Eñeve.

—Sí, acabo de hacerlo.

Tenía el semblante serio porque sabía que se enfrentaba a una situación mucho peor, ya que su hermana Eñeve había sido madre hacía unos meses con dieciséis años, y las dos fueron testigos de lo duro que fue. Fueron testigos de cómo cambia la vida de una mujer cuando, aparte de seguir siendo mujer, se convierte en madre. Fueron testigos de los ataques y las reprimendas de muchos familiares, de las risas de muchos vecinos y de las miradas despectivas de mucha gente. Ya sabían que se arremetía contra todas las jovencitas que se quedaban preñadas a esas edades, pero una cosa era saberlo y otra muy diferente vivirlo en carne propia. Descubrieron una vez más que, desde su

lado del planeta, a las que son madres primerizas tan temprano también tienen que lidiar con la mirada de toda esa gente que las juzga como un estruendoso fracaso. Ese embarazo se vuelve un ejemplo palpable de algo mal hecho y, sin más, les quitan la esperanza y cualquier expectativa de futuro, a la vez que les echan el mundo encima.

—¿Es de quien creo que es? — preguntó Eñeve con una sonrisa cómplice, a la vez que echaba una ojeada a su pequeña, felizmente dormida.

—¡Claro! —exclamó Ivuse.

—¿Y cuándo se lo dices a los leones? —volvió a preguntar Eñeve, refiriéndose a los familiares gruñones, aunque esta vez con el rostro serio. Era consciente de lo duro que había sido para ella, y sabía lo duro que iba a ser para su hermana.

—No sé qué hacer. No sé si dejar que hable el tiempo o adelantarme yo.

—Haz lo que quieras. Sobra decirte que estaré aquí para apoyarte, mi muy querida hermanita —le dijo mientras se regalaban un abrazo.

—Recuerda que yo soy mayor que tú. Vi la luz del sol antes, así que nada de que soy tu hermanita pequeña —le recordó Ivuse.

—Lo que tú digas. Pero ambas sabemos que yo soy la mayor —se reivindicó Eñeve.

Saber con exactitud cuál de entre las dos era la mayor se antojaba difícil. Algunos ancianos decían que, cuando se va a la finca, los más pequeños han de ir delante, porque el deber del mayor es controlarlos desde atrás. Así que, por tanto, en el caso de gemelos y mellizos, el mayor se quedaba controlando la situación y dejaba salir antes al pequeño. Otra gente opinaba lo contrario. Defendían que, cuando ha de abrirse un nuevo camino, como lo es el mundo exterior, al igual que un nuevo sendero en el bosque, los mayores se ponen delante para abrir el paso. Así que el primero de los gemelos en ver el sol se lleva la primogenitura. Y como a río revuelto ganancia de pescadores, cuando los gemelos y mellizos se encuentran con estos dilemas, cada uno tira hacia el argumento que más casa con sus intereses. La otra razón por la que era difícil saber cuál de entre las dos era la primogénita era porque el parto había sido extremadamente complicado, así que nadie estuvo, en aquel momento, pendiente de quién vino antes y quién después.

Ivuse notó que con el embarazo llegaron más espíritus. Se intensificaron los brotes psicóticos, las alucinaciones... y las visiones se entremezclaban haciendo difícil saber

qué era qué, y qué podía significar cada cosa. La cataplejía y el insomnio tampoco ayudaban mucho. Ivuse había vivido cómo Eñeve había sido víctima de las mismas persecuciones, pero a ella siempre le tocaba la peor parte. Cuando no tenía a su madre cerca y se preguntaba hasta cuándo tenía que aguantar todo ese tormento, podía sentir cómo, desde la lejanía, el viento le traía una de esas respuestas que solía darle su madre y que avivaban la esperanza: “Las fuerzas del mal te persiguen por el fruto de tu vientre, porque, con total seguridad, será el más dulce de todos”. Y, desde la distancia, le regalaba a su madre un abrazo.

—Mamá, te he enviado un abrazo —le dijo Ivuse a su madre cuando visitó el pueblo. Iba a hacerse un tratamiento tradicional. Estaba aquejada de los mareos, los vómitos y el malestar típicos de la gestación.

—Será por eso que sentía unos brazos rodeándome —le dijo su madre, a la vez que le regalaba una sonrisa—. Yo te he regalado unas palabras —añadió.

—“Las fuerzas del mal te persiguen por el fruto de tu vientre, porque, con total seguridad, será el más dulce de todos”. Me han llegado —contestó Ivuse, mientras las dos se partían de risa. Era uno de esos momentos en los que los espíritus le permitían un periodo de tregua. Se extinguía el dolor y ella podía ser una joven normal de diecisiete años.

—¿Por qué nunca ves a la gente como desastres? ¿Por qué nunca has visto a ninguna de tus hijas como estrepitosos fracasos, cuando casi todo el mundo mira a las jovencitas embarazadas así? —le preguntó Ivuse a su madre.

—Porque a mí me gusta el camino fácil. Pero ese camino fácil hace fáciles muchas cosas. Si os mirara como fracasos cuando apenas empezáis la vida, os estaría sirviendo en bandeja la excusa perfecta para fracasar: “Es que ya creías que éramos unas fracasadas. Ya lo sentenciaste, ya nos veías como tales. ¿Qué te esperabas?”. Por eso elijo el otro camino fácil, el de serviros en bandeja de plata una mirada y un gesto para la esperanza. No puedo ser cómplice de la castración del fruto de mi propio vientre, más aún cuando ese fruto apenas empieza la vida.

—Así que ahora me vas a decir que: “El sol ya salió hija, porque el sol siempre sale. Lo que pasa es que, por ahora, las nubes le están impidiendo brillar, pero el sol es más antiguo que las nubes. Al sol le sobra tiempo, sabe que solo tiene que insistir y seguir brillando porque es la única forma de que las nubes se derritan y caiga la lluvia para, finalmente, darle paso” —comentó Ivuse con un tono bromista.

—Desde luego que sí. Y lo repetiría las veces que hagan falta. Además —añadió Iyanga—, creo que el repetirlo tanto ha ayudado a que lo memorices.

Después del tratamiento volvió a la ciudad de Bata. La efectividad del mismo le recordó lo ingenua que era la gente despreciando tajantemente cualquier tratamiento o remedio tradicional.

Iyanga había abandonado la ciudad. Decidió residir en su pueblo, Isamba, después de haber vivido en las ciudades de Bata y Malabo, y una pequeña temporada en la isleta de Annobón. Un día, regresando de la finca, le llegó la noticia de que su hija Ivuse había dado a luz un varón. De inmediato se puso a acomodar la casa para que los tres meses de reposo que tradicionalmente se toma la mujer después del parto le resultasen cómodos a su pequeña, porque, según sus costumbres, las mujeres descansaban durante un trimestre tras nueve meses de cargar con el fruto de su vientre y alumbrarlo.

Cuando Ivuse llegó al pueblo, encontró que su madre ya había preparado la casa para ella. Sólo le quedaba entrar en su cuarto y no salir más hasta después de tres meses. Por lo menos esa tradición sabía que, alguna vez, tocaba descansar.

—Espero que esos tres meses de reposo se pasen volando —le comentó Ivuse a su madre.

—Serán cinco meses. Las madres primerizas tienen que reposar durante cinco meses, y, si aún son muy jovencitas, como tú, pues todavía más.

Ivuse no quiso entrar en disputas. Sabía que no podía ganar. Sus hermanas, y de manera más reciente Eñeve, ya lo habían intentado sin resultado alguno. Además, tuvo que reconocer que el pueblo era el mejor lugar en el que podía estar en esos momentos. La playa estaba muy cerca, la comida y la fruta eran inmejorables, y el ladrido de los perros y el canto de algunos pájaros evocaban un ambiente lejos de la gran urbe. Tuvo que acostumbrarse a las visitas de familiares y amistades, porque desde este lado, cuando se trae un hijo al mundo, casi siempre la gente hace visitas, trae comida, viene a bailar y cantar y les trae obsequios al niño y a la madre. También acabó haciéndole caso a su progenitora ante su insistencia sobre que debía comer mucho y bien para poder alimentar al niño.

La primera mujer que visitó a Ivuse fue la primera que visitó a todas aquellas de sus hermanas que habían tenido hijos y decidieron hacer el reposo en su pueblo. Se trataba de su abuela Matomba, y aquella conversación la recordaría hasta el último

día en que sus ojos contemplaran el sol.

—¿Quién es el padre del niño? —preguntó la abuela.

—El hijo de la señora Mawé.

—Así que es un hijo de lo prohibido. Un caso como el de tu madre y el señor Elonga. Pero puedes estar tranquila, porque el parentesco en este caso es exageradamente remoto, ni yo sé cómo explicarlo. A ver... , cuéntame más. ¿Tenías planes de quedarte embarazada o fue accidental?

—¿Con diecisiete años? ¡Claro que no fue algo planificado! —respondió Ivuse, sorprendida por la pregunta.

—Luego es un hijo de la aventura y la travesura. Sigamos ¿En algún momento deseaste no estar embarazada o deseaste perderlo? ¿Deseaste que todo eso no fuese verdad?

—Sí. Con todo lo que me venía encima, la verdad es que me arrepentí de estar embarazada, me sentí estúpida. Pero, en medio de toda esta confusión, soñé con mi bisabuela Sede y ella me dijo que tuviera al niño. Al despertarme me sentí aliviada por sus palabras y decidí tenerlo.

—La afortunada voz con la que soñaste ayudó a que tuvieras al niño, lo cual me hace ver que no es un niño que ha nacido con suerte: es un niño que ha nacido por suerte.

—Abuela, lo de que sea hijo de lo prohibido me queda claro, lo de que sea un hijo de las aventuras y travesuras de una joven de diecisiete años... lo entiendo. Lo de que no haya nacido con suerte lo entiendo, aunque eso tendrá que verse. Pero lo que no acabo de entender es eso de “nacer por suerte”.

—Cuando termine de hacer las preguntas te lo aclararé todo. Ahora lo que quiero saber es con cuántos meses nació, porque me he enterado de que no lo esperabas para estas fechas.

—Ha nacido con siete meses y trece días —respondió Ivuse, queriendo llegar al final de las preguntas para saber qué se traía la abuela entre manos.

—Los niños, por lo general, nacen en torno a los nueve meses, pero este se ha adelantado. Él ha sido prematuro, un hijo de su propio tiempo. Bien... ¿Y qué me dirías de su nacimiento? ¿Cuándo fue y cómo era ese día?

—Nació el día trece de noviembre. Era domingo a las doce del mediodía. Fue un día muy soleado. No sé, sinceramente, si era un día precioso, pero sí recuerdo perfectamente que el sol era asfixiante y yo me moría de calor. No sé qué más decir.

—Vino en un día sagrado, a plena luz del día, cuando la mayoría de los niños prefieren llegar durante la noche o de madrugada. ¡Bastante atrevido!

Cuando dijo esto último, la vieja Matomba se quedó en silencio. Por momentos clavaba la mirada en el suelo, como quien busca respuestas más allá de sus pies, y, por momentos, levantaba los ojos para echarle una mirada al bebé que dormía plácidamente en la cama. Ivuse había dado todas las respuestas que tenía que dar. Solo le quedaba esperar, algo que sabía hacer. Cuando se ha hecho lo que se tiene que hacer solo toca esperar a ver el desarrollo de los acontecimientos, porque la esperanza se creó para después de los hechos. Por eso su nombre real es esperanza activa, aunque el mundo la desposeyó de ese apellido para dejarla en esperanza, simplemente esperanza, y tal vez por eso no se entiende su significado más profundo.

—El que sea un hijo de lo prohibido significa que será una persona amante de lo imposible, alguien que acabará haciendo cosas que por aquí todos decimos que no se pueden hacer —le dijo Matomba a su nieta cuando recuperó el habla—. Y ya lo está demostrando, porque es de esas rarísimas veces que un fruto de lo prohibido trae noticias excelentes. Pero hay más. El que sea hijo de la aventura y la travesura significa que será un espíritu libre. Irá más allá de cualquier limitación, de cualquier cadena...

La abuela guardó otro de sus silencios para tomar algo de aire. Ivuse solo observaba atenta. Esperar era algo que ella sabía hacer.

—Nació por suerte, lo que quiere decir que vino porque tenía que venir. No había manera de que no viniera. Fuera como fuera, iba a venir. Nadie hubiera podido hacer nada para impedir su llegada. Por tanto, creo que será muy importante lo que tendrá que hacer aquí. Es un hijo prematuro, y eso significa que será un corazón de su propio tiempo. Para él solo será tarde cuando crea que es tarde, y solo será temprano cuando él crea que es temprano. Si un corazón importante llega un día trece, cuando todos presagian malos augurios, indica que viene a desafiar lo imposible. Nació en noviembre. Sabemos que, desde este lado, noviembre es mes de truenos, de lluvias, de vegetación, de comida y caracoles abundantes. Tu niño sólo verá abundancia. Verá posibilidades de progreso y desarrollo donde pocos lo pueden ver.

La abuela hizo otra de sus pausas. Ivuse tenía los ojos y los oídos más despiertos que

nunca. Además, la complicidad del niño ayudaba mucho. Estaba dormido a una hora en la que normalmente solía estar despierto. Era como si supiera que su madre tenía que estar centrada en lo que estaba.

—Nació un domingo, un día sagrado para nosotros. Quiere decir que será un alma noble. Y que viniera a plena luz del día indica que será amante del brillo, de la luz y de su esplendor en todas sus manifestaciones, por lo que la oscuridad, el camino de las tinieblas, será su perdición. Verá luz donde muchos sólo pueden ver oscuridad, y será de las almas que sabrán cuándo el brillo no está siendo total. Nunca será consentido, porque la oscuridad que emana del conformismo será su talón de Aquiles, será su máxima debilidad. Además —añadió la vieja Matomba—, nacer a pleno sol en un mes de lluvias intensas significa que será un corazón raro, un alma a veces complicada de entender.

Hizo una breve pausa, suspiró y sentenció:

—¡Enhorabuena, has tenido un hijo maravilloso!

—Gracias abuela —dijo la jovencita mientras se lanzaba a sus brazos—. Acabas de alegrar aún más mi corazón.

Cuando Ivuse se quedó sola, colocó al niño en su pecho importándole poco que estuviera durmiendo. Le apretó un poco hacia sí misma y lloró. Lloró porque por fin podía sentir a alguien que, con una sencilla mirada, era capaz de transmitirle la mayor fuerza del mundo, la mayor de todas: el amor. Y mientras estaba en este acto sagrado, pudo oír como el viento vagamente le traía unas palabras a sus oídos: “Los espíritus del mal te seguirán persiguiendo por el fruto de tu vientre, porque con total seguridad es el más dulce de todos”. Pero el susurro del viento no cesaba ahí e insistía: “El sol ya salió, hija, porque el sol siempre sale. Lo que pasa es que las nubes le estaban impidiendo brillar, pero el sol es más antiguo que las nubes. Al sol le sobra tiempo. Sabía que solo tenía que insistir y seguir brillando, porque era la única forma de que las nubes se derritieran y cayera la lluvia para, finalmente, darle paso.”

—¿Cómo vas a llamarlo? —le preguntó su madre—. Dentro de una semana, durante la noche del sábado al domingo, se tendría que hacer el rito de imposición de nombre.

El ritual para la imposición del nombre al recién nacido se hacía durante la madrugada, entre las cinco y las seis. Los requisitos eran muy sencillos: un bebé, un vaso de agua y un tejado.

-Se va a llamar Xenxo, como papá —le dijo Ivuse bastante convencida—. Quiero que el nombre de papá suene por casa, que no desaparezca porque él ya no esté. Además me gusta su significado: “génesis, principio, inicio, causa, origen, razón, motivo”.

El corazón de Iyanga dio un vuelco. Le daba igual que el nombre no fuera ndowé. Ese niño se llamaría como el hombre al que más había amado en su vida. Xenxo es un nombre extranjero, no es un nombre *ndowé*. La historia colonial de España, como todas las demás antiguas metrópolis, había dejado un pasado, unas secuelas de las que ya nadie se libraba. Xenxo, el padre de Ivuse, era annobonés, y, en cuanto a nombres, los annoboneses se habían llevado la peor parte porque, durante el colonialismo, se les impuso tanto nuevos nombres como nuevos apellidos, perdiendo prácticamente toda su antroponimia local.

—¿Y cuál será su sobrenombre? Porque tu padre no tenía uno.

—Tendrá de sobrenombre Qhispi. Me gusta mucho. Significa libertad. Le pedí al padre Williams, un sacerdote peruano, que me diese un nombre originario de su tierra y me sugirió este. De modo que será el principio, la causa, la razón y el motivo de mi libertad.

—Avisaré a la gente del pueblo para que organicen el ritual —le dijo Iyanga a Ivuse.

—Gracias, mamá. No sé qué habría hecho sin ti.

Cuando su madre se alejó y ella se quedó sola, sus ojos se detuvieron por enésima vez en su pequeño. Era inevitable. Reconoció que a ella le había tocado la peor parte, porque se suponía que no se tenía que tropezar con la misma piedra con la que lo había hecho hacía poco su hermana Eñeve. Se suponía que tenía que haber aprendido de ese error. Pero todo eso quedó atrás, en el pasado. Atrás habían quedado los reproches de muchos familiares cuando se enteraron de que ella también se había quedado preñada. Ya parecían menos dañinas las miradas despectivas de tanta gente que la habían visto como un contundente fracaso. En ese instante, descubrió cómo fue que, de repente, su hermana gemela Eñeve se había vuelto un corazón valiente. Ella había descubierto lo que descubren todas las mujeres que se convierten en madres: que el dolor físico del parto, las burlas, los desprecios y cualquier dificultad, quedaban holgadamente compensados con la fuerza que despierta el amor hacia un hijo. Y decidió que, a partir de ese momento, ser valiente ya no era una opción.

CAPÍTULO 3

LUGARES Y PERSONAS

Qhispi, ya con seis años, amaba alternar los periodos de escuela en Bata con las vacaciones en el pueblo, donde finalmente se había establecido su abuela Iyanga. Todo apuntaba a que sería un estudiante genial. Durante los periodos de clase era un niño voraz. Había aprendido a leer y a escribir mucho antes que la mayoría de sus compañeros. Llegaba a casa y, sin ayuda alguna, hacía sus deberes, curioseaba alguna que otra cosa y se iba a jugar. Por las tardes, después de bañarse, tocaba seguir investigando en su material escolar. Pero el excesivo ímpetu que mostraba durante el curso, lo compensaba durante el periodo de vacaciones olvidándose totalmente del colegio. Se estaba cumpliendo la profecía que su bisabuela Matomba le había dicho a su madre Ivuse: “Sería un hijo de su propio tiempo, uno que aprenderá a decidir cuándo era momento para su sí y cuándo era momento para su no”. Durante sus vacaciones en el pueblo le tocaba disfrutar de su abuela en compañía de sus hermanos, porque eran muchos. Lo eran porque, desde este lado, en las lenguas locales no existía una expresión para decir primos, sobrinos o tíos. Desde este lado todo se resumía en hermanos, hijos y padres, aunque, por desgracia, esto se está perdiendo. Era un momento para disfrutar de la arena del pueblo y cargar con su polvo. Era tiempo de corretear por la playa, porque el pueblo seguía donde estaba, y eso hacía que el mar siguiera siendo de esos lugares que no están lejos.

El pequeño Qhispi había vivido hasta los seis años con su madre en la ciudad de Bata. Pero cuando ella se quedó embarazada de él y de su hermanita Idiela, se incrementaron los brotes psicóticos, las alucinaciones y las manifestaciones de espíritus malignos que la poseían. Por eso, la tía Keta, que se había establecido en la isla de Bioko, más concretamente en la ciudad de Luba, decidió hacerse cargo del pequeño. Cuando finalmente llegó a la isla, el pequeño Qhispi pasó un par de semanas en la ciudad de Malabo con su tía Eñeve, la gemela de su mamá, para que su hermanita Idiela, que se iba a quedar ahí, no se sintiera, de repente, sola.

Luba era un lugar maravilloso, un entorno propicio para crecer. De Luba se acordaría siempre de sus playas, de su puerto, del busto, río abajo, en memoria del señor Magazine... Del mismo río Magazine, el río con las aguas más cristalinas y gélidas

⁴ Cesta de trabajo

en el que se había bañado. Se acordaría de su tierra fértil y de la abundante comida, como las verduras, los plátanos, las malangas, las bananas, los mangos... y de mucho más. Entre los seis y los ocho años pudo disfrutar de un entorno agradable, y esos dos años le parecieron cortos.

—Qhispi, despierta —escuchó cómo le decía una voz muy familiar, tan familiar que a esas horas de la noche creyó que estaba soñando. Era la voz de su tía Eñeve, y esa voz normalmente solía estar en otra ciudad de la isla, en Malabo. El pequeño apenas entendía nada, y no porque no pudiera, sino más bien porque nadie le explicaba qué estaba pasando.

—La tía Keta ha muerto —le dijo, entre sollozos, su tía, al darse cuenta de que el pequeñín también quería saber lo que ocurría.

Escuchar eso no le ayudó mucho. La tía Keta hacía unas horas que le había recordado a él y a los demás niños de la casa que ya era hora de irse a la cama, porque mañana tenían colegio. Hacía poco que le habían hecho caso, porque con su personalidad todo el mundo se lo hacía, y se fueron a la cama mientras ella amasaba la mezcla para hacer pan al día siguiente. Hacía escasas horas que se habían despedido de ella. Esa misma noche, cuando llegaron a la casa de uno de sus tíos en Malabo, el pequeño pudo ver de cerca el cuerpo inerte de la persona que hacía un rato le había mandado a la cama, y fue así como en su cabecita de niño entró la lección de que la vida se puede quebrar en un instante, igual que ya había visto cómo la enfermedad hizo que se alejara de su madre, porque, por increíble que parezca, los niños también aprenden esas cosas que la vida enseña de la manera más atroz posible.

Después del madiame, que son los actos fúnebres que tradicionalmente se hacen para acompañar a las almas en su último viaje, finalmente se hizo el kuedi en memoria de la tía Keta. El kuedi se podía celebrar en cualquier lugar. Dura una semana, generalmente de lunes a domingo, y es el momento en el que, tradicionalmente, familiares, amigos y conocidos se dan cita en la residencia del mismo finado, o en la casa de otro familiar, para reunirse, hacerse compañía y consolarse mutuamente. Todo el proceso culmina con un chapuzón en el mar a primerísima hora en la mañana del último día, entre las seis y las siete de la mañana, como símbolo para limpiarse y sacudirse el dolor que dejaba la muerte a su paso. Era como si el salitre del mar proporcionara la fuerza espiritual necesaria para seguir adelante.

El kuedi en memoria de la tía Keta se hizo en el pueblo. La abuela Iyanga decidió quedarse con el pequeño una temporada. Aunque todos estos vaivenes le retrasarían

académicamente, pensó que necesitaría cambiar de aires, y, con el curso que hacía, aún podía ir a la escuela del pueblo.

Con el recuerdo de su tía Keta todavía vivo, con el recuerdo de su disciplina, su coraje, su entereza... y con el recuerdo de cómo la muerte se toma algunos caprichos, Qhispi ya no volvió a ser el mismo. El golpe le sumió completamente en la oscuridad. Ni él ni su hermano Iyumba, el hijo de su tía Keta, después de lo vivido aquella noche en Luba, ya nunca volvieron a ser los mismos.

Qhispi tenía ya casi diez años. Ya habían pasado dos desde que había ido a vivir con su abuela en el pueblo, en ese entorno de naturaleza salvaje. Más allá de las dificultades, sentía que vivía en un paraíso. Había aprendido a hacer muchas de las cosas que hacían los niños del pueblo: ir al río a por agua o a lavar los platos, buscar cangrejos para comer en casa o para vender, machacar la yuca, acompañar a los mayores a la finca, buscar leña... Pero, también, había aprendido otras cosas más divertidas, como ir a coger las frutas de los árboles de algún viejo grunón, bañarse en el río o en el mar y quedarse en la playa a disfrutar de la arena, escuchar los cuentos de las abuelas y reunirse con los otros niños durante la luna llena, en medio del patio principal del pueblo, para contarse historietas entre ellos, hasta que algún mayor les recordaba lo tarde que era. Pero él no era un niño más. Él tenía memoria, una memoria que no le permitía olvidarse de lo que había pasado hacía dos años con su tía Keta, y ese nubarrón que portaba sobre su cabeza, por momentos, le empapaba.

La abuela Iyanga, a causa de la difícil vida del pueblo, tuvo que irse a Malabo por problemas de salud. El médico le había recomendado absoluto reposo para poder aliviar los problemas de hipertensión que padecía. El tío Malongo la llamó para que pasara seis meses de reposo con él, a fin controlar que no hiciese ningún trabajo, porque, cuando solo dependía de ella, en cuestiones de reposo Iyanga no solía obedecer. Por lo tanto, durante seis meses Qhispi se quedó solo con su bisabuela Matomba. Fue un momento especialmente duro porque, aparte de él, no quedaba absolutamente ningún otro niño en el pueblo durante el periodo escolar. El más cercano que había estaba en otro pueblo del municipio, a kilómetros, de modo que solo veía a otros chavales cuando iba a clase. Así que, durante esa temporada, a Qhispi le tocó hacer solo todas estas cosas que hacen los niños del pueblo. Y no solamente las tareas domésticas típicas de un niño de diez años. También tuvo que hacer algunas de los adultos, como ir a buscar el pan. Cuando finalmente llegó el verano, el pueblo se llenó otra vez de niños. Por eso él deseaba que no llegasen las clases, porque eso significaba que volvería a quedarse solo.

—¡Hola cariño! ¿Durmiendo a estas horas? ¡Menudo dormilón! —le susurró una voz que, por un momento, le había parecido familiar, pero, por lo poco probable que parecía que fuera la persona que él creía que era, pensó que estaba soñando—. ¡Hola mi vida! ¿Durmiendo a estas horas? ¡Menudo dormilón! —le volvió a susurrar la misma voz, a la vez que sentía una mano acariciando su cabeza. Esta vez la había oído con claridad, así que se levantó para confirmar lo que pensaba.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó el pequeño cuando se dio la vuelta para ver de quién se trataba.

Hacía cuatro años que no se veían. Cuatro años en los que solo tenía de su madre una imagen vaga en la mente, y la mejor manera de acordarse de ella era viendo a su tía Eñeve, la gemela de su madre, su otro rostro. Pero ahora ella estaba ahí. Podía contemplarla y recordar lo hermosa que era, podía lanzarse a sus brazos y dejarse rodear por ellos. En cambio, ella no había olvidado el rostro de su pequeño, no había olvidado sus ojos, su olor, su energía. Tampoco había olvidado las buenas nuevas que le dio su abuela Matomba acerca de él cuando aún era un bebé. No podía olvidar a su hijo, ese hijo de lo prohibido, el hijo de sus travesuras y sus aventuras de cuando apenas era una jovencita de diecisiete años... Era imposible que se olvidara del primero que le hizo descubrir que cualquier dificultad quedaba holgadamente compensada con la fuerza que despierta el amor hacia un hijo. Bajo ningún concepto podía olvidar a la primera personita que le hizo decidir que, a partir de ese momento, en su vida ser valiente ya no iba a ser una opción.

—¡Estás aquí, has venido a visitarme! ¡Estás aquí, has venido a visitarme! —repetía el chiquillo mientras se abrazaba más fuerte al cuerpo de su madre.

—No. No he venido a visitarte. He venido a por ti. He venido a llevarte conmigo —le aclaró Ivuse a su pequeño—. Nos vamos a Bata.

Después de celebrar su encuentro en la habitación, salieron para ver a las otras dos personas que había en casa.

—Xenxo, saluda a este señor —le dijo su madre—. Se llama tío Aloka. Es mi marido y, a partir de ahora, será tu papá.

—Buenos días, tío Aloka —le dijo Qhispi mientras le estrechaba la mano.

—Muy buenos días, Xenxo —contestó el señor Aloka—. Me gusta cómo te muestras fuerte cuando estrechas la mano. Así es como ha de saludar una persona con confianza

—añadió mientras miraba al pequeñín con esas miradas que dicen casi todo. Era una mirada de compromiso, el compromiso de cuidar de él como su propio hijo.

Cuando se dio cuenta de que su bisabuela Matomba no iría con ellos a Bata, preguntó a su madre:

—¿Si me voy contigo, cómo se queda mi abuela grande Matomba? Ella no puede quedarse sola.

—Tranquilo, mamá ya está bien. Regresará de Malabo dentro de una semana. Ya hemos hablado con gente del pueblo para que puedan ayudar a tu abuela grande en lo que necesite. También les hemos dejado algo de dinero. Además, no olvides que la mayoría de los que están en este pueblo son familia, y los que no lo son, lo parecen. Tu bisabuela estará bien.

En la noche del sábado al domingo, mientras dormía, soñó que una presencia se sentaba al borde de su cama y que él se arrodillaba. La misteriosa alma le imponía las manos y le decía: “Libérate del nubarrón de tu cabeza y de su chaparrón. Lo de Luba ya pasó. Recuerda que todo hombre a ratos desiste, y a ratos insiste. Recuerda que el campeón también flaquea, pero resiste. Recuerda a ratos domesticar tus miedos, para ir como una lanza haciendo imposible el freno. Recuerda el dar las gracias. Recuerda portar siempre las ganas, las ansias. Recuerda levantarte, caminar y brillar, intentarlo y conseguirlo, y, si no, pues volverlo a intentar.”

Al despertarse, se dio cuenta de que era la última vez que haría muchas de las cosas que hizo durante el día. Era la última vez que iría al río tanto a por agua para bañarse como para lavar los platos. Era la última vez que se adentraría en el bosque para recoger caracoles y atrapar cangrejos. Cuando llegó a la playa sabía que el mar siempre estaría ahí para él, pero entendía que no iba a contemplar esas vistas en mucho tiempo. Por eso sentía que era la última vez que lo vería y jugaría con la arena. Tenía sus dudas, porque no sabía si, allá donde iba, el mar seguiría siendo de esos lugares que no están lejos.

Llegó el momento más duro del día, despedirse de su bisabuela, de Matomba, su abuela grande. Después de regalarle un gran abrazo, cerró los ojos y se arrodilló para que ella le diese su bendición. La abuela le impuso las manos y le dijo: “Libérate del nubarrón de tu cabeza y de su chaparrón. Recuerda que todo hombre a ratos desiste, y a ratos insiste. Recuerda que el campeón también flaquea, pero resiste. Recuerda a ratos domesticar tus miedos, para ir como una lanza haciendo imposible

el freno. Recuerda el dar las gracias. Recuerda portar siempre las ganas, las ansias. Recuerda levantarte, caminar y brillar, intentarlo y conseguirlo, y, si no, pues volverlo a intentar”. Al levantarse la miró fijamente a los ojos, y ninguno de los dos dijo nada más. Había bastado con esa mirada cómplice que solo ellos sabían interpretar. Mientras se subía al coche de su padrastrero Aloka se le puso la piel de gallina, porque solo su bisabuela y él comprendieron que la vieja le había visitado en sueños la noche pasada para decirle lo mismo y adelantarle la bendición.

CAPÍTULO 4

LAS OTRAS ESTACIONES DEL CAMINO

Mientras el tío Aloka conducía hacia Bata, su mamá tenía la mirada perdida en el exterior del vehículo, en la naturaleza salvaje e imponente que se manifestaba a un lado y al otro de esa carretera de tierra. Tenía el rostro serio, ya no se parecía a esa jovencita de veintidós años que Qhispi tenía en mente cuando se separaron. Se la veía más hecha, se la veía más mujer. En sus ojos podían adivinarse las cicatrices de las dolencias por culpa de las manifestaciones de los espíritus, pero también se la veía fuerte, como si tuviera un pacto oculto con la valentía, porque esa mirada decía que había cumplido con una promesa que se hizo a sí misma desde que se separó de sus dos hijos: volver algún día a por ellos. Y como Idiela ya estaba con ella, tocaba volver a por su pequeño, estuviera donde quiera que estuviese. Era un rostro en el que se podía leer el recuerdo de las palabras de su madre: “Quiero que disciernes los momentos. Lloro cuando tengas que llorar, no sea que tal vez acabes llorando cuando no debes. Cuando lleguen las dolencias, llora, pero, nada más desaparezca el dolor, toma aire, ve a hacer lo que quieras. Debes tener tiempo para todo en tu vida. Tiempo de esperar a conocer el amor, tiempo de disfrutarlo, tiempo de llorarlo si lo pierdes y tiempo de olvidarlo para volver a empezar el ciclo. Recuerda que tienes derecho tanto a tus momentos de debilidad como a tus momentos de fuerza”.

En Bata se instalaron en un barrio llamado Moganda. Por suerte, era un lugar donde el mar y la playa no estaban lejos. Pronto el muchacho pudo darse cuenta de que la vida en Bata era otra historia muy diferente a la del pueblo. Ahí él no tenía que ir al río a por agua, tampoco tenía que adentrarse en la selva para buscar caracoles y cangrejos. Todo se resumía más en hacer las tareas domésticas, comer, estudiar y encontrar algún tiempo para jugar.

El tío Aloka, el marido de su mamá, era como un sargento. Tocó acatar una disciplina

férrea en la que tenía que saber qué hacer desde que se levantaba, que era siempre muy temprano, hasta que se iba a la cama, que también era siempre muy pronto. Era la persona más autoritaria con la que había vivido. Según supo más tarde, los golpes de la vida le habían enseñado que el mejor momento para coger a una persona y guiarla por la senda correcta era justo durante la infancia y la adolescencia, justo en la edad en la que estaba Qhispi. Con su hermanita Idiela era un pelín menos estricto, pero a él, como mayor, no le podía permitir ni un fallo.

Después de ese verano tocó empezar las clases. Qhispi acabó pasando cuatro años en el colegio que tenía literalmente en casa, porque el muro de su casa y el colegio compartían pared. Era paradójico, porque cuando a otros compañeros les hubiera gustado vivir tan cerca del colegio, a él le irritaba. Quería estirar las piernas un poco, pero, cuando lo intentaba, antes de darse cuenta ya estaba en casa. A veces, acompañaba a su nuevo mejor amigo, Nkulu, hasta unos doscientos metros de distancia, y regresaba corriendo. No le gustaba ser el compañero que vivía más cerca, aunque cuando caía un buen chaparrón lo agradecía, porque muchos compañeros llegaban con retraso, otros se ausentaban ese día y otros llegaban empapados, mientras que él llegaba temprano y estaba más seco que nadie. Los cuatro años de primaria fueron una fase asquerosamente sencilla para el muchacho. Sus calificaciones eran excelentes, eran las mejores. Por eso, al final de cada curso, le llovían los regalos. Esto podía deberse a que Qhispi cada vez era más voraz leyendo libros. Leía incluso cuando la luz no era buena, porque la luz de las lámparas de petróleo, las lámparas de bosque, nunca es buena. El tío Aloka y su madre no podían estar más orgullosos de él. Habían pasado cuatro años y había terminado la primaria como si de un paseillo se tratara.

Tocó enfrentarse a la secundaria. Todos sus compañeros habían presumido de que sus padres les mandarían a los mejores institutos de la ciudad, mientras que él apenas podía preguntarse qué iba a ser de su vida después de sexto curso. Uno de los primeros días de julio, mientras bañaba a Monoko, el cuarto y penúltimo de sus hermanitos, vino su hermano Iyumba a casa. Pensó que se trataba de una más de sus visitas.

—Prepárate, vamos a salir —le dijo Iyumba nada más llegar—. Coge un bolígrafo, un lápiz y una goma.

—¿Adónde vamos? —le preguntó mientras salían de casa.

—El tío Aloka ha dicho que te lleve a realizar la inscripción para los exámenes de ingreso en La Salle de Lea.

Nunca había escuchado ese nombre, y tampoco hizo muchas preguntas. Al llegar al instituto se encontró con una multitud de niños que también venían a inscribirse para las pruebas. Era la primera vez que llegaba a las instalaciones de ese colegio, pero estaba tan centrado en la inscripción que no tuvo tiempo de apreciar lo bonito que era. El registro lo dirigía uno de los hermanos de las Escuelas Cristianas. Unos días después hizo las pruebas de acceso sin saber de qué iba todo eso y, finalmente, cuando regresó en la fecha indicada, se encontró con que había sido admitido. El alumno que venía de la escuela del pueblo, el estudiante de aquel colegio de primaria metido en un barrio perdido de la ciudad de Bata, había sido admitido en el mejor instituto de la ciudad y, tal vez, el mejor del país. Su padre, el tío Aloka, no pudo estar más orgulloso de su pequeño. Literalmente se le salía el corazón del pecho. Los años de tanta disciplina y trabajo estaban dando sus frutos.

—Felicidades —le dijo su papá mientras le daba un beso en la frente—. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Por qué no me avisaste de que iba a hacer las pruebas? —preguntó Qhispi al tío Aloka—. Me podía haber preparado los exámenes.

—No lo sé. Supuse que estabas listo. Recuerda que eres un enamorado de los libros, y los enamorados de los libros ya están preparados. Sabía que lo conseguirías, tenía fe en ti.

El tío Aloka, al igual que su madre Ivuse, había aprendido a regalarle la mejor de sus sonrisas, pero, detrás de esas sonrisas, el niño de trece años no pudo ver la responsabilidad de asumir ese destino escolar. Justo en ese instante de emoción no pudo imaginarse qué tendría que hacer su papá para pagarle la matrícula en un colegio como ese. Lo primero que hizo Aloka fue vender el bar que regentaba y comprarse un coche apto para el servicio de taxi. Era conductor de profesión y se conocía muy bien la ciudad de Bata. Había crecido en ella y había visto los cambios que experimentaba en cuanto a infraestructuras.

La financiación de los estudios, por tanto, estuvo sujeta a las dificultades que había en casa, y eso se convirtió en su mejor motivación, porque no podía permitirse repetir curso o tener que asistir a clases de refuerzo en verano y aumentar los gastos. El sudor de sus padres por su educación era sagrado, y la mejor manera de demostrarles su agradecimiento era superando los correspondientes niveles.

Cuando trajo por primera vez la hoja de requerimiento de pago de la matrícula

escolar, el escenario, que acabó siendo el mismo en futuros años, pasaba por que su padre la cogía, no decía nada y se iba. Ambos desaparecían del radar del otro. Él no veía a su padre y su padre no le veía a él. La única pista que tenían los dos para saber que el otro había pasado por casa era la cuerda de tender la ropa, en la que se podía ver una camisa de uno o el uniforme escolar del otro. Durante dos semanas apenas se veían porque cuando uno estaba en casa, el otro no: uno en clase y el otro durmiendo, uno durmiendo y el otro dando vueltas por las calles de Bata en su taxi, uno venía a comer y descansar y el otro ya se había ido a la biblioteca.

—¿Qhispi, puedo entrar? —le decía su hermanita Upolo.

—Adelante.

—Papá nos ha dejado esto para ti —susurraba cuando le entregaba un papel que traía algo envuelto

—Gracias.

Y así, finalmente, después de dos semanas sin ver al tío Aloka, en la soledad de su habitación podía contar el dinero que venía envuelto en la misma hoja de requerimiento del pago de la matrícula escolar. Después de contarlo confirmaba lo que ya sospechaba: su padre se había machacado para cubrir todos los gastos de escolarización del próximo curso, y eso antes de pensar en cómo pagar la matrícula de sus hijos pequeños, los que eran sus propios hijos biológicos. Cuando le daba la vuelta a la hoja siempre encontraba la misma nota todos los años: “Xenxo, quiero que tu camino sea fácil, dentro de lo que se pueda. No quiero que te sientas acomplejado por cuestiones de escolarización. Ve, paga lo que tengas que pagar y después haz lo que mejor sabes hacer, que es estudiar y aprovechar esta oportunidad que yo, al igual que muchos otros niños, nunca tuve entre mis manos. Te quiere, papá”.

Después de leer la notita se prometía a sí mismo cumplir lo de estudiar y aprovechar para sí la oportunidad, porque era algo que hacen los corazones valientes: aprovechar para sí la oportunidad. Y su madre, desde el vientre, a través de ese cordón umbilical que transporta más que nutrientes, le había transmitido el mensaje de que la valentía llegaba un momento en la vida en que dejaba de ser una opción. Su padre había vuelto a cumplir con su parte del trato. Por eso se llevaba la nota al pecho y se prometía cumplir con creces ese pacto que había entre los dos, ese pacto que nunca firmaron sobre un papel, un pacto que quedó sellado desde el primer día que se estrecharon la mano: “Uno cumple como padre, y el otro cumple como hijo”.

Acabó siendo perfectamente consciente de las mañanas sin desayunar, de los recreos sin bocado, de las tareas domésticas a realizar y de la mezcla de necesidad y pasión en el camino hacia la biblioteca, a veces movido por las ansias de saber y otras, sencillamente, para evadirse de la atmosfera aburrida que le rodeaba en casa. Era consciente de lo que costaba adquirir los libros e invertir en formación. Eran muchos materiales, cuadernos, una mochila, calculadoras, los diccionarios, los uniformes, los zapatos y un sinnfín de bolígrafos y demás pequeñeces. La matrícula tampoco era regalada, costó pagarla. Ahora sí anheló tener cerca el colegio porque, al igual que en el pueblo, los kilómetros diarios se recorrían a pie, tanto para ir como para volver, y eso tras previamente haber madrugado, porque la puntualidad era obligatoria y la asistencia todavía mucho más.

Los estudios en el Colegio de Bachillerato La Salle Lea, el instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, conocidos desde este lado como Hermanos de La Salle, y más allá de las dificultades de casa, estaban siendo un camino de rosas en cuanto a lo académico. Siguió recibiendo la admiración de profesores y compañeros. Qhispi tuvo que vivir bajo una constante presión porque ninguno de los profesores le consentía mucho. Había sido así siempre desde el primer día que pisó una escuela. No sabía qué le veían los maestros y profesores, pero estaba claro que algo veían. En algunas de esas charlas por los pasillos durante los recreos, los compañeros le habían confesado que lo que más admiraban de él era su capacidad de servicio, lo cual era cierto, porque le daba igual tener que sacrificar su tiempo libre para aclarar una cosa a algún compañero, que andar kilómetros de ida y vuelta para echar una mano a los demás durante los repasos de la tarde. A través de su madre había aprendido que, siempre que pudiese, el hambre y las dificultades nunca debían anular su capacidad de ayudar.

CAPÍTULO 5

EL TESTIGO DE UNA GENERACIÓN

Sus padres se separaron, porque a veces los padres se acaban separando, pero nunca olvidó que, en su vida, aparte de su madre y toda la familia que había cuidado de él mientras ella estaba enferma, también hubo un padrastro que, más que padre, fue un padrazo, su propia versión del *Entrenador Carter*. Hubo tortazos, hubo consejos y hubo abrazos (aunque escasos), y siempre le agradeció que le ayudase a forjar su carácter. Todos los días a Qhispi le llegaba el recuerdo de su voz advirtiéndole que si las cosas se ponían difíciles tenía que doblar la apuesta, enseñándole que rendirse no

podía ser una opción, que las cosas que valen de verdad siempre cuestan, pero que jamás se tiene que barajar la idea de la rendición. Con él, Qhispi aprendió muchas cosas... Como que siempre debes caminar, aunque sea con miedo, pero que siempre se tiene que avanzar. Él le hizo saber que no podía relajarse, porque ir hacia delante de ninguna manera es lo mismo que llegar. También que había de procurar ser siempre constante, y que, por él y por los suyos, ni por asomo se podía permitir renunciar. Atrás habían quedado casi diez años de convivencia, pero la casa del tío Aloka seguía siendo su casa y pasaba por ahí siempre que le apetecía.

Qhispi no volvió a ser el mismo porque volvió a cargarse el nubarrón que durante casi una década se había disipado. Tocó ir a vivir con su tía Memba, en un lugar que estaba lejos de todo. Estaba lejos del mercado, lejos del instituto, lejos de la biblioteca y, desde luego, lejos del mar. Por primera vez en su vida vivía en un barrio en el que el mar era de esos lugares que estaban lejos. Quedaban únicamente dos años de instituto, pero el nubarrón sobre su cabeza solo estaba empezando a llenarse, y su chaparrón no tardaría en llegar.

—Ha muerto vuestra bisabuela Matomba —les notificó su tía Memba nada más colgar el teléfono.

—¡Madre mía! —exclamó su hermano Iyumba al enterarse de la noticia.

Qhispi parecía padecer de reciprocidad emocional... o, tal vez, el recuerdo de la noche oscura de Luba le había arrancado de la manera más atroz la capacidad de afligirse por esas cuestiones... o, tal vez, sencillamente, mientras se volvía cada vez más introvertido, había aprendido también a no exteriorizar su dolor. Solo sabía una cosa: que ya nunca volvería a ver a su gran abuela Matomba, porque todos, en algún momento, pasamos al otro lado de la vida. Dolió todavía más cuando supo que no podría ir al pueblo a despedirse de ella: le tocaba quedarse en Bata cuidando de los más pequeños.

Una semana después, durante una de las clases de filosofía, acabó percatándose de que, repentinamente, ya no podía ver con nitidez la pizarra. Había perdido parte de su vista.

—Te recomiendo que uses gafas —le dijo el oftalmólogo unos días después, cuando le visitó acompañado de su madre, agobiado por la dolencia—. Tienes astigmatismo y miopía, y esto es lo que te produce ese déficit de agudeza visual, los dolores de cabeza intensos, el estrabismo, la incomodidad visual y la irritación de los ojos.

—¿Cómo van de precio? —preguntó Ivuse.

—Estas son todas las monturas que tenemos aquí. Las más baratas son las de aquella sección.

—Pasaremos a principios del próximo mes. En estos momentos no me alcanza para pagarlas —dijo su madre, intentando ocultar las lágrimas. Había gastado el dinero en sus propias dolencias, atormentada de nuevo por los espíritus del mal. Había terminado el periodo de tregua y no podía estar segura de que, a principios del mes próximo, iba a tener el dinero.

—En ese caso, le recomiendo fehacientemente al joven que no realice esfuerzo visual alguno. Nada de leer, nada de colegio, nada de televisión. Hay sospechas de miopía patológica o miopía progresiva —añadió en ese lenguaje que sólo entienden los médicos, aunque después se explicó con más detalles en un lenguaje más coloquial.

—Lo de la televisión será sencillo porque prácticamente nunca la mira. Lo que se antoja difícil es lo de no poder leer, pero me encargaré de que acabe haciendo caso a las recomendaciones.

Después del primer día de ausencia llamó uno de sus amigos:

—¿Dónde estás? ¿Qué te ha pasado? En estos cinco años de instituto nunca habías faltado. Incluso hemos quedado en evidencia. Durante la clase de biología, el profesor hizo dos de sus preguntas rarísimas y, como nadie las respondía, nos ha preguntado por ti.

—Durante un mes me toca estar en casa. Me ha surgido un problema de vista de la nada y tengo que esperar a ver si, para final de mes o principios del siguiente, me compran las gafas.

A lo largo de la semana se fueron sucediendo las llamadas de varios compañeros, hasta que, de pronto, uno de ellos llamó por segunda vez, iniciando el motor de la esperanza.

—¿Por qué zona de Nuevo Inseso vives exactamente ahora? —le preguntó su compañero Elema.

—Si vienes de arriba queda después de Seis Casas, y, si vienes por abajo, queda antes. Justo donde está el taller mecánico.

La explicación no fue del todo ortodoxa porque ese era un barrio nuevo y las indicaciones eran un poco complicadas. Después de una hora se encontraron, charlaron en el salón de casa... y la sorpresa llegó cuando, al despedirse, Elema le entregó un sobre con dinero.

—¡Tanto! —exclamó después de contarle y darse cuenta de que era más que la mitad de lo que necesitaba para pagar las gafas—. Muchas gracias.

—Recuerda que tú siempre has estado para ayudarme con los repasos. Tu capacidad de servicio es asombrosa. Honestamente, te lo mereces.

Llamó uno de los hermanos de La Salle interesándose por él. Le contó la situación y, finalmente, días después, le pidió que lo buscara para completar la cantidad de dinero que faltaba. Cuando al fin el médico le entregó las gafas le devolvió algo del dinero diciéndole que una de sus pacientes, que había escuchado a su madre durante la conversación de la primera visita, le había pagado parte del tratamiento.

Las lentes no significaron, ni por asomo, que los problemas visuales hubieran desaparecido. Durante el bachillerato estudiar se volvió doloroso. Seguían los dolores de cabeza, las lágrimas que producía la irritación ocular... y lo que parecía una sospecha acabó siendo confirmado: padecía una miopía muy grave. Decidió dejar de leer novelas y curiosidades, para centrar lo poco que le permitían sus ojos en lo estrictamente académico. Pero ni por esas se conformó con calificaciones bajas. Acabó entre los dos mejores de su generación, si no el mejor, y lo mismo en la universidad.

Cuando echaba la vista hacia el pasado se sentía afortunado. Se sentía afortunado porque perteneció a una generación que fue testigo del sudor empapando sus ropas y del estómago vacío acelerando su paso cual barco a todo vapor. Una generación testigo de las lecturas bajo esas amarillentas farolas, y del reto constante por no ser el último de la cola. Testigos de los atajos fabricados para llegar pronto a casa, de la certeza de que un cinco no convence, no basta, de cómo desafiaron a la pizarra con el objetivo de demostrar su casta. Unos eran más que currantes, otros eran sencillamente genios, y, tras esa mirada al pasado, quedaba una sonrisa que recordaba que el esfuerzo puede tener premio. Estaba orgulloso de pertenecer a una generación que se educó en conocimientos y valores ante el reto del progreso, esa promesa que, con su magia, aligeraba el peso de las mochilas. Fueron testigos de las noches de insomnio tras lavarse la cara para no conciliar el sueño, testigos del fastidio de las lluvias matinales de mil demonios, de los pies en agua fría y de las palmaditas de mamá, de papá o de cualquier otro familiar diciendo: “Te dormiste sobre los

cuadernos, y prepárate, que ya es de día”. Su generación también fue testigo de cómo la muerte se llevó a compañeros y amigos antes de tiempo, al parecer demasiado temprano, al parecer demasiado pronto. Y así, de nuevo, afloraban los miedos, las dudas sobre si compensaría tanto esfuerzo.

Lo único que le pedía a su generación era que ojalá caminasen siempre hacia adelante, ungidos de orgullo. Que ojalá, cuando alguien quisiera pararles, cambiaran su rumbo. Que siendo testigos del coste, recuerden su norte. Que guste su clase, y que guste su pose. Que siga siendo una generación agradecida de haber cargado ayer con la cruz, porque, aunque la noche se antoja a veces larga, al final llega el día, llega la luz. Que sus zarzas no se consuman, ya que ese rayo interno que no cesa, aún no cesó. Que en sus sueños siempre unan el alma, la mente y el corazón, porque, con total seguridad, son lo mejor que han dado estas tierras, son su más valioso tesoro. Lo crean o no lo crean.

CAPÍTULO 6

AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Después de la universidad, Qhispi no tuvo problemas a la hora de incorporarse al mundo laboral debido a que su expediente académico era brillante. Llegaba a esa fase en la que los sueños y la vida real claramente iban paralelos, pero, justo ahí, se desviaron por caminos completamente divergentes. Así, sin más, empezaron sus enfermedades cardíacas y pulmonares, porque el corazón, el cerebro y todos los órganos siempre se resienten cuando no se trabaja en pro de los sueños. A causa de ello sufrió un paro cardíaco que le sumió, primero, en un sopor profundo, y después en un coma nivel cuatro. Nunca se dio cuenta de ello. No fue consciente de cómo su madre tuvo que pedir ayuda para tratarle, deambulando con él por varios países. Además, cuando su alma se separaba de su cuerpo para levitar por el hospital, acababa pensando que el que estaba tumbado en la cama, lleno de tubos y aparatos raros, era su gemelo.

—¿Perdone, nos conocemos? —le preguntaba a la mujer mulata que tenía al lado desde hacía rato y que no dejaba de mirarle, sorprendida. Y no podía ser casualidad, porque cada vez que iba a visitar a su gemelo en el hospital de turno en el que le tocaba estar, se topaba con ella.

Desde la lejanía escuchaba el vago sonido de una sirena, aunque no le interesaba distinguir si se trataba de la policía, de una ambulancia o de los bomberos. Ya había demasiadas malas noticias, y él quería alejarse un poco de ellas.

—Ni falta que hace —respondió ella en un tono sorprendente—. Con la edad que tienes, seguro que no. Eres un niño de ayer. Yo ya me había ido del pueblo cuando tú llegaste.

—¿De mi pueblo? ¿Cuando llegué? ¿Me conoces?

—Claro que te conozco. ¿Te doy detalles? Sé que no eres de por aquí, por lo menos no de esta tierra. Eres del norte de Bata, de Río Campo, de Tika, de Isamba. Te veía allí durante mis vacaciones o cuando me enviaban a una misión, pero llevo seis años sin verte por Bata, y nueve que no te veo por el pueblo.

Qhispi se relajó un poco. Aquella mujer de la que no sabía nada por lo menos no era una intrusa. Conocía su pueblo, y cuando una persona desconocida resultaba que conocía su pueblo, sus orígenes, acababan conectando.

—¡Ah! Vale. Haber empezado por ahí. Por cómo me mirabas, había pensado que era la primera vez que veías a un negro, que eras racista, que te debía dinero o yo qué sé... No voy mucho al pueblo. Hubo un momento en que me lo impedían las clases. Primero fue la secundaria, después la universidad, ahora me lo impide el trabajo. Con los estudios habría tenido margen en vacaciones, pero ahora ya no puedo moverme así como así.

—Lo siento, es que para mí han sido muchas cosas en poco tiempo. Primero me ha sorprendido que mis superiores, los que deciden el destino de los agentes, me relevaran de una misión y me mandaran, con muchísima urgencia, a custodiar a otra persona. Y cuando te he visto me he sorprendido todavía más. En mi trabajo, por más que lo intentamos, no dejamos de sorprendernos. Honestamente, no esperaba verte —le comentó la señora—. Por cierto, me llamo Mundasoe. Quizá te resulte un poco raro el nombre. Significa... “a la que sirven”.

—Encantado, señora Mundasoe. Algunos me conocen por Xenxo. Otros por Qhispi. Xenxo significa génesis, principio, inicio, causa, origen, razón, motivo..., y Qhispi significa libertad. Así que, si juntáramos los dos nombres, quedaría algo así como el origen o la razón de la libertad. Cosas de mi madre.

Tuvo que reconocer que la mujer era preciosa. Tenía unos rizos castaños que le favorecían muchísimo, y unos ojos raros en los que se entremezclaban el color café, el azul, el negro y el verde, unos “ojos de gato”, unos ojos raros e indescritibles pero, indiscutiblemente, preciosos. Donde creció Qhispi, cuando alguien tenía unos ojos que no eran negros se decía que tenía los ojos de gato, porque recordaban la mirada

de un felino en la oscuridad.

—Últimamente estás viajando mucho. Has estado en muchísimos sitios: Camerún, Nigeria, Senegal, Túnez, Francia, Alemania, España... y ahora Sudáfrica. ¡Encima en aviones privados! —le dijo Mundasoe—. En mi caso, desde que le cogí el gusto a viajar, debido a las misiones, es algo que me apasiona. Pienso que a ti también te encanta.

—Supongo que debo ser un afortunado. Pero me parece que no soy consciente de ello. Lo único que tengo claro es que no disfruto. Me siento como atrapado. Me aburro.

Después de unos minutos de conversación llegó el silencio, porque ellos, al igual que muchos otros, también se tomaban su tiempo para analizar cómo habían terminado entablando conversación con una persona desconocida, y qué era lo próximo que tenían que decir o hacer.

—Si tanto te aburres, podemos ir al cine. Conozco un lugar —sugirió Mundasoe—. Hoy se presenta un documental interesante sobre el coma médico. Se titula Al otro lado del telón. He visto el trailer y me ha llamado mucho la atención. Además, con lo que ya he observado, creo que te va a gustar.

—Me gustan los documentales de medicina, me gusta la ciencia. Pero la cuestión es cómo lo sabes tú.

—Lo sé porque lo sé.

Ella no quería entrar en detalles. La miró por un momento y volvió a pensar en lo hermosa que era. Esa mujer le estaba invitando a salir, a alejarse de ese hospital que, como muchos hospitales, solo olía a hospital.

En el documental se definía al coma como un estado de severa pérdida de memoria y que se manifiesta con un fuerte trastorno de las funciones vitales que podía llevar a la muerte. Acerca de las causas, se explicaba que podían ser tanto metabólicas, por intoxicaciones o por inducción artificial, y que los niveles de gravedad iban del uno al cuatro, es decir, de responder a estímulos, como el dolor, hasta la pérdida total de la capacidad de reacción. Mientras veían el documental, Qhispi no podía explicar qué sentía. Solo notaba como si le estuvieran haciendo un chequeo, al tiempo que le explicaban algo a alguien. No sabía que, en esos momentos, en la dimensión física de la vida, en realidad le estaban explicando a su madre en qué consistía el coma

en el que estaba sumido su hijo. En ese momento le contaban que el coma puede durar días, semanas, meses o años, y que la recuperación puede ser total o parcial. Le aclaraban que dicha recuperación no dependía del nivel del coma, de si era más profundo o no, porque algunos pacientes se rehabilitaban completamente después de un coma gravísimo, mientras que otros, tras uno más leve, no se acababan de reponer del todo.

—¿Te has dado cuenta de que mucha gente, aunque camine por la calle, está como en coma, viviendo en un estado de inconsciencia? —preguntó Mundasoe cuando abandonaron el cine.

—He de reconocer que el documental ha estado bien, incluso se me ha hecho corto. Y sí, tienes razón —reconoció Qhispi—. Mucha gente vive una existencia sin rumbo, sin asumir la responsabilidad de sus vidas. La verdad es que el estado de coma es equiparable a la situación de mucha gente en la realidad.

—¿Vuelves al hospital? —preguntó Mundasoe.

—Desde luego que sí. La responsabilidad me llama. He de estar cerca de mi gemelo, aunque no sé si podré sobrevivir al aburrimiento.

—¿Qué haces mañana? O más bien... ¿Qué harás durante el tiempo en el que el paciente esté aquí, en Sudáfrica? Aparte de aburrirte, claro está.

Era una mujer ya hecha y derecha, que iba a lo que iba. Tenía un objetivo claro y preciso, y lo estaba manifestando con disimulo, pero con maestría.

—No tengo nada especial que hacer. Ahora mi vida se resume en ir de hospital en hospital.

—Me lo temía. Supongo que me tocará a mí llevar las riendas de todo esto hasta que estés preparado. Te propongo ir a un retiro en el que se celebra el Seminario de la Vida en Siete Dimensiones. Durará todo el día y está un poco lejos, se hace a las afueras de la ciudad, pero creo que lo disfrutaremos. Empieza a las cinco de la madrugada, porque necesita realizarse en el rango de horas menos ruidosas del día. Puedo pasar a por ti, si lo deseas.

—Por mí, perfecto. Lo dejaré todo organizado. Te esperaré.

Justo al darse la vuelta después de despedirse en la puerta, aquella mujer con

los ojos de gato volvió para hacerle unas últimas preguntas.

—¿No será que, con todo esto del hospital, has perdido tu propia vida? Te veo sin rumbo, apenas controlas la noción del tiempo, viajas de un país a otro y ni te enteras. Me da la sensación de que vives en coma, y que por eso te ha afectado mucho el documental. ¿No será que tú también eres de esa gente que camina por la calle sin tener consciencia de su propia existencia, sin tomar control de su vida?

—Ya estabas tardando. Me parecía que te traías algo entre manos. Una mujer como tú fijándose en alguien como yo... era raro, y no solo por la diferencia de edad. Gracias por psicoanalizarme.

—No me seas masoquista. Nos vemos mañana temprano. —Mundasoe esbozó una sonrisa burlona—. Dulces sueños, cariño.

Qhispi se fue contento porque iban a volver a verse. Se hizo a la idea de que aquella mujer hacía preguntas porque quería demostrar que era inteligente, que no solo era un rostro angelical, y que se preocupaba por él. Además, tuvo que reconocer que ella era de las pocas personas que, en mucho tiempo, le había hecho las cuestiones adecuadas.

—El tiempo de retiro me ha sentado bastante bien, y reconozco que el seminario me ha resultado revelador. Incluso sentía que iba dirigido exclusivamente a mí —dijo Qhispi, mientras se apeaban del autobús rumbo a los jardines del hospital, ese lugar que se convertiría en su rincón favorito para charlar.

—Gracias. Significa mucho para mí el que te haya sido de provecho. Eso quiere decir que estoy haciendo bien mi trabajo.

—Me sorprende que me conozcas tan bien, y hasta cierto punto me da miedo. ¿Quién eres en realidad? ¿Qué es lo que pretendes? Porque no sé apenas nada de ti. Me has seguido sutilmente por cada país. Te veía observándome. —Respiró profundamente—. Quiero saber si la señora que tengo enfrente es una buena persona o una psicópata que quiere utilizarme para su propio interés y después dejarme sin más, como un simple objeto.

—¿Psicópata? Sí que tienes mucha imaginación. Simplemente, ahora se te nota perdido, y yo estoy dispuesta a llevar las riendas de todo esto hasta que estés

preparado. No quiero presionarte. Tú eres mi objetivo. ¿Eso es difícil de entender?

—Por lo menos dime quién eres, de dónde eres... No sé nada de tu vida. Así se me hace complicado seguir.

—Jovencito, soy una mujer adulta, hecha y derecha. La edad y la experiencia me enseñaron a no perder tiempo. Por eso, cuando me toca a mí hacer lo que se tiene que hacer para una relación, pues lo hago. Te imaginaba más maduro, pero parece que no. Aprende a discernir entre la importancia y la urgencia. —La atmósfera que les envolvía se había vuelto tensa—. Analiza si es importante y trascendental que sepas sobre mí ahora, justo en estos momentos. No vaya a ser que, sencillamente, el querer saber algo sobre mi vida resulte ser una urgencia que nace de tu miedo a lo desconocido y de tus dudas.

—¿Esas tenemos?

—Sí, esas tenemos, sexista. Soy una mujer madura, hermosa y útil. Una que cree que ayudarte a que te sientas mejor no es nada malo. No te bases en prejuicios anticuados y absurdos para aferrarte a que tienes que ser tú quien lleve el control porque sí. —Se detuvo en medio del camino y con lágrimas en sus ojos le dijo—: Todo se resume en importancia o urgencia. Esto se puede acabar aquí y ahora. Te voy a dar la oportunidad de hacerme la pregunta adecuada.

Qhispi tenía miedo de perder a esa mujer y, tal vez, también miedo de volver a hundirse en su vida de aburrimiento, en medio de viajes y hospitales, cuidando de un gemelo que no parecía tener mejora. Mientras se tomaba el zumo de uva que tenía en la mano, se le manchó la camisa justo en el pecho, justo en el corazón. No quiso darle mucha importancia, porque no tenía la más mínima idea de que, en el lado físico de la vida, le estaban operando el corazón en esos precisos momentos. Estaba ante una decisión importante. Después de un momento de silencio caminando cabizbajo, alzó la vista, miró directamente a esos ojos de gato multicolores y le preguntó:

—¿Podrías enseñarme a vivir más despierto y alejado de tanto aburrimiento y desgana? Porque queda claro que solo no puedo, visto lo visto.

—Pregunta correcta. Podemos seguir.

Después del momento de máxima tensión siguieron caminando y hablando de cosas que en ese momento les interesaban a los dos. De pronto, sonó el teléfono de Qhispi. Al colgar no tenía buena cara. Se le puso el rostro serio y se le podía adivinar la

preocupación.

—¿Pasa algo? —preguntó Mundasoe.

—Tenemos que acelerar el paso. Hay que llegar al hospital ya. Me estaban informando de que mi gemelo ha sufrido una parada cardíaca, pero que, con algunas maniobras de resucitación adecuadas, se le ha podido reanimar.

Ya en el hospital, los médicos les explicaron que mediante algunos procesos como la desfibrilación, que consiste en emitir impulsos de corriente continua al corazón, y otras maniobras más, la recuperación había sido posible. Se pasaron la noche charlando de la vida, sorprendidos de que, en el fondo, las personas también funcionasen con electricidad, como si de unas máquinas se trataran.

—Se me ha hecho tarde. Me tengo que ir. Además, señor aburrido, tienes que descansar. Estaré ocupada durante el día, así que, si te apetece, podemos vernos durante la noche.

—¿Qué tienes que hacer, señora misterio?

—Recuerda hacer preguntas interesantes, preguntas importantes, y no urgentes. Preguntas que nos interesen a ambos, y no esas que solo te interesan a ti. Nos vemos mañana. Muy buenas noches, cariño.

El día se le hizo largo: su gemelo empeoraba. El hospital olía cada vez más a hospital, como todos los hospitales. Se acordó del Seminario de la Vida en Siete Dimensiones, ese seminario que, a pesar de que hubiera otra gente, parecía dirigido a él. También pensó en Mundasoe, en su misterio y en la contundencia de sus palabras. Finalmente, pudo verla de nuevo.

—Te esperaba para más tarde, Mundasoe —le dijo Qhispi nada más ver llegar a la mujer de los rizos castaños y exuberantes. Eran las seis de la tarde.

—En mi trabajo tengo que enviar informes diarios a la central para que ellos me puedan dar las siguientes instrucciones. Durante el día de hoy me tocaba enviar el informe definitivo acompañado de mis recomendaciones, y esperar la respuesta. No podía moverme si no me llegaba, pero, para mi sorpresa, la recibí muchísimo más rápido de lo que me esperaba, más rápido de lo habitual, casi de inmediato, prácticamente fue una respuesta instantánea. Y lo mejor de todo es que la respuesta confirmaba mis sospechas. —Respiró hondo mientras miraba a Qhispi a los ojos—.

Pero, en fin, no quiero aburrirte con las rutinas de mi trabajo, lo siento. ¿Qué tal el día? —preguntó—. Se te ve abatido.

Mientras hablaba, a Qhispi se le iluminaron los ojos. Esa imponente mujer adulta, hermosa, inteligente, hecha y derecha, de rizos castaños y ojos de gato, estaba empezando a compartir su vida con él.

—Literalmente, de muerte. Mi hermano empeoró. Dicen que, probablemente, muy pronto acabará sufriendo muerte cerebral. Los médicos me sugirieron que, para evitar más sufrimientos y gastos, mejor desconectar. —Se puso a buscar algo en un maletín—. Aquí están los papeles. Solo tengo que firmarlos y se acaba todo. —Después de unos segundos de expectación, se levantó—. Necesito salir de aquí, necesito tomar aire y refrescarme. ¿Puedes llevarme a alguno de tus sitios mágicos? —comentó, a la vez que se esforzaba por disimular una sonrisa.

—Traía dos entradas para un recital de slam. Es un tipo de poesía, poesía oral recitada e interpretada. Queda a una hora de aquí, así que prefiero que salgamos ahora para poder ir caminando.

—Por eso es mejor que tú lleves las riendas —se mofó Qhispi mientras abandonaban el hospital.

—No te creas. No será por mucho tiempo. Te tocará a ti tomar las riendas de lo que sea que tengamos entre nosotros. Yo no me llamo Esperanza, y tampoco me apellido Eterna. No soy Esperanza Eterna. Soy Mundasoe, y te dije que significa “a la que sirven”.

El recital se celebraba en la segunda sala de actos de un hotel de cinco estrellas cercano a un pequeño aeropuerto. El joven que ganó llevaba unos vaqueros azules, una camisa azul, una corbata en la que se alternaban rayas blancas, rojas y negras, inclinadas hacia la izquierda, una chaquetilla negra por detrás y gris por delante, y también tenía unas gafas que acabaron haciendo juego con el micrófono que tenía instalado en la parte derecha de su mejilla. Más allá de por su encanto, ganó por justa aclamación del jurado y del público. Sus letras eran preciosas. Tenían un fuerte mensaje de motivación y empoderamiento personal, y la interpretación y toda la puesta en escena las llenaron de aún más emoción.

El recital se extendió durante cuatro horas, aunque para ellos no duró lo suficiente. Sin embargo, cuando salieron de allí estaban excitados, y tarareaban algunas estrofas del triunfador de la noche compitiendo por ver cuál de los dos se acordaba de más

letras, y mofándose de las caras de algunos participantes al ver cómo el público aclamaba a su claro favorito. Se enamoraron de la poesía con la que el joven ganó el último y definitivo asalto. Tanto les gustó que, durante el trayecto de vuelta al hospital, la descargaron de la red. Estaba escrita en prosa poética, y decía:

“Levántate, camina y brilla:

Levántate, camina y brilla, lejos del sofá, la cama y la silla. Levántate, camina y brilla, haciendo obsoletas las excusas, y las quejas, y el agachar la cabeza, y el vivir de rodillas.

Levántate, camina y brilla, porque las otras alternativas, las suicidas, pecan de tentadoras y sencillas.

¿Y cuándo? ¿Cuándo se te cruzaron los cables? Catedrático, doctor, superexperto, altamente especializado en buscar culpables. Y otra vez te olvidaste, y otra vez apenas recordaste, si te preparaste para una vida inestable, una existencia miserable o para la gloria hasta en las niñas de tus ojos, porque tú lo vales.

Levántate, camina y brilla, lejos del sofá, la cama y la silla. Levántate, camina y brilla, haciendo obsoletas las excusas, y las quejas, y el agachar la cabeza, y el vivir de rodillas.

Levántate, camina y brilla, porque las otras alternativas, las suicidas, pecan de tentadoras y sencillas.

Si va acabar siendo cierto que escatimar en el empeño será el mayor fiasco. Si va a acabar siendo cierto que abandonar en el intento será el mayor fracaso. Pues orden del general: ¡Hay que quemar los barcos! Quemar los barcos en el crucial momento para elegir bando, entre emprendedores y currantes o entre holgazanes y vagos.

Quemar los barcos en el crucial momento para elegir bando, entre persistentes y resilientes, o entre endebles y blandos. Porque quemando los barcos aprendimos que las decisiones eran el comienzo de algo. Y de tan enredados en una vida de carencias que daba asco, solo por variar hicimos nuestra nueva apuesta y decidimos ir a saco. Con la claridad de que abandonar era el mayor chasco. ¿Listo el airbag? Pues velocidad, celeridad, a todo gas, no hay marcha atrás, y la vida golpeará y tendré listos los cascos.

Porque decidimos no seguir procrastinando nuestros sueños, porque entendimos por fin que iba de domesticar los miedos, insistir, resistir, persistir y el mismo truco de nunca flaquear en el empeño. Y por fin toca brillar, y por fin el tiempo es hoy, y

—No hace falta que lo digas. Ha sido precioso —decía Mundasoe, completamente de acuerdo con el veredicto del recital. De repente, advirtió bruscamente a Qhispi—: ¡No toques los postes de luz, por favor, no es aconsejable!— Se había cansado de ver cómo lo hacía mientras caminaban de vuelta al hospital.

Por el camino siguieron comentando el recital, y se acabó demostrando que Mundasoe se acordaba mejor de todo. En realidad, no quería confesarle a Qhispi que esa no era la primera vez, y que ella ya había visto antes en escena al joven poeta. Al llegar al hospital se sentaron en uno de los bancos en el que acostumbraban a pasar largas horas. Eran unos jardines preciosos. Las farolas estaban a medio metro de los asientos y la luz que emanaba de ellas era blanca e intensa.

—Me he puesto contenta por la rapidez con la que me han respondido mis jefes, y también debido a que han confirmado lo que yo ya sospechaba —dijo Mundasoe cambiando completamente de tema—. Así que te doy la oportunidad de hacerme una única pregunta que sólo te interese a ti. —Hizo una pausa—: Recuerda que solo será una pregunta, y, por favor, procura ser muy concreto.

Después de un momento de indecisión o análisis, finalmente Qhispi preguntó:

—¿Siendo tan decidida, por qué no te acercaste a mí a la primera, y te limitaste a seguirme de hospital a hospital, espiándome desde lejos?

—Porque no me diste permiso. Mis principios no me permiten entrar donde no me llaman. Cuando viniste hacia mí hecho una furia, en realidad me estabas dando la oportunidad y el permiso para que te dijera algo, para empezar lo que fuera. Y confieso que me sentí aliviada y feliz.

Él quiso hacer otra pregunta, pero recordó que ya había agotado su límite. Se quedó pensativo. Llegar al hospital le hizo recordar que tenía unos papeles esperando su decisión. Tenía la vida de su hermano en sus manos, si podía llamarse vida a no tener consciencia de la realidad.

—¿Qué debo hacer con respecto a los papeles?

—Eso no me corresponde a mí. Las preguntas son más importantes que las respuestas, sencillamente porque las respuestas dependen de las preguntas. —Le miró directamente a los ojos—. Formula la pregunta de manera correcta.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Qué harías tú?

—Ahora sí, darte mi opinión sí es cosa mía. —Hizo una pequeña pausa—. Recuerda que una de las poesías del triunfador de esta noche decía: “Imagina que llegaste, aunque sea a rastras, aunque llegaste tarde. Aunque no llegaste pronto, imagina que lo hiciste a tu modo, que te intimidaron con el reto, pero aun así doblaste los codos. Imagínate fuera del hoyo, que pudiste salir, que salvaste el escollo, que tus miedos pudiste batir. Imagina que lo pudiste superar ¡Qué más da si fue por un pelín! Imagina que echaste la vista atrás, y viste cumplido tu fin. Imagina que cerraste los ojos, durmiendo feliz, en la cama de aquel hospital, siendo tú la persona más orgullosa de ti”. Por eso te pregunto qué pasará si firmas y le desconectas. ¿Crees que tu hermano se irá orgulloso de su vida? ¿Estás orgulloso de la vida que habéis tenido los dos? Te pregunto por los dos porque casi sois la misma persona. Habéis tenido la misma vida, le conoces tanto como para ser apto para responder por ti y por él.

—Pero es que los médicos dicen que ya no se puede hacer nada, que pronto se va a acabar todo y que es necesario evitarle la agonía final.

—Lo que no te han dicho es que ni entre ellos mismos se ponen de acuerdo. Desde hace mucho tiempo médicos y otros especialistas has discrepado respecto a cuándo se ha de concluir que una persona está muerta, porque todos ellos saben que la muerte humana es un hecho peculiar. La muerte va mucho más allá, es algo más que la finalización de toda la actividad cerebral. La paradoja está en que si piensas, existes. Entonces... ¿Si no piensas, no existes?

—Gracias por tu opinión.

—Te voy a contar algo sobre mí. Mis jefes me asignaron la investigación de tu caso, y mis hallazgos, que ellos han validado, demuestran que tu hermano va a vivir, y tú, por tanto, también tendrás la oportunidad de recuperar tu vida. Se recuperará muchísimo más pronto de lo que te imaginas. Solo tienes que hacer lo que has estado haciendo durante todos estos años: llegar y sentarte en el banco de un hospital, esperando que la vida te obsequie con vida.

—Dices cosas muy raras, pero bueno... Tú eres el misterio en persona.

—¿Has leído *El camino fácil*? —le preguntó ella mientras le entregaba un libro—. Os servirá a tu hermano y a ti para cuando él recupere la consciencia, y tú, la vida más allá de los bancos de los hospitales.

Qhispi tomó el libro y le echó una ojeada a la portada, en la que arriba podía leerse el nombre del autor. No era uno del que él hubiera oído hablar. Más abajo se podía

leer: “Te mostrarán caminos. Te mostrarán el camino. Te mostrarán un camino. Te mostrarán su camino. No te mostrarán tu camino. Sencillamente porque no pueden. Tu camino es tarea de tu corazón cuando decida hacerse valiente”. Lo que más llamó su atención era la foto de la portada. Le resultó familiar. Era una calzada en medio de un jardín bastante bien cuidado. La imagen era sencillamente preciosa.

—La foto me suena. ¿No será el Parque Nacional de Malabo?

°—¡Sí, así es! ¡Es el Parque Nacional de Malabo! —dijo Mundasoe mientras abría sus ojos multicolor como platos y esbozaba una sonrisita. El joven, que desde hacía siete años se pasaba la vida viajando de país en país en un avión privado, se acordaba de algo de su país de origen, de algo de su tierra. ¡Al fin recordaba algo!

—¿De qué va el libro?

—No me seas vago. Léetelo. Cuando tu gemelo y tú recuperéis vuestra vida espero que os sirva de algo. En el penúltimo capítulo, el autor matiza la idea del camino fácil. Explica que el camino de la vida a veces puede ser sencillo, aparte de los casos extremos. En su proceso de desarrollo personal, aprendió que a muchos, por no decir todos, en la vida cotidiana siempre se nos presentan dos decisiones fáciles: la decisión de hacer o la de no hacer, la decisión de ser o la de no ser... y que cada decisión nos lleva a dos caminos, pero ambos son fáciles de transitar.

—¿Por qué me regalas este libro? ¿Qué me quieres decir con eso? ¿Qué pretendes hacerme entender?

—Lo que quiero que entiendas es que cuando recuperes tu vida tendrás siempre dos decisiones fáciles que te llevarán a dos caminos fáciles. Será tan fácil decidir hacer deporte para mantener tu corazón saludable, como decidir no hacerlo. Será fácil decidir asumir tus responsabilidades, como también será fácil decidir culpabilizar a otros y quejarse. Será fácil decidir amar, como también será fácil decidir utilizar. Será fácil decidir pedir perdón, como también será fácil decidir carcomerse en el rencor. Será tan fácil dar las gracias, como no darlas... Y podría estar así toda la vida.

—Lo pilló. Muy bonito lo del autor, pero... ¿cómo sabe él que las decisiones serán fáciles?

—Porque se podrá vivir con ellas. Una decisión fácil es una decisión con la que se puede vivir, una decisión fácil es aquella que se puede soportar. Y eso se cumple tanto en las cuestiones grandes como en las pequeñas. Es más fácil lanzar un misil cuando

no te va a matar a ti o a tus familiares. Las personas que lo hacen pueden soportar vivir con la muerte de otros en su conciencia. Piénsalo por un momento —le dijo Mundasoe—. Si una pistola o un puñal costaran lo mismo que un portaaviones, no habría muchas pistolas ni puñales. Pero también se cumple en cuestiones pequeñas, porque a nadie le duele el corazón por no hacer deporte, es fácil no hacer deporte porque se puede soportar vivir sin hacer deporte. Pero también es fácil hacer deporte porque se puede vivir haciéndolo, los que practican ejercicio físico soportan vivir haciéndolo. Te repito: una decisión fácil es una decisión con la que se puede vivir, una decisión fácil es aquella que se puede soportar. Si se puede vivir con ella, es fácil. Si es soportable, es fácil.

—Tiene sentido. Me has dicho que el autor, en el penúltimo capítulo, habla de decisiones fáciles y caminos fáciles. Puedo comprender ahora que la decisión sea fácil, ¿pero cómo sabe el susodicho que el camino será fácil?

—En el camino fácil, la decisión y la acción van de la mano. Haces aquello que decidiste hacer. ¿Te imaginas una vida en la que siempre se hace lo contrario a lo que se decide? Sin duda alguna sería una vida difícil. Cuando se decide amar y no se ama, cuando se decide comer y no se come, cuando se decide perdonar y no se perdona, cuando se decide escribir un libro y no se escribe, podemos decir que la vida no está siendo fácil, porque una vida completa de continuos arrepentimientos por no haber hecho las cosas que se decidieron hacer es dura. Por eso te recuerdo que, en el camino fácil, la decisión y la acción van de la mano: haces aquello que decidiste hacer. Pero —preguntó la mujer de los rizos y los ojos multicolor—, ¿sabes qué es lo más peculiar de la decisión y el camino?

—Dímelo tú. Ahora me toca escuchar. Soy todo oídos.

—Lo más peculiar de ellos es que no dependen de nosotros. No dependen de nuestra conciencia, ni de nuestra voluntad. Son conceptos predeterminados. Decidirse por el sí, ya es decidir. Decidirse por el no, sigue siendo decidir. Pero no decidirse también es decidir. La indecisión es una decisión. No se puede no decidir. El no tomar una decisión también es decidir. Lo mismo pasa con el camino. No se puede no caminar. Hay caminos muy largos y caminos muy cortos, caminos hasta el infinito y caminos que empiezan y terminan en un mismo punto.

—Es una teoría respetable. Supongo que cada uno tiene la libertad de decir lo que quiera —dijo Qhispi—. Ojalá tengamos la oportunidad de seguir hablando largo y tendido de todo esto. Han sido muchas cosas: el conocerte a ti, el mensaje del

documental acerca del coma, la inconsciencia y su extrapolación a la vida real, el seminario de la Vida en Siete Dimensiones, el recital de poesía y, ahora, el libro... Hay muchas cosas que asimilar.

—A mí también me gustaría volver a quedar.

—Pero, por curiosidad, ¿por qué hablas tú en nombre del autor? ¿Conversaste o te entrevistaste con él? ¿Cómo sabes que eso es lo que él quería transmitir?

Mundasoe esbozó una sonrisa y le dijo:

—Es una persona algo cercana a mí. En realidad, el libro lo ha escrito mi tataranieto, y me explicó todas estas cosas.

Se lo dijo con tanta naturalidad, tan convencida y seria que, por un momento, Qhispi se lo creyó. La imponente personalidad de esa mujer le podía hacer dudar a cualquiera, aunque fuera por un segundo

—Mundasoe, la verdad es que tienes unas cosas... —comentó. Después estallaron las carcajadas. Él se reía tanto que al final se lo contagió a ella, y los dos terminaron llorando de risa.

—Génesis III. ¿Así se llama tu tataranieto? —preguntó siguiéndole la corriente a Mundasoe, porque, por lógica, una mujer de su edad, de unos treinta y cinco años, no podía tener un tataranieto. Tal vez en el futuro, pero, aquí y ahora, definitivamente no.

—Lo siento —dijo Mundasoe mientras le entregaba un libro un pelín más voluminoso—. Esta es la versión completa y definitiva que finalmente publicó mi tataranieto. Antes te di la versión que presentó para un certamen literario en el que les exigían cincuenta páginas y ponerse pseudónimos. Eligió el de Génesis III porque el significado de su verdadero nombre coincide con el título de ese libro, y también con la tercera palabra del mismo.

—Muy ingenioso —dijo Qhispi después de comprobar desde su celular que, efectivamente, el nombre del autor significaba génesis o principio, y que “principio” era la tercera palabra del libro del Génesis.

—¿Y gano el certamen?

—¡Claro que ganó! Es mi tataranieto, él siempre gana, aunque técnicamente aún

se está decidiendo. Pero me dijo que lo más importante era que él ya se sentía un ganador, porque decidió escribir este libro y, en el tiempo récord de dos semanas, ya lo tenía. Cuando le pregunté cómo era eso posible, cómo era posible escribir un libro así en dos semanas, me respondió que intentaba comprobar su propia teoría de las decisiones fáciles y el camino fácil. Me confesó que siempre tuvo el talento y la habilidad de escribir pero que nunca lo había explotado. Me dijo que fue fácil vivir durante sus primeros veinticinco años sin explotar su talento porque era soportable vivir así, y que decidirse a escribir también fue fácil, porque la dos semanas que le llevó escribir el libro fueron soportables, fue algo con lo que pudo vivir. El camino fue fácil porque hizo lo que decidió hacer.

Entre tanta risa con lo del tataranieta que había escrito un libro en dos semanas, Qhispi le dijo:

—¿Sabes qué? No voy a firmar la desconexión de mi hermano. Si lo hago le estaría quitando absolutamente todas sus posibilidades. Estaríamos pasando definitivamente de una ínfima probabilidad a absolutamente ninguna. No seré yo el que le castre la vida, a mí me toca ser su mejor aliado. Él es casi yo, sería como suicidarme, sería como castrarme a mí mismo, y no voy a ser yo el que haga eso. Rotundamente, no.

—Es la noticia que esperaba. Es lo que quería oír para saber que la noche será maravillosa.

La conversación se interrumpió cuando Mundasoe fue a contestar una llamada. Al volver estaba sonriente, muchísimo más que antes. Irradiaba felicidad por todos lados y le preguntó a Qhispi:

—¿Algún médico te explicó que a las personas en un sopor profundo había que aplicarles estímulos dolorosos para que lograran reaccionar, bien sea abriendo los ojos o moviendo los brazos?

—En primer lugar, no sé qué es sopor profundo.

—Te lo explico a la vuelta. —Llevaban toda la noche atiborrándose de refrescos y agua—. Tengo que hacer dos cosas. La primera no te la digo porque te parecería raro. La otra es que mi vejiga va a estallar si no la alivio.

—De acuerdo. Yo mientras tanto llamaré a la administración del hospital para avisarles de que no firmaré los papeles. No quiero esperar a mañana. No puedo.

—Me parece bien.

Hacia unos cinco minutos desde que Mundasoe se había perdido de vista, Qhispi estaba pensativo, reflexionando sobre cuál era la manera más asertiva de comunicar a la administración del hospital su negativa a firmar la desconexión de su hermano. Tuvo un mal presentimiento, pero lo ignoró. Cuando se decidió finalmente a hacer la llamada se levantó y quiso acercarse a unas flores que quedaban detrás del banco, a unos diez metros, para que Mundasoe, que supuestamente llegaría pronto, no le escuchara hablar con los del hospital. A veces, su presencia le ponía nervioso. Al dar sus primeros pasos pasó su mano izquierda por la farola que tenía a medio metro, desoyendo la advertencia que le hizo Mundasoe. Aún tenía Qhispi la mano en el poste cuando en los jardines del hospital y en los alrededores se fue la luz, aunque el interior del hospital sí seguía iluminado. De pronto se sintió magnetizado, lleno de energía. La fuerza era tan intensa que, por un instante, visualizó unos rayos. El apagón sólo duró unos segundos y la luz volvió de inmediato. Esa llamada nunca se llegó a hacer. Tal vez ya no era necesario, o tal vez ya no quedaba tiempo.

Volvió Mundasoe para reencontrarse con Qhispi y, de pronto, aceleró el paso. Lo suyo no se podía llamar presentimiento. Había tenido una visión. Ella sí sabía interpretar las señales, y lo que vio no era nada malo y quería explicárselo. Quería decirle que su vuelta al mundo físico sería dentro de unos días. Cuando llegó había gente alrededor de Qhispi: visitantes curiosos, médicos, enfermeros...

—Se ha electrocutado al apoyarse en ese poste de luz —dijeron los de urgencias, señalando el poste que alumbraba el banco que hace escasos minutos compartían. Ha fallecido en el acto. ¿Es usted familiar de la víctima?

Qhispi se había electrocutado. Había recibido una fuerte descarga, de esas que te mandan al otro barrio de inmediato.

Mundasoe se pasó toda la noche en el hospital. Quería ser testigo de cómo acababa todo aquello. Ella sabía que todos pasamos al otro lado de la vida en algún momento, pero no se imaginaba que para Qhispi ese sería su día. Tenía muchas cosas que contarle acerca de su vida. Quería explicarle que sí era familiar suyo, aunque ahora fuera un espíritu, y por eso sabía casi todo sobre él. Quería explicarle por qué le había seguido a todos los hospitales, ya que su trabajo consistía en determinar qué almas habían agotado su fuente de aliento vital y qué almas no, para acompañar a las primeras hasta la frontera que separa la vida de la muerte y ayudarlas a cruzar. Definitivamente, hoy era temprano para irse, justo hoy era demasiado pronto.

Durante el tiempo que permaneció en el hospital en ocasiones veía a Qhispi en la otra punta del pasillo. Estaba desconcertada y no sabía si Qhispi se iba o volvía. Cuando ella se acercaba, a veces él la rechazaba, creando una barrera invisible entre ellos. Por un momento, sintió que Qhispi había renunciado a ella, porque le advirtió que no tocara los postes de luz y él no hizo caso, tal vez por cobardía. Pero reconoció que Qhispi nunca había perdido del todo el valor y supo agarrarse a la oportunidad de volver a la vida física, aunque el tren fuese una descarga desde el otro lado.

CAPÍTULO 7

A ESTE LADO DEL TELÓN

—Xenxo —le dijo su madre, Ivuse, mirándole fijamente, feliz de haber vuelto a recuperar a su hijo, feliz de tenerle vivo y despierto otra vez—, he cumplido con mi promesa de contarte la vida hasta donde la recuerdo, aunque no he visto toda la información de tus orígenes reflejada en el libro. Te he hablado de tu pasado y de dónde provienes. Mi parte del trato está cumplida.

—Yo escribí un libro: *El Camino Fácil* —le respondió Xenxo a su madre—. Te lo entregué. ¿Lo has leído?

—¿Has escrito un libro? Nada de eso. Has estado en coma durante seis años, y los has resumido en un sólo capítulo del libro. Eso es hacer trampa y no es justo. Faltan cosas que sólo tú sabes que viviste allí. Seis años en coma dan para mucho, no me lo resumes en un sólo capítulo. —Su hijo escuchaba sin rechistar—. Lo has sintetizado tanto que no has explicado muchas cosas, como que Mundasoe es tu tatarabuela Sede. No has explicado que su nombre colonial era Mercedes, y que por eso la llamábamos Sede. Has explicado que Mundasoe significa “a la que sirven”, pero no has explicado que era el nombre con el que más se identificaba ella, razón por la que se te presentó con él. Por eso te recalco que has resumido mucho. Seis años dan para tanto... Además, me has tenido seis años orando por ti, llevándote de un país a otro, de avión en avión, y por eso creo que me merezco más. Un libro no basta. Pregúntate por un momento: si has escrito el libro en dos semanas, ¿qué más puedes hacer, hijo?

Aprovechando que el testarudo de su hijo por una vez estaba callado, Ivuse arremetió más contra él:

—Además, ¿no ves que es un sinsentido que estemos de pronto tú y yo hablando? No has contado cómo fue tu proceso de recuperación del coma, cómo ibas y venías

de una dimensión a otra antes de quedarte de nuevo aquí. Al final del capítulo anterior has contado cosas sobre Mundasoe. ¿Cómo las sabías? ¿Cómo sabías que, mientras tú intentabas hacer la llamada, ella tuvo una visión y se apresuró para volver a decírtelo? ¿Cómo sabes todo lo que pasó después de que te electrocutaste en el más allá? Tampoco has contado los acontecimientos raros que ocurrieron esa noche. No has contado mis emociones a flor de piel, lo que vieron los médicos, el estado en que te despertaste... Todo eso solo tendría sentido si contaras cómo te despertaste del coma. —Ivuse respiró—. Cariño, con toda la honestidad del mundo, te faltan cosas que contar. Te falta contar qué pasó desde que te electrocutaste hasta que, finalmente, te recuperaste.

Xenxo no pudo más y, en el momento que su madre hizo una pausa, le dijo:

—Mamá, seré muy claro contigo. No te entregué todo el libro, esta no es la versión completa de la obra. Los del certamen literario me exigían un máximo de cincuenta páginas, así que he tenido que quitar cosas. Te confieso que ha sido una decisión difícil. Amputar partes de tu propia creación es como castrar a tu propio hijo.

—Entiendo. Pero, en ese caso, necesito que me des la versión completa —comentó Ivuse—. Además, ¿por qué suprimiste precisamente la información de tu despertar y de tu recuperación? —preguntó.

—Creo que ahora estás siendo oportunista. Te habrías puesto así suprimiese lo que suprimiese, porque todo eso es lo que le daba más riqueza al libro. Los párrafos suprimidos en algunos capítulos y los capítulos omitidos en su totalidad no tienen explicación más allá de que algo tenía que omitir.

—Supongo que tienes razón hijo. Pero tengo otras inquietudes —le dijo Ivuse—. ¿Por qué, si el libro completo excede las cincuenta páginas, no has aprovechado estas también, hasta el último renglón, para explicar toda la historia? Sentido común, hijo. Lo que has hecho está, definitiva y completamente, fuera de lugar. Creo que has echado por la borda tu participación en el concurso. —En este momento se le entristecieron los ojos al notar como, otra vez, el rarito de su hijo se salía por la tangente.

—Mamá, tenía que tener un espacio en el que les explicaba que esta no es la versión completa del libro.

—¿Pero no podías hacerlo de otra manera? ¿Por qué has querido estropearlo todo al final, cuando eras un firme candidato para ganar el premio? Y no lo digo solo porque

sea tu madre. Creo que tienes talento.

Qhispi esbozó una sonrisa. Le aliviaba saber que su madre le veía como un posible ganador del certamen.

—¿Por qué lo has echado todo a perder, hijo? —volvió a preguntar ella.

—Porque no quiero medios sueños, mamá —respondió el susodicho.

—¡Qué! —exclamó su madre—. ¿Otra vez con esas de los milagros y lo imposible?

—Una de las cosas que aprendí al despertarme del coma es a diferenciar entre lo urgente y lo importante. El dinero puede que sea urgente. Pero, desde luego y rotundamente, no es algo que me preocupe. Mis sueños no valen eso. Eso no es lo que me llevará a la autorrealización. La palabra “sueños” es inmensamente más grande que la palabra “dinero”.

—No sé si debería seguir escuchándote. Y no sé si debería seguir leyéndote. Estás desvariando ya. Te repito que esto está, definitiva y completamente, fuera de lugar.

—Mamá, pagar las facturas es urgente, no es importante. Si me diesen el don de vivir sin la limitación de tener que comer y respirar para sostenerme en pie, yo firmaría. Si me diesen la posibilidad de vivir sin pagar el alquiler, también firmaría. Si fuera a seguir vivo, renunciaría a comer, a respirar y a pagar el alquiler de mi piso. Pero si me diesen la gracia de ser feliz sin cumplir mis sueños, rotundamente no aceptaría. Me han respondido con una negativa todas las personas a las que he preguntado si aceptarían un estado hipnótico de felicidad, donde no les dolería el no haber alcanzado sus sueños. Porque los sueños son sagrados.

—¿Y cuál es tu dichoso sueño súper sagrado? —preguntó la madre al borde del colapso.

—Sueño con que, después de leer esto, nos ayuden a ser mejores escritores. Sueño con que les interese el libro completo, que ayuden a mejorarlo, que se edite, y se publique traducido a ocho idiomas más: inglés, francés, portugués, ruso, árabe, chino, japonés y coreano. En definitiva, sueño con que me impulsen y me ayuden a ser un escritor con mayúsculas, en el sentido más completo de la palabra. Y cuando hablo por mí, también hablo por otros.

—¿Y por qué no haberles impresionado con cincuenta páginas de pura literatura,

para que después fueran ellos los que vinieran a ti?

— Porque, por fortuna, me dijeron que Cristo jamás trató a las personas que solo le necesitaban. Cristo atendió a los que salían a su encuentro. Por increíble que parezca, no se ayuda a los necesitados, se ayuda a los buscadores. Los ciegos, paralíticos y demás enfermos venían ellos o les traían, pero no era Él quien iba a buscarles. — Mientras hablaba se iba emocionando cada vez más—. Mamá, el dolor, la pena y el fracaso jamás producen mejoras. Solo las producen la pasión, las ansias y la predisposición para evolucionar, y mientras las personas no pasen por el golpe de sus vidas no anhelarán subir a un nivel superior. En mi caso, sé que ya me duele lo suficiente el no ver cumplidos mis sueños, ya me duele demasiado el no aprovechar mis dones y mi talento.

—¿Y por qué precisamente les tienes que decir estas cosas a ellos, por qué justo a ellos? —insistía Ivuse.

—Sencillamente porque, para salir adelante, es importante y crucial tener en consideración la escala de autoridad. Las autoridades están para crear orden en un sistema. De otra manera, habría caos por todas partes. La autoridad es la pieza clave para la promoción, ya que ningún subordinado podría ascenderme. Pasar el rato cuchicheando con mis colegas no va a cambiar las cosas, no va a hacer realidad mis sueños de verme publicado en nueve idiomas y de convertirme en un escritor de verdad. Solo me pueden ascender aquellos que están sobre mí, y ellos están sobre mí. Ellos conocen el mundo de la escritura millones de veces mejor que yo. Son la gente adecuada.

—Por desgracia le voy viendo sentido a toda esta locura, ¿pero no podías esperar a participar, y tal vez a ganar, para después entablar una red de contactos con ellos?

—Mamá, cuando decidí dedicarme por fin a escribir, cuando decidí respetar por una vez mis sueños después de los golpes de la vida, le pedí al universo una señal. Pocos días después, mi amigo, que, por cierto, está en la misma onda que yo, me dijo que se estaba organizando un certamen, y aunque solo faltaban dos semanas para que expirasen los plazos de presentación, en vez de lamentarnos nos pusimos a trabajar. Él eligió la poesía y yo la narrativa. El universo nos ofreció, por casualidad o por sincronía, una oportunidad. Pero si queríamos más que premios económicos teníamos que demostrarlo haciendo algo que ninguno de los otros haría. Nos dijeron que debíamos anhelarlo con tanta fuerza, a tal nivel, que la vida dijera: “¡Toma y deja de molestar!”, y esta es nuestra forma de dejar claro que nosotros estamos dispuestos

a hacer todo lo que se tenga que hacer para ser buenos y grandes escritores.

—¿Y quién te dice que te van a hacer caso? ¿Quién te dice que les interesará publicaros a ti y al loco de tu amigo, y encima en nueve idiomas?

—Honestamente, no es lo que me preocupa —respondió Qhispi, dejando, si cabe, más desconcertada a su madre.

—¿Y qué es lo que te preocupa, hijo de mi vida? ¡Nunca mejor dicho! —exclamó su madre, ya histérica.

—Hacer mi parte. Pensar en qué harán cuando yo haga... , no me compete a mí. Mi papel es hacer la parte que me corresponde. Y lo que me corresponde es decirles, con todo el respeto que mi moral me permite afirmar, que esta no es la obra completa, que también estoy escribiendo otros libros, que escribir se ha convertido ya en mi forma de vida, que quiero verme publicado en nueve idiomas... Estas cosas sí me corresponden a mí.

—¿Y qué haríais si no se os llama este año?

—Participar el próximo. Sencillamente eso. No puedo aprender de las personas que detesto, solo de quienes admiro. En esta relación mi papel es el de tocar la puerta, el de ser aprendiz y esperar a que ellos abran y me ayuden a realizar los cambios que pulirán mi talento. Seré un aprendiz de por vida, así que no tendré reparos en participar las veces que haga falta. El poder de mi vida está en mi plan. No se trata de participar en el certamen, se trata de participar según mi plan, que es decirles que esta no es la versión completa del libro.

—¿Y quién te dice que tu plan saldrá bien? ¿Quién te dice que tus dichosos sueños se harán realidad?

—La fe y la experiencia. He visto a alguien de por aquí impresionar en televisión con una poesía porque decidió ir a por sus sueños y acabó ganando un premio. ¿Qué más queremos? Dichosos los que creen sin ver, se dice a menudo. Puedo entender que los que no ven se vuelvan incrédulos, ¿pero qué pasa con los que nos resistimos a creer que es posible, aun viendo una y otra vez que sí lo es? ¿Cómo se nos llamaría? Todos los que han vivido sus sueños tienen una historia de locura detrás. Mi problema era que no quería parecer loco, estuve esclavizado por el “qué pensarán de mí”. Pero ya se acabó, da igual que me llamen loco. Sin embargo, es seguro que toda resistencia acabará sucumbiendo...

—De no conocerte diría que estás loco, pero supongo que esto es lo que siempre te ha hecho único y especial. De todas formas, sigo insistiendo en que todo esto está definitiva y completamente fuera de lugar.

—Mamá —dijo Qhispi—, tengo que hacer un acto de fe, nos exigen un acto de fe. La fortuna favorece a los audaces, eso está bien, pero lo difícil es ponerlo en práctica. Ellos no pueden cambiar nuestras vidas, no pueden ayudarnos a ser escritores excelentes si no cambiamos nuestras creencias. Tenemos que decidir en qué creemos. Creemos en nuestras dudas, en nuestras excusas, en nuestros miedos, en todo el entorno negativo que nos rodea, o creemos en que ellos pueden contribuir a que alcancemos nuestra mejor versión como escritores. Si no creemos en ellos y nos callamos, y, sencillamente, hacemos lo que nos digan, no podrán cambiar nuestras vidas.

—Todo eso está bien, ¿pero te has dado cuenta de que estamos en Guinea? ¿Sabéis, tu amigo y tú, que aquí nadie vive de escribir?

—Las mismas condiciones y circunstancias pueden producir diferentes resultados. Aprendí que las circunstancias y las condiciones no son tan definitivas como parecen. No es lo que me pasa, o dónde estoy: es lo que hago al respecto.

—¿Y por qué no buscas otras alternativas? Puedes decir a tus conocidos que se muevan, allá donde estén, para conseguirte algo.

—Porque los del certamen, para nosotros, son la señal que le pedimos a la vida. Son la oportunidad que nos presentó el universo para probar si tendremos la suficiente sangre fría para decir lo que decimos. Son la gente adecuada. Las cajas fuertes a veces se abren con pequeñas llaves. Nos advirtieron que, cuanto más específicas sean nuestras metas, más grande tenía que ser nuestra fe, porque las dudas, los miedos y la confusión ahogan la fe. Ser escritor es mi meta, y el camino pasa por este certamen. La meta para llegar a él va a aparecer, y tengo claro que esa meta es este certamen. Es necesario que lo veamos así.

—¿Si os preguntaran qué estáis dispuestos a hacer para convertir vuestros sueños en realidad, qué responderías? —insistió Ivuse por enésima vez.

—Esa pregunta antes habría sido un rompecabezas, pero ahora es muy sencilla de responder. —Qhispi esbozó una sonrisa de satisfacción—. Renuncié a mi trabajo como contable, y eso que era un buen trabajo. Primero me até al dinero, pero después me liberé por coherencia con mis sueños. Él renunció a su carrera universitaria

porque no era su pasión, no estaba dispuesto a seguir el esquema de estudiar, trabajar, procrear, jubilarse, y morir. Así que estamos dispuestos a muchas cosas. —Tomó aire, y se concentró todavía más—. Estamos dispuestos a escucharles, porque escuchar es la prueba del honor. Estamos dispuestos a exponer claras nuestras metas, como hemos hecho, para que, al igual que se manifestaron los que nos dijeron que no podríamos, también se revelasen ellos como un hombre amigo. Estamos dispuestos a no creer a los que nos digan que no podremos, esas mentiras acerca de nosotros que, en su día, creímos. Estamos dispuestos a vivir nuestros sueños a un nivel fuera de lo común. Estamos dispuestos a cambiar la imagen pesimista que, en su día, tuvimos, porque cómo nos veamos determinará nuestra propia conducta.

—¿Cómo te ves dentro de dos años? Lo pregunto porque me parece que tu locura está llegando a su máxima expresión. A veces me parece que el coma te dejó efectos secundarios.

—Acabo de aprender el significado de la palabra pecado. Viene de la palabra griega hamartia y significaba “no dar en el blanco”, refiriéndose al tiro con arco. Si no cumplo mis sueños estaría errando el tiro, estaría “pecando”. ¿Que cómo me veo dentro de dos años? Me veo como un gran escritor. Y, sea como sea, lo voy a conseguir, sencillamente porque no tengo otra opción, ya no me doy ninguna otra opción que no sea lograrlo. La gran trampa de ser mediocre es que se puede vivir así. Por eso no me permito un día más de mediocridad.

El ambiente se había vuelto tenso e incómodo. Después de un momento de silencio, esta vez fue Qhispi quien arremetió contra su madre.

—Honestamente, es penoso que precisamente tú no confíes en mí. —Quiso contener las lágrimas después de haber sobrevivido al terremoto de ataques por parte de su madre, pero no fue posible, y estas inundaron sus ojos ya enrojecidos—. Con razón se dice que uno no es profeta en su tierra —añadió.

—¿Y quién te ha dicho que no confío en ti? —le preguntó Ivuse a la vez que le abrazaba—. La parada cardíaca y todo lo que vino después se debió al conformismo y al sedentarismo. Sabía que tu determinación siempre te había hecho especial. En ese periodo oscuro, previo al coma, lo perdiste. Tenía que comprobar que has recuperado tu determinación. —Sonrió—. Sabes de sobra que ahora, pase lo que pase, estaré muy orgullosa de ti.

Qhispi no protestó más. Guardó silencio durante un día. Sabía que, en el fondo, su

madre tenía razón. Seis años en coma daban para mucho y, por tanto, él tenía que seguir escribiendo. Era su pasión.

Por la tarde del día siguiente llamó a la puerta del cuarto de su madre.

—Pasa, Xenxo —le dijo ella.

—¿Qué tal bien estás? —le preguntó. Su madre esbozó una sonrisa. Nunca se acostumbraba a esa pregunta. Solo su hijo saludaba así—. Tenías razón. Seguiré escribiendo —dijo mientras se sentaba en el pie de la cama y le daba a su madre un papel—. Son algunos de los títulos en los que estoy trabajando. Tal vez a algún que otro libro se lo acabe cambiando. Tampoco sé si los escribiré en ese orden. Además —añadió—, algunos los voy a coescribir.

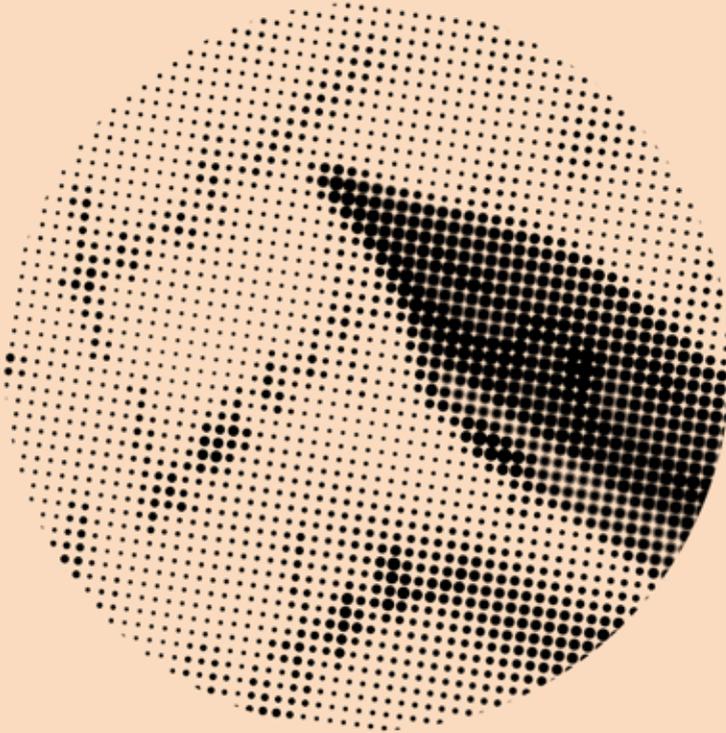
Ella leyó: *Soy mi propio ministro de educación. Teoría de paredes. Verdades, paredes y obediencia. No tuve otra opción. Descubriendo a Hellen. COVI-25. El gran secreto de los brujos. El Mago de Ifriquia...*

Su madre esbozó una sonrisa y le dijo:

—Son buenos títulos. Quiero ser de las primeras personas en leerlos. Estaré esperando.

¿FIN?

Dedicado a los que se dan permiso para salir de la oscuridad y del conformismo, para los que decidieron vivir una vida de verdad, para los que decidieron vivir sus sueños, ése camino fácil hacia la autorrealización y el infinito...



Poesía

VIDA Y DILEMA



Carlos Bolete Lobete

DILEMA VITAL

Camino en una espinosa senda.
Voy hacia quién seré,
a un mañana indescriptible.
Ayer, cría hermética, consumada,
de un corazón herido
y de carácter incorruptible.

Resistí el sarcasmo y la atrocidad
que gobernaron mi entorno.
Cansado de la confusión
y la avaricia reinante en la sociedad,
fingí alegría, sentí recelo,
trauma y frustración.

¡Ahora es tiempo del despierto!
Siembro semillas de buena dádiva
para no decorar mal mi paisaje.
El mal dejo que huya al desierto
y hago lo bueno mientras viva.
¡Vida breve! Pronto llega el viaje.

¿Qué haré cuando el aliento se vaya
y mi retrato sea solo un recuerdo
de un amigo o de un padre?

¿Qué sabré cuando cruce la raya,
la pascua hacia aquel lado
que no entiende de nombre?

En esta senda tan compleja
más vale saber andar:
contraer el enojo,
escuchar al que te aconseja
hacia un buen caminar
y vivir del trabajo.

¡Ver cómo pasan las horas deprisa!
Los que a las tinieblas imitaron,
los que pisoteando han vivido,
no veo en ellos ninguna sonrisa
porque al placer se abrazaron.
Sus garras a muchos han herido.

Aquellos que gratis aniquilan;
los que pactan con la oscuridad
con fines lucrativos;
los que a otros discriminan
por su alto grado de iniquidad
y de más actos delictivos...

¡Algún día se arrepentirán!
Cuando la agonía llegue a la puerta
y las palabras se tornen silencio,

amargamente llorarán,
porque caminan con alma precita
hacia la vereda del precipicio.

Nacer es un umbral que se abre
y, al crecer, se abrazan sus alas.
Un abrazo que implica riesgos.
Un camino al andar se descubre.
Aun duro, se recorre a solas
y, a veces, pues, marchamos ciegos.

Hacia el caos nos encaminamos
y pierde sentido nuestro rumbo
por no ajustar bien la balanza.
Negras rutas, cegados, buscamos.
Sendas de estratagemas, morbo,
delirio y desesperanza.

Caminamos todos por esta senda
y en ella tratamos de estampar
nuestras huellas.
Pasos lentos, seguros, afirmar.
Son las batallas
luchas diarias con la pesada vida.

¿Cómo vencer esta constante pugna
con el destino agobiador
y la maldad cotidiana?

¿Por qué aquel leve viento destrona
al alma de su baúl acogedor
de manera repentina?

Envueltos a veces en el asedio,
la adversidad de pirañas
y el soplo del huracán.
El fingir afecto causa tedio,
pues entonces engañas
si erupciona tu volcán.

Vagar tan fríos por el gentío
conlleva la censura.
Los que tienen sangre cálida:
sus mentes rechazan el rocío.
No sienten la ternura
de una mirada dulce y gélida.

SÂNGUINTÁ¹

Sânguintá, columna de una casta híbrida
que lucha por extirpar la savia profana que viaja
por las profundas raíces de este antiguo pueblo:
gê d'âmbô, hijos de la brisa y de la mar.

Entre lo sagrado y lo profano caminaron aquellos pies.
Entre los siglos escogieron el rumbo de sus vidas:
senda de aquellos que velan,
de los que al llanto consuelan
y restauran el pacto sellado por las canas ancestrales.

Esculpieron un nuevo pacto que, por siglos, descansó
bajo los escombros de la civilización.
Viajes, comercios triangulares;
ventas al mejor postor,
negocios turbios...
De la amalgama hicieron su estandarte.
Un retrato del poder ancestral renovado
y un bálsamo de la modernidad, prestado.

En la tranquilidad eligieron su destino:
el de guiar a los que, en otro tiempo,

¹En la etnia annobonesa (gê d'âmbô) es un sacerdote, un conocedor de los rituales ancestrales, de la tradición y de los ciclos de la vida.

se perdieron por el camino de la vida.
Sacristanes les llamaron algunos:
aquellos que habían mezclado lo sagrado y lo profano,
creyendo fervorosamente en deidades de occidente.
Ellos, con orgullo, habían respondido
a la llamada más anhelada por las castas.
Tomaron el cetro que solo los “elegidos” podían portar.

Pero, en los caminos, vieron fenecer aquella dádiva:
el don que los ancestros dejaron.
Cuando las mentes se profanaron,
cuando se hinchieron las manos de metal pulido,
cuando primó lo individual sobre lo colectivo,
entonces se embriagó y se adulteró el saber.

Hoy... no quedan puros detentores, guardas
que hagan más ligero el aire,
que aplaquen las manchas de la adversidad.
Hoy la incertidumbre nos persigue.
El infortunio riega nuestras vidas bañadas
de brebaje... “mitad puro, mitad profano”.

Esos que guardaron el pacto inefable
y que, en las sombras, guardan su ego
para calmar la ira de los dioses.
A esos portaantorchas, hoy adulamos.

LUCHAS DIARIAS

Hoy he vuelto a luchar con el día
tras vencer al funesto sueño,
tras cruzar el umbral de la oscuridad;
entre luces difusas que marcan los pasos del hombre.

He recorrido este sendero atroz que fulmina
las huellas de quienes por él pasaron.
He visto al tiempo veloz
poniendo límites a los que le subestimaron.
He visto horas lentas de un reloj gastado
causando incertidumbre
en la mente más inquieta.

En la encrucijada de la vida, el deseo
de libertad palpita intensamente.
Miradas de incertidumbre, rostros inocentes
observan momentos que han marcado
su paso en falso, y denotan fracaso.

Hoy quiero luchar de nuevo, despertar los monstruos
de mi mente inquieta, aunque desangre mis heridas.
Esas que, a pesar de todo, no pudo curar el tiempo.

Sigo en esta lucha, aunque me cieguen los rayos.

Y, cuando mi sol se ponga,

entonces se habrá acabado.

HACES DE LUZ.

Acostumbro a matar el tiempo
bajo la tenue luz de mi farol,
mientras siento tiritar mi cuerpo
junto a las noches sin sol.

En la intimidad de mi mente
veo los nítidos recuerdos
recorrer los túneles oscuros
de mi alma agonizante.

Escenas que agobian mi ánimo
desfilan cual cometas,
atravesando mi hipotálamo
como vivas saetas.

Vivifican las horas lentas
el hampa, la calle: los recuerdos.
Aquellos en los que lidié con el destino
queriendo izar sus banderas,
donde buscaba lo genuino,
fueron un muelle sangriento.

En tan profunda inquietud
palpo la tajante realidad.
La mala soledad me delata.
Incómoda, su furor desata.
Se incrusta con lentitud
y desnuda mi fragilidad.

Débil y lánguido, así me siento.
Mi cuerpo convertido en montura.
Tendido sobre una ancha vestidura
en la que se pierde por completo.

Cuando me invade la oscuridad
anhelo que pronto amanezca
para poder ocultar mi debilidad
y que el sol resplandezca.

MAÑANA FÚNEBRE

En la calzada y sin calzado
yacía un cuerpo sin cabeza,
como un tronco ahuecado,
sin médula ni corteza.

Noche era su peluda piel
y en la brisa se estrenaba.
Su abrigo, oscuro y fiel,
solo le acompañaba.

Malas nuevas pregonaron
las frías horas matutinas.
Grito fúnebre escucharon
las densas sombras vespertinas.

¿Quién era aquel fulano,
por cuyos incompletos restos
la muerte no pidió soborno?

Lejos de su amigable entorno
no hubo quien le reconociera.

Fue así su vuelo: sin retorno.

Y sin rostro volvió a la tierra.

Se derritió en el triste olvido

tan inefable existencia.

Peor que nunca haber vivido,

peor que la misma ausencia.



Teatro

VOLVER



Christopher Ada

PERSONAJES

OBAMA (hombre de veintisiete años)

ANGUE (niña de dieciséis años)

NTUTUMU (hombre de sesenta años)

PIERRE (esposo de Anne, cincuenta años)

ANNE (mujer de cuarenta años)

SALOME (segunda mujer de Ntutummu, 39 años)

AYETEBE (primera esposa de Ntutummu, 50 años)

LA BRUJA (prostituta del poblado, 55 años)

NCHAMA (quinta esposa de Ntutummu, 28 años)

NKOGO (hermano de Ntutummu, 65 años)

EDU (vecino, 50 años)

ALOGO (vecino, 26 años)

REMIGIO (hombre, 30 años)

MAMITA (prostituta, 25 años)

RAMONA (prostituta, 20 años)

ACTO PRIMERO

VOZ.-

Querido Obama:

Ha pasado tiempo desde la última vez que nos vimos. Los colonos abandonaron nuestras tierras. Camino por la carretera y veo la ferretería del señor Iñaqui: está vacía y abandonada. Los niños dejaron de ir a la escuela, y aquellas mujeres como yo, que aprendimos a escribir gracias a las hermanas misioneras, ahora estamos perdidas, ninguna sabe cómo continuar. La soledad y el miedo moran en nuestros hogares. Estos once años de silencio pasaron volando, a pesar de las ejecuciones y la dictadura de Macías.

Echo de menos tu rostro. Echo de menos jugar al lado del árbol de mango y que nos espante la señora Mangue. Deseo todas esas cosas porque, en el fondo, sigo siendo esa niña que añora y busca la infancia que le arrebataron. Espero de todo corazón que estés bien y, al acabar la tormenta, regreses a casa para continuar con tus estudios. Serías un buen médico, el mejor de todos a decir verdad. Con impaciencia espero nuestro reencuentro, y le pido al dios negro que alumbre tu camino durante el viaje.

Con amor, Angüe.

Telón.

(El interior de una casa de poblado, con varias sillas: dos a la izquierda y las otras en el piso, Anne tejiendo y canturreando en fang)

PIERRE.- ¿Anne, estas en casa? *(Entrando)*

ANNE.- Sí, ¿pasa algo? *(Escruta al acompañante.)* ¡Dios mío!

OBAMA.- Hola.

ANNE.- Pero hijo, estás sangrando. *(Con la voz temblorosa)*

PIERRE.- Los bandidos del río le atacaron. *(Le coloca sobre la silla.)* Tuvo suerte de que yo llegara a tiempo. Lo que no entiendo es por qué andabas a esas horas por esa zona.

(Anne sirve a Obama parte de la cena destinada a su esposo)

OBAMA.- Estaba de camino. Tengo que regresar.

ANNE.- ¿A Guinea? *(Le entrega el plato.)* Cuidado. Todavía sigue calentita.

OBAMA.- Sí, vuelvo a Guinea. ¡Uy! *(Se quema)*

PIERRE.- Hay rumores sobre el golpe de estado que realizó su sobrino. Parece que ahora sí habrá libertad en nuestro país, pero nosotros no pensamos volver.

(Anne se sienta a su lado.)

ANNE.- Veinticinco años no son poca cosa. *(Observa la casa.)* Este es nuestro hogar. Pero hijo, dime, ¿por qué tanta prisa? ¿No podías esperar al alba?

OBAMA: Necesito cruzar la frontera antes de que vuelvan a cerrarla. *(Tose.)* Hice una promesa y debo cumplirla.

ANNE.- Será mejor curarte.

(Anne va a por unas tijeras y vendas.)

PIERRE.- Pasa aquí la noche. Mañana ya te acompañaremos hasta la estación más cercana para que puedas coger el autobús.

OBAMA.- Gracias por la hospitalidad. *(Siente dolor al sentir el alcohol desinfectando.)*

ANNE.- Somos paisanos... Escucha, sea cual sea la razón por la que regresas, recuerda siempre que las cosas pueden torcerse.

OBAMA.- Lo sé. Pero ella me necesita ahora más que nunca

ANNE.- ¿Tu novia?

PIERRE.- *Ne sois pas kongosa, chéri.*

(Anne se posiciona detrás de su esposo.)

PIERRE.- En el armario tienes la estera, por si deseas dormir cómodamente. El baño lo tienes fuera. Cualquier cosa, avísanos, siempre y cuando no estemos trabajando.

OBAMA.- ¿Cómo sabré que estáis trabajando? La puerta me impedirá saberlo.

PIERRE.- En ese caso..., ¿tú qué harías?

OBAMA.- Me quedaría aquí para evitar líos.

PIERRE.- Ahora entiendes por donde voy. Buenas noches.

OBAMA.- Muy buenas noches.

Telón.

ACTO SEGUNDO

(Están de pie en una estación, esperando el bus. Los ciudadanos les rodean con maletas, cada uno buscando la manera de coger el primer transporte.)

ANNE.- ¿Y piensas retornar sin ningún equipaje? ¿Ni un regalo para ella?

OBAMA.- Los delincuentes se llevaron todo lo que llevaba, pero tengo esto. *(Muestra una cadena.)* Es de ella, y me hizo jurar devolvérsela el día que volviéramos a vernos.

ANNE.- Suena como una historia de amor. *(Suspira.)* Espera. *(Le sacude la chaqueta.)*

PIERRE.- Definitivamente, fue una mala idea dejarte mi chaqueta. Estás nadando en ella. *(Se burla.)*

OBAMA.- No te preocupes. En cuanto pueda pienso quitármela. Pero gracias de todos modos. *(Le estrecha la mano.)*

(Pierre le abraza como si fuese su hijo, mientras se acerca una señora con una niña de cinco años.)

SEÑORA.- Perdonen, ¿ustedes también van a Guinea Ecuatorial?

OBAMA.- Ellos no, pero yo sí. ¿Por qué?

SEÑORA.- Porque nosotras también volvemos. (*Coge en brazos a su hija.*) Necesitamos a un acompañante para los momentos cruciales del viaje. Su padre nos abandonó, y encima es nativo de este país. No tengo trabajo... (*Balbucea.*) No tengo a nadie aquí, en Camerún... Por eso vuelvo, y también para darle un futuro mejor a mi hija.

(*Anne, Pierre y Obama se miran entre sí, sopesando el peligro.*)

ANNE.- Podríais ir con él, pero tenéis que ser conscientes de que lo peor está por venir.

PIERRE.- Muy poca gente cruza la frontera. La mayoría muere en el intento, o accidentalmente o, en el peor de los casos, a manos del ejército camerunés. ¿Está segura?

SEÑORA.- Sí. Aquí vivo al día. Apenas comemos. (*Llora.*) Esto no es vida, sino un suicidio lento. Mejor pasar un infierno en casa que lejos de ella.

ANNE.- Como desee. (*Mira a Obama.*) ¿Estás de acuerdo con esto?

OBAMA.- Claro, me encargaré de que crucen sanas y salvas. (*La mira con pena.*)

PIERRE.- (*Saca varios billetes.*) En ese caso, ahí tienes la quinta parte de nuestra jubilación. De todas maneras, no sé para qué nos iba a servir. Los africanos trabajamos por necesidad hasta la muerte.

OBAMA.- No deben hacer esto.

ANNE.- Nunca tuvimos un hijo. (*Acaricia su rostro.*) Por favor, no rechaces las miserables monedas que estos ancianos te están donando. (*Llega el bus. La gente se va alterando.*) Ve con Dios, hijo.

PIERRE.- Y cuando volváis a reuniros, saludala de nuestra parte.

(*Obama coge a la niña en brazos y comienzan a alejarse.*)

PIERRE.- ¡Espera! (*Agarra a su mujer.*) ¿Por qué ella es tan importante para ti?

ANNE.- Deseamos saberlo, hijo.

OBAMA.- (*Sonríe nostálgicamente.*) Porque se casó durante la dictadura para sacarme

de Guinea, y me dio todos sus ahorros para que continuara los estudios aquí, en Camerún.

ANNE.- Debes quererla mucho.

OBAMA.- No la quiero. La amo.

PIERRE.- Que el dios negro te guíe en tu travesía.

(Anne le lanza un beso al aire, y se van.)

ANNE.- *¡Bonne voyage! (Grita entre sollozos.)*

PIERRE.- Te emocionaste demasiado. *(La consuela.)*

ANNE.- No es eso. Tengo un mal presentimiento. Hacía tiempo que no me pasaba, pero volvió.

PIERRE.- ¿Está relacionado con Obama, o con la señora y su hija?

ANNE.- No sabría responderte.

VENDEDOR.- Vuestro tirano ya cayó. Creo que es hora de que vosotros, los Equato-guinéen, volváis a vuestro país. Ya disfrutasteis demasiado de la hospitalidad camerunesa.

(Pierre intenta responder con golpes.)

ANNE.- Déjale, Pierre. *(Le detiene.)* Solo es un vendedor ambulante. Volvamos a casa.

VENDEDOR.- Eso..., huid, que es lo único que sabéis hacer. Con razón os machacan a golpes en las fronteras. *(Se ríe.)*

(Pierre y su esposa se van.)

Telón.

ACTO TERCERO

(La casa de la palabra está repleta de hombres furibundos. La mayoría de ellos llevan solo pantalones acompañados de machetes, o hilos de nailon para la pesca)

EDÚ.- No hay guantazos que corrijan a esa mujer, digo mujer..., a esa bruja. ¿Cómo se atreve a pedir a las demás que hagan una huelga de amor? ¿Qué es eso? ¿Desde cuándo nuestras mujeres nos niegan lo que es nuestro? (Señala su pene) ¡Esto... necesita relajarse!

(Todos apoyan su opinión.)

NKOGO.- *(Se posiciona en medio de todos.)* No te corto, Edú, pero... Ntutummu, tu última esposa ha querido traer la anarquía a este pueblo. Huelga de amor... ¿Dónde se vio antes? ¿Una mujer me dirá cuándo tenemos que acostarnos y cuando no? En ese caso, me caso con otra y la mando a la calle en compañía de las que piensen como ella.

EDÚ.- Exacto. *(Habla alto y con firmeza.)* Y todo, ¿por qué? Porque están cansadas de ir a por la leña, cansadas de ir a por la cosecha, cansadas de lavarnos nuestras ropas... *(Frunce las cejas.)* Cansadas, cansadas... y más cansadas

NKOGO.- Y todo porque aseguran que esos trabajos provocan abortos, o peor, el parto a destiempo. *(Ironiza.)* Si un hijo nace feo es que es feo, que nadie busque pretextos. *(Suspira.)* Ndong..., si es tu caso, lo siento, pero dile a tu esposa que deje de buscar explicaciones donde no las hay. Vuestro hijo es feo. Asumidlo. *(Se sienta.)*

EDÚ.- Y asume de una vez que tu esposa es la mala hierba de este pueblo. *(Señala a Ntutummu.)*

NTUTUMU.- ¿Me estas advirtiendo?

EDÚ.- No, pero ya es momento de que la eches. Primero vino con la moda de enseñar a leer a nuestras esposas. ¿En serio? ¿A quién le hace falta una esposa que sepa leer, teniendo seis a tu disposición que saben atender a un hombre?

ALOGO.- A mí, sí. *(Con timidez.)*

(Todos le miran. El silencio inunda el lugar por unos segundos.)

EDÚ.- Alogo..., ¿en serio?

ALOGO.- En ocasiones deseo enviar una carta a la familia que se encuentra en Malabo, pero no puedo porque no sé escribir.

EDÚ.- ¿Y por qué no le encargas a cualquiera de nosotros que te la redacte?

(Alogo mira a su alrededor.)

ALOGO.- ¿Porque ninguno de nosotros sabe escribir?

EDÚ.- Quizás ellos no sepan, pero yo sí sé escribir. *(Coloca los puños sobre su cintura.)*

(Dudando de lo que acaban de oír, se miran entre ellos.)

EDÚ.- En fin. No nos vayamos del tema. *(Se sienta rápidamente.)*

(El anciano se levanta.)

ANCIANO.- Hemos escuchado a todos, y de lo único que estoy seguro es de que esa mujer es un peligro para nuestras esposas y futuras hijas. La tradición es la tradición, y ha de mantenerse. Ntutumumu... *(Él se levanta.)* Sabes qué hacer.

(Todos abandonan el lugar.)

(Tras ellos entran las mujeres para limpiar y colocar la comida.)

NCHAMA.- Otra vez cocinaron sin machacar el plátano. A Ntutumumu no le gusta, y cuando pregunte quién fue, ni se os ocurra pronunciar mi nombre. *(Coloca los platos.)*

SALOMÉ.- Otra paliza es lo que menos necesitas en estos momentos. Te entiendo, pero, ¿sabes de quién fue la idea?

SALOMÉ.- No... ¿Quién fue? Si se puede saber...

NCHAMA.- Fue idea de la dragona, la diabla sin cuernos, la santa pecadora y, ante todo, la más hipócrita de todas.

(Entra Ayetebe sin ser vista.)

AYETEBE.- ¿De quién habláis? *(Con una mirada fría y calculadora.)*

(Ambas se asustan.)

NCHAMA.- Hablábamos de... *(Cruzan las miradas buscando una excusa.)*

SALOMÉ.- De Angüe, esa bruja que tenemos como rival, ya que, por culpa suya, nuestros hombres están enfadados.

AYETEBE.- Ah... *(Eleva una ceja.)*

(Continúan colocando la mesa con las manos temblorosas.)

(Ayetebe camina entorno a ellas, observándolas como una centinela.)

AYETEBE.- Las mujeres estamos para complacer a nuestros esposos. No lo digo yo, sino la Biblia. Implorad perdón a nuestro creador por uniros a esa estúpida huelga de amor. A quién se le ocurre dar la espada al apetito sexual de su esposo. Os dije que no os unierais, y mirad lo que pasó. *(Camina golpeando el bastón contra el suelo.)* Soy la primera esposa de Ntutumú. Di el visto bueno para que se casara con vosotras, y mirad cómo me lo pagáis, siguiendo a una mujer que en tres ocasiones dio a luz a niños muertos. *(Se santigua.)* Que dios me guarde de tanto maleficio.

SALOMÉ.- Y a nosotras también. *(Se santiguan.)*

AYETEBE.- ¿Vosotras? *(Su voz se vuelve aterradora.)* Impías y sacrílegas que habéis sucumbido al pecado, y camináis como paganas hacia el sendero del infierno. Que dios os perdone porque yo no puedo... ¡Ay señor mío, dame la fuerza del espíritu santo!

(Entra Angüe. Camina con dificultad.)

AYETEBE.- Hablando del diablo. *(Le da la espalda.)*

NCHAMA.- ¿Cómo te encuentras ya?

ANGÜE.- Mucho mejor. Un parto no es nada fácil, aunque se te muera el niño. *(Llora con lágrimas, mientras mira a Ayetebe.)*

AYETEBE.- Los castigos del señor son inescrutables.

ANGÜE.- Igual que algunas almas amargadas que envía a la tierra.

AYETEBE.- ¿Qué has querido decir con eso? *(La abofetea.)* Ya te dije una vez que metáforas, a mí, no. *(La amenaza señalando el bastón.)* Si presumes de sabes leer, yo

presumo de que tengo un esposo.

ANGÜE.- Y lo compartimos. Soy la última de sus mujeres.

SALOMÉ.- Soy la segunda.

NCHAMA.- Y yo la quinta.

AYETEBE.- Y ella la séptima y última. *(Se detiene.)* ¿A qué viene eso? Si sois bobas, asumidlo y dejad en paz a los que sí somos... *(Busca las palabras.)*

ANGÜE.- Lúcidos.

AYETEBE.- Cállate. No estamos hablando de luz. ¿Qué es eso de lúcidos? Te crees tan lista que ni siquiera te enteras cuando fallas en una frase.

ANGÜE.- Claro. *(Ironiza.)*

AYETEBE.- Eres el veneno de esta familia.

NCHAMA.- Ayetebe, gracias a ella hoy en día sé leer. Desde que se fueron los blancos y durante los once años que duró la dictadura, era imposible estudiar si eras una mujer. Pero hoy en día puedo presumir de que sé leer y escribir. Todo gracias a ella.

AYETEBE.- ¿Y a dónde te condujo saber leer? ¿No estás bajo el techo de un hombre? ¿Acaso el saber leer te ayudó a ganarte la vida? ¿Evitó que fueras la quinta mujer de un hombre que apenas se preocupa de si llegas al orgasmo?

(Nchama responde negativamente, sacudiendo la cabeza.)

AYETEBE.- Ahí lo tienes. Y mientras soñáis con ser ministras, yo procuro asegurar mi lugar y mi matrimonio. *(Mira a Angüe.)* Y repito..., los castigos del señor son inescrutables.

(Llega Ntutumumu. Todas se callan. Él se sienta y empieza a comer mientras ellas están de pie a su lado, por si necesita algo.)

NTUTUMU.- ¿Ayetebe?

AYETEBE.- Mande, esposo mío.

NTUTUMU.- Que Angüe coja sus pertenencias, y cuando digo pertenencias

incluyo a la bastarda que trajo. Esta es la tercera revuelta que provoca en todo el pueblo. La primera fue la huelga de amor. Los hombres no podíamos acostarnos con nuestras esposas sin antes haberlas ayudado en algunas tareas. (*Frunce los labios. Sigue comiendo.*) Después, vino la queja sobre los trabajos físicos. ¿Desde cuándo es un esfuerzo físico que una mujer vaya a coger leña con la cesta? Y para colmar el vaso, enseñó a leer a nuestras esposas. ¿Y todo para qué? Para que aprendáis a pensar. Uff..., lo que nos faltaba.

ANGÜE.- Ntutumu, tengo algo que de...

NTUTUMU.- ¡Cállate! (*Grita.*)

AYETEBE.- Cuando el esposo habla, la mujer escucha, y más tarde opina. Eso se llama respeto..., lista.

NTUTUMU.- Coge todas tus pertenencias y lárgate de mi casa. Llévate la dote, no me interesa que me la devuelvas. (*Sonríe.*) Serás una repudiada, y todos sabemos dónde acaban las repudiadas. Ahora, fuera de mí vista.

(*Angüe llora.*)

NTUTUMU.- Límpiate esas lágrimas de cocodrilo... y vete.

(*Sale llorando.*)

AYETEBE.- Como dije al principio, los castigos del señor son inescrutables. (*Advierte a las demás.*)

NTUTUMU.- Joder. Ahora tendré que buscar a otra esposa... ¡Qué estrés!

Telón.

ACTO CUARTO

VOZ.-

Querida Angüe:

Llevamos horas caminando. Aquello que al principio vi como un sendero de rosas, ahora se torna oscuro y espinoso. En compañía de una madre con su hija caminamos hasta llegar al río Ntem. Mi corazón iba a cien por hora porque tras nosotros venía la armada. Con el cayuco nos adentramos por el ancho y caudaloso río.

La niña de ojos marrones estaba arropada por su madre. ¡Bang! Un sonido escalofriante y violento irrumpió en mis oídos, y, al mirarla, ella estaba sangrando. Ambas cayeron en mis brazos. La bala las alcanzó a las dos. Apenas puedo articular las palabras, el pánico me invade como el invierno al verano. No quiero cargar con dos muertas, y tampoco puedo abandonarlas. ¿Qué he de hacer? ¿Acaso me perdonaría el dios negro?

Con cariño, Obama

Telón.

(La ciudad de Ebibeyin está de fiesta. Las calles repletas de bailes y vino. Algunos están sentados en las mesas)

(Obama camina fatigosamente. Tropezaba con un hombre.)

OBAMA.- Lo siento.

(Revisa sus bolsillos, y solo le queda el dinero para el último viaje.)

REMIGIO.- ¿Problemas con el dinero? *(Se acerca.)*

OBAMA.- No. Bueno..., sí. *(Suspira desesperadamente.)*

REMIGIO.- Eh, cálmate, te echaré una mano con la comida y la bebida.

OBAMA.- ¿Por qué?

REMIGIO.- Porque necesitas alimentarte. *(Ironiza.)*

OBAMA.- No. Te estoy diciendo que por qué me ayudas.

REMIGIO.- Mira a tu alrededor. Guinea entera está festejando la libertad. Dicen que en Malabo llevan una semana sin dormir, solo fiesta y más fiesta, y por eso voy a ayudarte. Tienes que disfrutar de la nueva era, sin matanzas, sin miedo, y con la futura libertad que nos aguarda. *(Lo grita con entusiasmo.)*

(Se sientan en una de las mesas. En ella están sentadas tres mujeres de diferentes edades.)

REMIGIO.- Te presento a mis hermanitas.

OBAMA.- Un placer.

(Responden asintiendo con la cabeza)

OBAMA.- ¿Alguien tiene un bolígrafo? Necesito redactar una carta.

HERMANITA I.- Tengo uno. *(Se lo entrega.)*

(Remigio frunce los labios y se va a por más vino.)

OBAMA.- ¿Se molestó?

HERMANA II.- Claro que sí. Odia vernos leer.

OBAMA.- Pero..., ¿por qué?

HERMANA I.- Porque él no sabe, pero yo sí. Soy la única de la familia que aprendió.

OBAMA.- Vaya.

REMIGIO.- *(Con fuerza coloca el vino sobre la mesa.) Vosotras, fuera. (Chasquea los dedos.)* Necesitamos hablar nuestras cosas. *(Sonríe, golpea a Obama en el hombro.)* Cosas de hombres. ¿A que sí?

OBAMA.- Como desconozco esas “cosas”, me limitaré a escuchar.

(Remigio acaba el vino de un sorbo.)

REMIGIO.- No seas tímido, colega. Otra. *(Eleva el vaso frente a sus hermanas.)*

(Una va a por más vino a toda velocidad.)

REMIGIO.- ¿Sabes por qué las trato de esa manera? *(Eructa.)*

OBAMA.- No.

REMIGIO.- Porque no hicieron otra cosa que decepcionarme. La primera no se casó, la segunda fue repudiada y la tercera... *(Sonríe con hostilidad.)* La tercera es la cualquiera del pueblo. Al principio no lo creí, hasta que mis ojos fueron testigo de ello.

OBAMA.- Y tú, ¿por qué no te casaste?

REMIGIO.- Los hombres no tenemos tanta prisa, lo podemos hacer aunque tengamos sesenta años, pero ellas... *(Se enoja.)* Tendrán que abandonar su poblado para formar parte del poblado de su esposo, y necesitan ser trabajadoras y sumisas ante las decisiones de sus maridos. Lo decían los curas españoles antes de retornar a su tierra.

HERMANA I.- Sí, pero tenemos derecho a opinar sobre nuestra propia vida.

(La abofetea.)

REMIGIO.- ¡Qué derechos ni ocho cuernos! Soy el mayor y me tenéis que respetar.

(La abofetea nuevamente. La gente se alarma.)

(Obama le detiene.)

OBAMA.- Eso se gana.

REMIGIO.- ¿El qué?

OBAMA.- El respeto. No son tus esclavas, sino tus hermanas... ¡Tus hermanas!

REMIGIO.- No eres quién para darme consejos de cómo llevar mi familia.

(La tercera hermana le golpea en la nuca con una sartén.)

HERMANA III.- En nuestra familia, eres uno más, y no el dueño.

OBAMA.- No os preocupeis... *(Se dirige a la gente.)* Se despertará al cabo de un tiempo, el golpe no fue grave. *(Habla a las hermanas.)* ¿Qué pensáis hacer?

HERMANA I.- Seguir nuestros sueños, y cuidarnos las unas a las otras.

OBAMA.- Eso es bueno. Gracias por el vino y la comida. *(Envuelve las sobras en una bolsa de plástico.)* ¿Pueden mandarme esto por correo? *(Les entrega una carta.)* Es que iré caminando, y preferiría que la carta llegara antes.

HERMANA I.- ¿A dónde?

OBAMA.- Al distrito de Niefang, al pueblo de Oluah.

HERMANA I.- Entendido.

(Obama recoge la mochila y comienza a caminar.)

HERMANA I.- ¡Espera!

(Se da la vuelta.)

HERMANA I.- ¿Por qué nos ayudaste?

OBAMA.- Porque yo también tengo a alguien especial, y me aguarda al final del camino.

HERMANA I.- Debes quererla mucho.

OBAMA.- Demasiado. Los recuerdos con ella y el reencuentro son las dos cosas que, en esta odisea, mantienen a flote mi cuerpo.

HERMANA I.- Espero que la encuentres. *(Le lanza un beso.)* Anda con el dios negro.

OBAMA.- Igualmente.

Telón.

ACTO QUINTO

(Interior de una casa. No hay mesas ni sillas, solo esteras esparcidas en el suelo. Hay tres mujeres con atuendos tradicionales exóticos.)

MAMITA.- La próxima vez procura pagarme con carne fresca. Estoy cansada de recibir plátanos y yuca por mis servicios.

(El joven sale por la puerta sin mirar atrás.)

RAMONA.- Para qué te quejas, si después del sexo no vuelven a hablarnos.

MAMITA.- ¡Ah..., sí! Lo llaman brujería.

RAMONA.- Exacto.

(Sonríen.)

VOZ.- Camina y límpiate las lágrimas.

MAMITA.- ¿Es ella?

RAMONA.- Sí, es la bruja. Ordénalo todo.

(Entra la bruja. Detrás de ella viene Angüe con una niña de unos cuatro años.)

LA BRUJA.- Chicas, os presento a vuestra nueva compañera. Acaba de ser repudiada, igual que lo fuisteis vosotras. Formará parte de nuestra hermandad. *(La mira.)* Sécate esas lágrimas, que aquí sobran. Soy la bruja, y el nombre me lo puso el pueblo por ser la dueña de la casa embrujada.

ANGÜE.- ¿Por qué el apodo?

LA BRUJA.- Me casé a los catorce años y quedé viuda a los dieciséis. No pude aguantar el contacto sexual con el hermano de mi difunto esposo, y fui repudiada. Entonces empecé a entrenar a los hombres vírgenes. *(Se queda en sujetador.)* Yo fui la maestra, en la sombra, de muchos esposos, hasta que la brujería le dio una explicación a lo que hacía... *(Habla con el rostro sereno.)*

MAMITA.- El nombre es bastante obvio.

(Angüe siente un dolor agudo bajo el vientre.)

MAMITA.- ¿Qué te ocurre?

ANGÜE.- No lo sé.

LA BRUJA.- ¿Cuántos abortos has sufrido?

ANGÜE.- Cinco. Tres a causa del trabajo duro, y otros dos por peleas con algunas rivales.

LA BRUJA.- En ocasiones las molestias las provoca la placenta, pero, si no estoy equivocada, lo que te pasa ahora se debe a una acumulación de suciedad. Levántate. Mañana buscaré las hierbas indicadas.

ANGÜE.- ¡Gracias!

LA BRUJA.- Dátelas a ti misma por la huelga de amor. Fuiste el cerebro de la primera reivindicación del poblado. Deberíamos tener el control absoluto de nuestros cuerpos.

ANGÜE.- Pero Ayetebe me dijo que aprovechasteis la coyuntura para duplicar las visitas nocturnas.

(La bruja sonríe, se levanta y se va.)

RAMONA.- No atendimos a ningún cliente.

MAMITA.- Nosotras también nos sumamos a la huelga de amor. Bueno, huelga de sexo. Nosotras no tenemos amor.

RAMONA.- Y mira que costó aguantar las ganas tanto tiempo.

(Sonríen.)

Telón.

(Angué está en el patio. La bruja está machacando unas hierbas mientras Mamita juega con la niña.)

BRUJA.- Con esta agua lavarás tus partes íntimas. *(Se limpia las manos.)* Después de hacerlo, te abrirás de piernas apuntándolas al cielo, para que el sol te dé.

ANGÜE.- ¿Y eso curará mis dolores?

BRUJA.- ¡Por supuesto! No eres tan especial como para ser la excepción.

(Angüe abre las piernas hacia el cielo.)

(La bruja se va.)

MAMITA.- Ya ni me acuerdo cuándo fue la última vez que sonrió, pero gracias a ti volvió a hacerlo.

ANGÜE.- ¿Siempre fue tan dura?

MAMITA.- No. Fue la primera mujer que protestó y se enfrentó con los hombres de la aldea.

ANGÜE.- Y fue la primera repudiada... supongo.

(Mamita asiente mientras consuela a la niña, que se ha puesto a llorar.)

(Pasa Ayetebe con un cubo repleto de ropa. Tras ella vienen Nchama y Salomé con el doble de ropa.)

AYETEBE.- Vaya modales... Definitivamente, algunas no terminaron de entender qué significa ser mujer.

ANGÜE.- ¿Y tú sí?

AYETEBE.- ¡Por supuesto! Por eso me pusieron el nombre de Ayetebe, difícil de rechazar. Mi dignidad y la de mi esposo siguen intactas. Mírate, abriéndote de piernas al aire libre, como si este pueblo le perteneciera a Satanás.

(Angüe abandona la posición en la que estaba y se pone de pie.)

NCHAMA.- No me esperaba esto de ti. ¿Desde cuándo te volviste tan vulgar?

ANGÜE.- ¿Y tú, desde cuándo aprendiste a pensar?

NCHAMA.- ¿Perdón? (*Intenta atacarla.*)

AYETEBE.- Quieta Nchama. No pierdas el tiempo discutiendo con una desterrada. Que se ahogue en su propio infierno. Por algo los hombres dicen que el diablo es una mujer.

(*Las tres santiguan al unísono.*)

(*Toman una ruta equivocada.*)

ANGÜE.- El camino al río está por ahí. (*Señala.*)

AYETEBE.- Lo sabemos..., listilla.

(*Entra la bruja.*)

BRUJA.- En ese caso, ¿qué seguís haciendo aquí? (*Llama la atención con una palmada.*)
¡Máquinas de parir!

AYETEBE.- No entiendo por qué las mujeres tienen que atacarse entre ellas, pero bueno... Las personas decentes, como yo, estamos hechas para dar ejemplo.

(*Ayetebe lanza una de sus prendas de ropa a Angüe.*)

AYETEBE.- Que dios se apiade de vosotras.

(*Nchama y Salomé se santiguan.*)

(*Se van.*)

ANGÜE.- Gracias.

BRUJA.- No me las des. Sigue con tu tratamiento, que tienes que mejorar por tu hija.

(*Angüe se avergüenza de volver abrir sus piernas.*)

BRUJA.- Debes hacerlo. (*Sonríe.*) Mi madre siempre me decía que la maternidad es una enfermedad mental: te quita el orgullo, la vergüenza, y eres capaz de hacer lo que sea por tu criatura. Toma. (*Entrega a Angüe una carta.*) Creo que será del hermano

fantasma del que siempre hablas.

ANGÜE.- No es un fantasma. *(Se le ilumina el rostro al cogerla.)*

MAMITA.- ¿De verdad tienes un hermano que se preocupa tanto por ti?

ANGÜE.- Claro.

MAMITA.- ¿No habréis...? *(Hace señas de coito con los dedos.)*

ANGÜE.- No. ¡Dios mío! ¡Qué repugnante! ¿Por qué piensas eso?

MAMITA.- *(Suspira hondo.)* Porque en nuestra cultura no existe ese amor fraternal. Nunca lo sentí, ni con mi tío hacia mi madre, ni con mis hermanos, ni con los hermanos de mis amigas del pueblo. Nunca. *(Se entristece.)* Es como si solo fuésemos mercancías para ellos. Me obligaban a casarme y, con el dinero de la dote, mi hermano podría arreglar su matrimonio con una mujer que ocupara mi lugar en el pueblo... Eres una privilegiada.

(Mamita se limpia las lágrimas.)

BRUJA.- ¿Ya acabaste de llorar?

MAMITA.- Sí. *(Gimotea.)*

BRUJA.- Entonces entra, que tienes a un cliente esperándote. *(Grita.)*

(Mamita acude deprisa.)

ANGÜE.- ¿Por qué eres tan cruel con nosotras?

BRUJA.- Porque todas somos unas repudiadas. ¿No os bastaron las lágrimas que derramasteis en vuestra primera noche de bodas, con los primeros niños perdidos, con las palizas a causa de la huelga de amor y, por último, las que derramasteis cuando os echaron de casa?

(El silencio invade a ambas.)

(Angüe derrama una lágrima.)

(La bruja la mira con desprecio.)

BRUJA.- Y encima sigues llorando.

(La bruja se va.)

(Angüe abre la carta.)

VOZ.-

Querida Angüe:

Estoy en Ebibeyin. Las festividades me encontraron estando en el interior de la selva. Me alegra volver a ver a mis paisanos pintados de felicidad. Parece que el nuevo presidente trae consigo una nueva Guinea Ecuatorial. He conocido a un señor bastante amable. Gracias a él y a sus hermanas pude alimentarme, y desahogarme con un buen vino.

Solo ansío el momento en el que te vea. Al fin podremos estar juntos después de estos once años de silencio que pasó Guinea. A todo el mundo le parece extraño que acuda a tu llamada, y hable así de ti. ¿Cómo debería portarme, si eres mi única hermana? Resiste por los dos. Verás que al final valdrá la pena, y podrás casarte con quien tú estés enamorada. No paro de pedir al dios negro bendiciones para ti. Sé cuánto sacrificaste para que pudiese continuar con mis estudios, y ahora es hora de devolvarte el favor.

¡Bang! Es el sonido que escucho antes de soñar con el momento en el que dejo caer al agua a la madre y a la hija. Sí, Angüe: lancé sus cuerpos al río.

Con cariño, Obama.

Telón.

ACTO SEXTO

(El interior de una casa destrozada, con telarañas, polvo, juguetes desparramados por el suelo, cuadros caídos al revés.)

(Entran Obama con una anciana.)

ANCIANA.- Todo sigue intacto. Y ahora, si me disculpa, iré a por el recado.

(Se va.)

(Obama va observando la casa con nostalgia.)

(Se ven unas luces.)

(Los recuerdos de Obama cobran vida, y aparecen dos niños.)

NIÑA.- Obama, mamá dijo que no cogiéramos frutas del árbol.

NIÑO.- No se va a enterar. Tú come rápido, Angüe.

VOZ.- ¡Angüe, Obama! ¿Dónde estáis?

OBAMA- ANGÜE.- Estamos aquí, mamá.

VOZ.- Os dije que no os comierais los frutos del vecino. ¿Quién fue?

(Se miran entre ellos.)

VOZ.- Obama, eres el mayor. ¿Fuiste tú, verdad?

OBAMA.- Sí.

ANGÜE.- No. Fuimos los dos.

(Luces.)

(Los niños desaparecen.)

ANCIANA.- Tu hermana estuvo aquí hace unas semanas, y dejó esto para ti.

(Le entrega una carta.)

ANCIANA.- Los chismes aseguran que fue repudiada. Espero que la encuentres antes de que sea tarde.

(La anciana se va.)

(Abre la carta.)

(Luces.)

(En torno a él aparecen los niños, jugando.)

VOZ.-

Querido Obama:

Observando estas paredes se pone en blanco mi mente, y acto seguido te veo jugando a mi lado, como en los viejos tiempos, como en los antiguos cuentos narrados por mamá bajo la bóveda celeste. Mi matrimonio no es precisamente el hogar alegre con el que toda mujer sueña de pequeña, y creo que seré repudiada.

Pero sé que es el precio que decidí pagar al casarme. El saber leer y escribir no vale nada en este poblado. En ocasiones maldigo el tiempo malgastado al lado de las hermanas misioneras. Pensé que podría usar ambas cosas en beneficio de mi matrimonio, como hacen las mujeres blancas con sus esposos, pero erré, porque aquí sobran las mujeres que piensan. Es más, es mejor no ser una. Mis anhelos se hundan en un mar de desesperanza, y la soledad invade mi cuerpo. Por las noches, ansío volver a ser una niña, pero es imposible.

Espero el momento en que el dios negro decida volver a reunirnos. Mientras, seguiré buscando la manera de sobrevivir. Hasta ese momento tratare de cuidar de mí y de tu sobrina, Asu-mbeng.

Con cariño, Angüe.

Telón.

ACTO SÉPTIMO

(Angüe está inconsciente sobre una estera. Mamita cambia las toallitas en la frente de Angüe, mientras la bruja prepara una infusión de hierbas.)

MAMITA.- Está ardiendo. *(Le tiembla la voz y las manos.)* Dios negro, por favor, haz que se mejoré.

BRUJA.- Ramona, cántale algo a la niña para que se calle. Su madre debe beber esta infusión y así le bajará la fiebre.

RAMONA.- Hoy vuelo de lejos, de lejos... Hoy vuelvo a tu casa, señor, a mi...

BRUJA.- Estúpida, esa no. Que aquí nadie se ha muerto.

RAMONA.- Lo siento. *(Sonríe.)* Los nervios. Es que no se me ocurre ninguna canción.

BRUJA.- Entonces límitate a contarle alguna historia para que no llore.

MAMITA.- No creo que la fiebre le baje.

RAMONA.- Ni yo. Miradla, está ardiendo. Será mejor que la llevemos a un médico.

BRUJA.- ¿Y dónde encontraremos uno? Los colonos se fueron, no queda ninguno por los distritos. Los pocos médicos guineanos que hay están en las grandes ciudades y en la capital.

RAMONA.- Llevémosla a Bata.

MAMITA.- ¿Cómo? Somos unas herejes de la tradición. No tenemos dinero, y tampoco podemos caminar 68 kilómetros para llegar a la estación más próxima, teniendo en cuenta que la niña debe alimentarse.

(La bruja da vueltas de un lado a otro, pensando una solución.)

(Angüe despierta.)

BRUJA.- ¿Hija, cómo te sientes?

ANGÜE.- Mi hija... Traedme a mi hija.

RAMONA.- Aquí la tienes.

(Se miran entre ellas con tristeza.)

ANGÜE.- No llores más, mi niña linda. Todo estará bien.

(Mamita llora, pero se repone al cruzar la mirada con la bruja.)

ANGÜE.- ¿Puedo pedirte algo?

BRUJA.- Lo que quieras, mi niña.

ANGÜE.- Necesito un bolígrafo y un papel. Mi hermano llegará en menos de lo que canta un gallo. *(Tose.)*

(La bruja la coge de la mano.)

BRUJA.- Respira hondo, estamos aquí. *(La consuela con un silbido.)* Estamos aquí.

ANGÜE.- En caso de que no salga de esta, quiero que le entregues la carta, y a su sobrina.

BRUJA.- Claro que saldrás de esta. *(Sonríe.)* Ya sabes que la bruja siempre tiene razón.

MAMITA.- Sí, Angüe, ella tiene un corazón helado, pero siempre tiene la razón. Saldrás de esta porque el dios negro nos ayudará.

RAMONA.- Has sufrido demasiado, la vida no puede ser tan injusta. Tú cálmate, que nosotras nos encargaremos.

(Todas colocan sus manos sobre el pecho de Angüe.)

BRUJA.- *(Sonríe con ánimos.)* Este es un final feliz, como esos cuentos que las madres les cuentan a sus hijos en las noches frías, en la cocina y al lado de la leña ardiente. Estamos contigo, hija.

(Angüe asiente con la cabeza y sonríe.)

BRUJA.- Ramona, retira a la niña. Angüe, bebe la infusión. *(Se la da.)* Ayudará a bajar la fiebre.

ANGÜE.- La carta...

BRUJA.- Entendido. Ahora voy a por el bolígrafo y el papel.

(Se detiene a medio camino.)

BRUJA.- Pero que sepas que te pondrás bien.

ANGÜE.- Lo sé.

(La bruja se va.)

Telón.

ACTO OCTAVO

(El salón de la casa de Ntutumú. La mesa está repleta de comida. Dos de sus esposas están colocando los platos.)

NTUTUMU.- Pensé que cocinaríais las cuatro tortugas, pero veo que, en lugar de eso, habéis preparado antílope.

NCHAMA.- Evitamos probar la salsa mientras introducíamos la carne en la olla, ya que la tenemos prohibida. *(Traga saliva.)*

(Entra Ayetebe.)

AYETEBE.- Exacto. No comemos tortuga, a no ser que quieras que tus hijos vengan al mundo siendo unos ancianos.

(Nchama sonrío por los nervios.)

AYETEBE.- ¿Quién ha sido?

SALOME.- ¿Quién ha sido, qué?

AYETEBE.- Falta una tortuga, y solo nosotras, las esposas, tenemos acceso a la despensa. Esta mañana encontré una olla vacía. *(Camina inspeccionándolas.)* Al principio pensé que era la comida de ayer, pero no, se preparó de madrugada. *(Alza la voz.)* ¡Nchama! ¿Quién fue? ¿Quién se comió la tortuga?

NTUTUMU.- ¿Perdón? ¿Me estás diciendo que se han comido una de mis tortugas, y que encima lo hizo una de mis mujeres?

AYETEBE.- El mal ha corrompido esta casa. *(Se santigua.)* Sabéis a la perfección quien fue, así que... empezad a hablar.

SALOMÉ.- ¿Le has preguntado a las demás?

NTUTUMU.- No son ellas.

NCHAMA.- ¿Y cómo lo sabes?

(Todos miran a Nchama a causa de su torpeza.)

AYETEBE.- Porque anoche les tocaba a las demás dormir con él, estúpida. *(Alza la voz.)*

NTUTUMU.- Ayetebe

AYETEBE.- Sí. *(Titubea.)*

NTUTUMU.- Que sea la primera y la última vez que alzas la voz en mi presencia.

AYETEBE.- Lo siento, amor. Me dejé llevar por uno de los siete pecados capitales. No volverá a pasar.

(Ntutumu golpea la mesa. Se levanta.)

NTUTUMU.- ¿Cuál de las dos? ¿Quién fue?

(Nchama y Salomé cruzan las miradas.)

SALOMÉ.- Fue...

NCHAMA.- Fui yo, fui yo. *(Balbucea.)* Por favor, Ntutumu, no me hagas daño, por favor. Te lo imploro. *(Se arrodilla, llorando.)* Me salté una de las normas de la tradición. Lo siento. No volverá a pasar.

AYETEBE.- La codicia acabará con tu matrimonio, pobre alma en pena.

(Nchama agarra las rodillas de Ntutumu.)

NTUTUMU.- ¡Suéltame! *(Colérico.)* Jamás ninguna de mis esposas me había humillado de esa manera. Te atreves a tocar una comida que es sagrada y solo para los hombres, sin la mínima consideración. ¿Te paraste a pensar cómo me sentiría si alguno de los vecinos se enterara?

AYETEBE.- Se merece un castigo físico y divino.

NTUTUMU.- Podría haberte perdonado con el tiempo, pero...

SALOMÉ.- ¿Con el tiempo? ¿Por haberse comido una tortuga?

(Ntutumú la mira fijamente. Aprieta los puños.)

NTUTUMU.- ¿También quieres unirte a ella?

VOZ.- ¡Déjenme pasar!

(Obama entra en el salón.)

NTUTUMU.- ¿Quién eres?

(Obama sigue caminando hacia él, en silencio.)

NTUTUMU.- ¡Pregunté que quién eres!

OBAMA.- ¿Dónde está? *(Irritado.)*

NTUTUMU.- ¿Quién?

(Intentan enfrentarse.)

AYETEBE.- Angüe. *(Grita.)* Pregunta por su hermana Angüe.

NTUTUMU.- ¡Ah! *(Con una actitud varonil.)* La desdichada de mi esposa.

(Obama le golpea.)

(Pelean.)

AYETEBE.- Busquen ayuda. ¡Rápido!

(Salomé y Nchama salen deprisa.)

AYETEBE.- ¡Déjalo! Donde mora el pecado... Al norte, ve al norte. Antes de llegar al río verás la casa del pecado. Ahí vive tu hermana.

(Obama se detiene un instante antes de romperle una jarra en la cabeza a Ntutumú.)

NTUTUMU.- No puedes llevártela sin antes devolverme la dote. *(Tose y se limpia la sangre de los labios.)*

OBAMA.- Impedídmelo.

AYETEBE.- Vete a por la desvergonzada de tu hermana y abandonad este sagrado pueblo. Bastante hizo esa misionera de Satán.

(Obama se pone frente a ella.)

OBAMA.- ¿Sagrado pueblo? *(Sonríe.)* Para ti no existe nada sagrado, profanas todo lo que tocas y a toda la gente que se te acerca. Si no, explícame cómo dejaste de ser la favorita de tu esposo. En el fondo sabes que él no te ama, y te arrepientes del medio siglo que pasaste a su lado. No eres más que una amargada ama de casa que juega a ser cristiana. Estás podrida por dentro. Jamás has tenido un orgasmo, jamás has disfrutado de la libertad. *(Llora de ira.)* Libertad, eso que te hacen volar, soñar... ¿No te cansas de tanta maldad? ¿No te cansas?

(Silencio.)

(Ayetebe se enfada, pero sus ojos derraman lágrimas.)

OBAMA.- *(Respira hondo.)* Todo lo que quiso ser lo ve en mi hermana, pero no es lo suficientemente valiente para aprender de ella.

AYETEBE.- Lárgate... Lárgate de mi casa. *(Alza la voz llorando.)* ¡Fuera de mi casa!

(Ntutummu observa tirado en el suelo.)

(Salomé y Nchama llegan.)

NCHAMA.- Los hombres están llegando con los machetes.

OBAMA.- Seguro que estás agotada de tanta maldad. Todavía puedes cambiar, si quieres.

(Obama se va.)

(Ayetebe llora sin emitir ningún sonido.)

AYETEBE.- ¿Qué miráis? Recogedlo todo.

(Ayetebe se sienta, derrumbada.)

NCHAMA.- ¿De veras llora?

SALOMÉ.- Jamás había derramado una lágrima, así que no sabría responderte.

NTUTUMU.- Cariño, no te creas ni una pala...

AYETEBE.- ¡Cierra tu boca!

(Silencio.)

AYETEBE.- *(Se limpia las lágrimas.)* Me voy.

NTUTUMU.- ¿Dónde? ¿Y por qué? *(Ríe.)*

(Silencio.)

AYETEBE.- Porque a mis 50 años no he disfrutado de la vida, y ahora... quiero hacerlo.

(Ayetebe se va.)

Telón.

ACTO NOVENO

(El interior de una casa. Todas llevan puesto un lapá tradicional. Angüe está tumbada sobre una manta, su cuerpo ardiendo por la fiebre.)

BRUJA.- Ocupate de la niña. Su madre necesita pañuelos empapados en agua fría.

RAMONA.- No saldrá de esta.

BRUJA.- Sí que saldrá. *(Sigue mojando las toallas como si nada.)*

RAMONA.- ¡Bruja! *(Grita.)*

(Cruzan las miradas. Ambas están sentadas a ambos lados de Angüe.)

(Silencio. Ramona gira la mirada hacia Angüe.)

RAMONA.- Mírala. *(Llora.)* No saldrá de esta.

BRUJA.- ¿Y por eso tienes que llorar? Límpiate esas lágrimas.

(A Angüe le cuesta respirar. Ramona le coge el brazo izquierdo.)

BRUJA.- Hija... Mi niña. *(Sonríe con nostalgia.)* Te contaré una historia. Cuando era

niña me vestía como una niña, hice cosas de niñas, hasta que me hicieron casarme. En esa odisea, tan difícil para muchas, maduré... Estás a punto de conocer a otras heroínas. Estarán esperándote en el pueblo, bajo la puesta de sol. Un extraño color ámbar cubrirá tu rostro, iluminándolo con paz y amor. Que las diosas negras te resguarden durante el trayecto.

RAMONA.- Cuidaremos de tu hija. *(Le tiembla la voz.)* Será la hija de todas. No tengas miedo del lugar al que vas. Otras fueron antes que tú, y nosotras iremos llegando en su momento.

(La bruja y Ramona besan a Angüe en la frente.)

(Las manos de Angüe caen al suelo.)

MAMITA.- ¿Está...?

(Ramona asiente con la cabeza.)

BRUJA.- Has luchado bastante. Vete en paz, hija. Ahora nos toca luchar por ti.

(Ramona contiene el llanto en su garganta.)

(Silencio.)

(La niña comienza a llorar.)

MAMITA.- Cálmate, amor. *(Llora.)*

BRUJA.- Déjamela. *(Le tiemblan las manos y la voz.)* ¡Ay, nuestra chiquita! No llores... No llores más, monada.

(Ramona y Mamita empiezan a llorar.)

VOZ.- ¡Angüe! ¡Angüe! Soy yo, Obama. Al fin llegué.

(Entra Obama.)

OBAMA.- ¿Y mi hermana? Se llama Angüe.

(La bruja se aparta dejando el cadáver al descubierto.)

(Obama coge en sus brazos a Angüe, y llora desesperadamente.)

BRUJA.- Hijo, esta es tu sobrina.

(Obama no quiere ni tocarla.)

RAMONA.- El dolor es demasiado. Deja que sus lágrimas limpien su pesar, y estará preparado para conocerla.

MAMITA.- La llevo a la cama.

(La bruja se sienta en el suelo.)

(Ramona ayuda a Obama a cubrir con una manta al cadáver de Angüe.)

OBAMA.- Gracias, por todo.

BRUJA.- No. Te las damos a ti por haber tenido a una hermana como ella. Su voluntad sigue viva en todas nosotras.

(Obama se sienta al lado del cadáver. Ramona le hace compañía.)

Telón.

ACTO DÉCIMO

(Obama, Ramona y la niña caminan por el mercadillo del distrito. Cada comerciante tiene su mercancía ordenada en el suelo. Algunos van comprando, y otros se quejan de los precios.)

RAMONA.- Vigila a la niña. Quiero probarme unos tacones.

(Obama coge a la niña de la mano.)

RAMONA.- ¿Qué tal me quedan?

OBAMA.- Perfecto.

RAMONA.- ¡En serio! *(Se emociona.)*

OBAMA.- Y ahora, ¿por qué te emocionas?

RAMONA.- Porque es la primera vez que me pongo unos tacones.

OBAMA.- No tenía ni idea.

(Obama la besa.)

OBAMA.- Te quiero.

RAMONA.- Y yo a ti, cariño. ¿Nos sentamos en esos bancos? Tengo los tobillos destrozados.

OBAMA.- Si apenas los llevas puestos hace un minuto...

(Se sientan.)

(Obama saca de los bolsillos una carta.)

RAMONA.- ¿Seguro?

OBAMA.- Sí. *(Sonríe.)*

RAMONA.- Después de siete meses, al fin leerás su contenido.

OBAMA.- Eso parece. *(Suspira.)*

(Obama se aleja al abrir la carta. Ramona se queda con la niña.)

VOZ.-

Mi querido Obama:

Seguro que esta es la última carta que escribiré. La vida va abandonando paulatinamente mi cuerpo. Los recuerdos se vuelven vívidos, y los sentimientos ahogan la lucidez de mi mente. Escribo desde las puertas de la muerte, aguardando tu llegada para verte por última vez, y creo que no llegarás a tiempo.

Encontrarás a tu sobrina. Todavía no le puse un nombre pero..., ¿puedes hacerlo tú por mí? Por favor, que sea un nombre que evoque la valentía, la autonomía

y el amor. Mis anhelos la acompañarán en su trayectoria, y espero que la eduques según nuestras costumbres y, ante todo, según la ciencia.

Las últimas líneas te las dedicaré a ti, mi hermano, aquel que me trató como a una igual. El finito sendero que fue mi vida siempre estuvo abrigado por ese amor fraternal, que no existe en todas las etnias. Orgullosa de ser tu hermana, orgullosa de ser una repudiada, alzo mis alas al cielo dispuesta a volar, a soñar, y a ser libre de nuevo.

Con amor, Angüe.

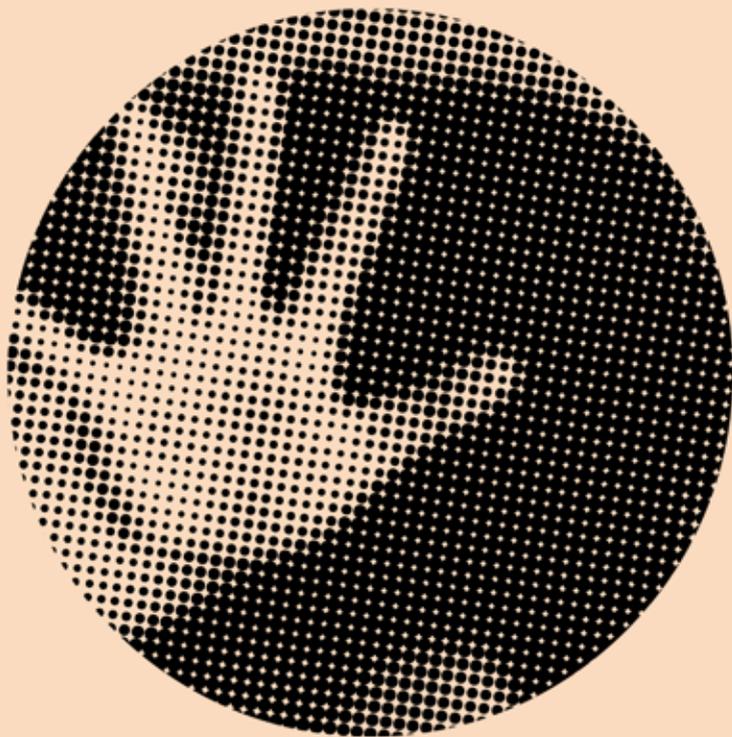
(Obama cierra la carta. Sonríe y vuelve a sentarse.)

RAMONA.- ¿Qué tal?

(Obama sonríe, y la besa.)

(Luces.)

Telón.



Sección especial Raquel Ilombe

VOLVER A EMPEZAR



Nelia Botey Topapori

CAPÍTULO 1

MI BARRIO

Me llamo Chelo, pero la gente de mi barrio me llamaba Chelito. Me gustaba porque me hacía sentir inocente. Era una niña alegre y sonriente.

Mi historia comenzó en el barrio Alcaide (un barrio de la ciudad de Malabo) donde vivía con mis padres. Mi papá era carpintero y mi mamá, moza en una de esas empresas de limpieza.

Soy la antepenúltima en una familia de cinco hermanos: cuatro varones y yo, la única del sexo opuesto. Cuando mis padres se iban a trabajar me quedaba con ellos cuidando la casa, ya fuera en época de clase o en vacaciones.

El ambiente en nuestro barrio era muy tranquilo. Vivíamos en un barracón de madera, una construcción muy habitual en nuestras ciudades, que emplean algunos caseros para ganar más. En el vecindario convivíamos con gente de diferentes etnias de nuestro país.

Por las tardes nos dividíamos en dos grupos: uno de chicas y otro de chicos, todos de la misma generación. Realizábamos diferentes actividades, aunque al final nos fusionábamos y compartíamos experiencias.

Todo era normal. Si entre nosotros había riñas, entre todos se solucionaban. Nos considerábamos una familia porque daba igual si yo comía en la casa de Vanesa o Mayra, mis dos mejores amigas, y mi madre no se enfadaba si ellas, a su vez, cenaban en la mía. Sus madres eran muy buenas cocineras, preparaban unos manjares exquisitos, y yo me consideraba una buena catadora de sus alimentos. Cada vez que iba a comer a casa de alguna, le decía a sus madres: “Tía Ana (o tía Maja), lo de hoy ha sido bestial”. Y con una sonrisa me contestaban: “Gracias, mi niña”. Cómo no estar feliz, si tenía ya el estómago bien lleno.

Todo cambió con el atardecer del 20 de septiembre. Después de acabar con mis tareas caseras me fui al baño para darme una ducha. Al llegar me di cuenta de que en mi ropa interior había sangre. Me asusté, no sabía qué era, y salí de inmediato para avisar a mi madre:

—¡Mamá, mamá, al quitarme la braga para bañarme he visto sangre, pero no sé en qué momento me hice una herida!

—Chelo, es normal. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Trece.

—Pues lo que te pasa es que tienes la regla.

¡Eehh!

Exclamé porque algo me habían dicho en clase, pero no me imaginaba que eso me sucedería a mí.

—Ya eres una mujer. A partir de ahora debes cuidarte mucho, y cuando tengas un novio avísame, ¿vale?

—Sí.

Tenía que dar una respuesta positiva, porque si decía lo contrario... no viviría para contarlo, porque mi madre tiene un carácter muy fuerte, es de esas estrictas. En el vecindario la apodan “Mamá Ninja”. Este nombre siempre se pronunciaba a sus espaldas porque, si se llegase a enterar, sería capaz de demostrarle a cualquier persona lo que puede hacer un ninja en combate. Ella insistió:

—¿Te has enterado de lo que te he dicho?

—Ajá, sí, me he enterado.

—Más te vale. ¿Qué día es hoy?

—20 de septiembre

—El próximo mes, en estas mismas fechas o incluso antes, te volverá a bajar la regla. Eso dura entre tres y cuatro días. A veces te dolerá el vientre, pero tendrás que aguantar porque es algo normal. Esto se llama compresa y de esta manera se utiliza, ¿vale?

Mi madre me lo explicaba con todo lujo de detalles, hasta llegar al extremo de decirme que, en sus tiempos, utilizaban paños o toallas que cortaban nuestras abuelas y nuestras actuales madres. Me sonaba asqueroso, pero bueno... Era lo que había, cada etapa con sus cosas. Menos mal que a mí no me tocó ese momento, o que a mi mamá no se le ocurrió utilizar las dichas toallas. ¡Vaya asco!

Continuamos con las clases de mamá.

—Chelo, ya eres una mujer. Te lo vuelvo a repetir, cuídate. El mes que no te baje la regla podrías tener un problema, porque quizás ya estés embarazada.

Cuando esa mujer dijo la palabra “embarazada”, mis ojos se pusieron como los del gato de nuestra vecina cuando ve algo que le asusta.

—¿Te asusta la palabra, verdad? Pues si no te cuidas, es lo que te sucederá.

Las clases duraron casi siete minutos sin incluir la parte práctica, donde explicaba cómo ponerlo. Se puso tan pesada como mi profesor de matemáticas.

¡Ufff, qué alivio cuando terminó! Cuando salí de la habitación, mi padre estaba en el sofá con una agenda. Me dio la impresión que el hombre nos estaba escuchando y que se había tomado como algo personal las clases de mamá. Me miró de una manera muy sospechosa, y eso me puso algo nerviosa.

No sé lo que quería de mí esa pareja. Parecía que había cometido un crimen. ¡Todavía no estaba embarazada! Solo me había bajado la regla. Pero bueno...., como había dicho mamá, a partir de ahora a cuidarse.

Me vestí y toda esa tarde estuve como una niña a la cual sus padres habían reñido por haber robado. No me junté con las demás. Me sentía asqueada porque tenía la impresión de que la compesa se caería.

El segundo día fue mejor que el primero, y así sucesivamente. Después de esto, mi vida volvió a la normalidad.

CAPÍTULO 2

COMO NOS CONOCIMOS

Ese día era viernes. A mí me gustaba este día de la semana. A mí los viernes me sonaban a vacaciones, aunque fuera por solo dos días... o casi uno, porque el domingo, a partir de las cinco de la tarde, me entraba la preocupación de que al día siguiente mi vida volvería a ser igual: ir a clase y aguantar a esos profesores, sobre todo al de matemáticas. Ese curso, a él le tocaba la primera hora de los primeros tres días de la semana. Por cierto, todavía no os he dicho a qué colegio iba y qué curso hacía. Asistía al centro privado Nuestra Señora de Bisila, situado

en las inmediaciones del barrio Semu, y estaba en primero de ESBA.

Después de clase ya tenía programadas todas mis tareas. La parte más difícil era aguantar a mis hermanos, sobre todo al más pequeño de la casa.

Al salir del cole tenía que repartir la comida que mamá dejó en la olla para los tres, ya que mis dos hermanos mayores ya eran independientes y vivían con sus novias. Pensaba que algún día sería tía. No sabía cuándo, pero lo sería.

Después de comer repartía las tareas con mi otro hermanito, y al benjamín lo tenía que bañar y dejarlo tumbado en el sofá para que yo pudiera trabajar con calma.

Al terminar de fregar la casa, aquel día me dirigí al baño común que hay en el patio para poder tirar el agua. Al querer abrir la puerta, me di cuenta que había una persona en el interior del cuarto de aseo. Aguanté unos minutos, pero parecía que a la persona que estaba en el interior le había dado por tomar el lugar como una sala de relax. Yo grité:

—¡Dios mío! ¡Pero qué pasa! ¡Es un baño común, no uno individual!

Después de mis quejas, la puerta se abrió y del interior salió un joven. ¡Guau! Al verle, la rabia que tenía se desvaneció y me quedé con la boca abierta. Era un chaval muy guapo. Bueno, según mis ojos, porque lo que veía era estupendo.

Su cara era desconocida en el barrio.

—Buenas tardes. Perdón por hacerte esperar. No era mi intención.

—No, no pasa nada. Casi ya no me urge ir al baño. ¿Vives aquí?

—Soy nuevo en el vecindario. He venido a vivir con mi tía Angue, la señora que prepara buñuelos con haricot.

Estaba ahí, frente a mí, con la toalla atada, en cueros, con el pecho mojado de agua. Yo no miraba el cubo que tenía en la mano porque no me interesaba, a no ser que, por curiosidad, quisiera saber el tipo de ropa interior que llevaba y que había lavado después de bañarse.

Intenté mantener una larga conversación con el chico nuevo del barrio, pero el lugar y el momento no era el adecuado. Además, el cabrón de mi hermanito me

vino a recordar las tareas que me quedaban por hacer.

Tiré el agua y volví a mi realidad cotidiana.

Faltaba poco para que el reloj marcara las cuatro, y mi mamá ya estaba a punto de llegar a casa. Debía darme prisa para que ella encontrara todo en su lugar. Así podría cocinar pronto.

Como predije, mamá llegó y, como todos los días, traía cara de cansada.

—Chelo, ¿ya pelaste los plátanos y limpiaste la carne que dejé?

—Sí mamá, todo ya está.

—Pues coge mi bolso. Antes de relajarme voy a cocinar rápidamente. Así acabo pronto y descanso de una vez.

Después de que mamá terminara de cocinar, bañé al benjamín de la casa, me bañé y... ¡a cenar!

Todavía era temprano para irnos a la cama. Además, era viernes y me mataba la curiosidad por saber más sobre el chico nuevo del barrio. Me fui a ver a mis compis, Vanesa y Mayra.

—¡Chicas! Esta tarde, cuando fui al baño, me encontré con un chico que dice que vive aquí pero no le conozco de nada.

Omití todo lo que me pasó al verle. Eran mis amigas, pero como yo misma no entendía qué me pasó, tampoco sabía cómo explicarlo. Mayra dijo:

—¡Yaaa! Es el primo de Djordy. Se llama Juanín, acaba de venir a vivir aquí. Vivía en Bata y las cosas no le iban bien ahí. Por eso su tía le llamó para que venga a Malabo a buscar empleo. Según me ha dicho Djordy, no terminó la secundaria y no creo que vaya a buscar un trabajo de oficina.

—¡Vale! Seguro que le tocará uno de esos estajos, pero deseo que le vaya bien —añadió Vanesa.

—Mi hermano trabaja en el supermercado EGTC —intervine yo—, y lleva años en ese lugar. Por eso dejó los estudios y, no voy a mentir, no le va nada mal. Incluso a veces, cuando mis padres no dan abasto con las facturas, él les

echa una mano. Lo sé porque en varias ocasiones yo he sido la encargada de ir a coger el dinero. Puedo hablar con él para que se encuentre con mi hermano y así conseguirle un puesto de trabajo allí.

—¡Señora! ¿Eres tonta? —me contestó Vanesa— Deja que el chico se espabile. Ni que fueras gestora.

Entre nosotras, Vanesa era la más estricta. Tenía un carácter fuerte como si fuera la hija de mi madre. Pero bueno, en esta vida no todos podemos ser iguales.

No lo podía negar, a mí me gustaba ese chico. No sabía si era amor, pero cada vez que le veía... me ponía tonta.

CAPÍTULO 3

NUESTRO PRIMER BESO

Se aproximaban las vacaciones de diciembre y estábamos con los exámenes finales del primer trimestre. Me encontraba luchando fuertemente para que, en mi boletín, el color azul tuviera más presencia que el rojo. Mi madre siempre me decía que el curso se aprueba desde el primer trimestre, y eso me ponía aún más nerviosa.

El día de entrega de boletines era un viernes. Estaba un poco alterada porque en el último examen de matemáticas tuve algunas dificultades, pero bueno..., que fuera lo que Dios quisiera. En esos momentos esperamos un milagro del altísimo aunque no hubiéramos estudiado.

Fui con mi padre para retirar mi boletín y, al tenerlo en la mano, él me miró con cara de desesperación. Este gesto me tuvo en ascuas hasta que, al final, sonrió y me dijo: “¡Enhorabuena, nena, lo has conseguido!”. Me entregó el boletín y yo, con una sonrisa bien dibujada en mi cara, me puse a saltar.

—Papá, papá, he aprobado todo ¡Estoy muy contenta!

—Sí hija, has hecho un gran trabajo y te mereces un premio. Dime qué quieres que papá te compre en estas fiestas navideñas.

—¿De verdad te puedo pedir lo que quiera?

Me puse pensativa: “Este hombre intenta desafiarme..., o piensa que, como estoy muy eufórica, pediré unos nuevos zapatos o ropa nueva... Y eso no me preocupa. Aunque no se lo pida, por obligación me lo tendrá que comprar”.

—Papá, como regalo quiero que me des permiso para ir a la fiesta de Nochebuena que hemos organizado en el barrio.

—¿Solo eso?

—Sí, solo eso. Te lo digo para que, cuando lleguen las doce, no me vengas a buscar o mandes a tu mujer para que venga a decirme, en medio de mis amistades, que ya es tarde. He aprobado y, por favor, quiero pasar un momento agradable con mis amigos.

—Ok, así será. Te lo has ganado. Ahora vamos a casa.

Como una niña con zapatos nuevos salí del centro en compañía de mi padre. El boletín lo tenía en mis manos, como una bandera ondeando.

Al llegar al vecindario, observé que la gente se dividía en dos grupos: algunos tristes por no superar el trimestre, y otros, como yo, eufóricos.

Me junté con mis amigas Mayra y Vanesa para organizar la fiesta. Sinceramente, los planes consistían en cómo nos vestiríamos, qué tipo de trenzas nos pondríamos y otras cositas más.

Llegó el gran día, 24 de diciembre. Estábamos divinas, bueno..., eso nos parecía. La fiesta se realizaba en la casa de nuestro casero, que vivía en el mismo vecindario, ya que su hijo formaba parte del comité organizador del evento.

El propietario de nuestras viviendas se había ido a la región continental para pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo con la familia que tenía en esa parte del país. Sus primogénitos no le acompañaron, ya que sabían lo que iban a montar a sus espaldas.

Llegaron las once de la noche y la cena en nuestra casa ya estaba lista. Evité comer porque sabía lo que me esperaba. Además, quería que el vestido se me ajustara a la perfección. Solo me faltaba elegir el momento preciso para despedirme de mis viejos. Mi madre me dijo:

—Señora, antes de ir a tu fiesta deja todo ordenado.

—Mamá, mis hermanitos ya están en la cama y he dejado todo en su sitio.

Con estas palabras me despedí de ellos rumbo a la casa de mis amigas, para que juntas fuéramos al lugar de la reunión.

Era la primera vez que iba a una fiesta por la noche. Estaba contenta porque por primera vez no estaría en un evento en el que tuviera que estar vigilando a mis hermanitos cuando fueran correteando entre la multitud, o sea, haciendo de niñera.

Las tres salimos de la casa de Vanesa rumbo a la celebración.

Al llegar al lugar había unas caras desconocidas, pero nos daba igual, porque la mayoría era gente de nuestro vecindario.

Nos dirigimos a la mesa para coger algo de comida, sin abusar para seguir manteniendo la figura del vestido. Al dar media vuelta, mis ojos se encontraron con los de Juanín. Él no pudo evitar venir hacia mí. En realidad, yo lo deseaba.

—Hola Chelo ¡Qué guapa estás!

Yo, con una sonrisa bien grande en los labios, le respondí:

—Gracias. ¡Tú también estas muy guapo!

—¿Sí? ¿Has tomado algo?

—No, acabo de llegar. Primero quería comer.

—Pues vamos a por algo para bajar la comida.

—¡Vale!

Nos dirigimos al lugar donde tenían la bebida. Juanín cogió una cerveza y me la entregó.

—No bebo alcohol. Bueno, nunca lo he bebido.

—Pues siempre hay una primera vez. Además, yo no voy a permitir que te emborraches. Tampoco beberás mucho. Solo prueba un poco y después te doy un refresco, ¿vale?

—No es buena idea, pero dame. Solo probaré un poquito.

Cogí la botella de San Miguel Fresca y bebí un poco. Después se la entregué y él se la acabó. Después dijo:

—Vale, vamos a sentarnos a un lugar para que puedas comer con tranquilidad, y después... ¡a disfrutar de la noche!

Me buscó un sitio y se sentó a mi lado mientras yo devoraba las alitas de pollo que tenía en el plato. Estaba tan a gusto con su compañía que me olvide de mis amigas.

Pasaron las horas y la fiesta se ponía cada vez más caliente. Juanín me invitó a bailar y yo ni loca le hubiera dicho que no. Fuimos a la pista y yo hice lo que pude. En cambio, él... Su manera de bailar me derretía. Este chico... Me había enamorado de él.

Después de bailar varias canciones teníamos el cuerpo empapado de sudor y decidimos salir a tomar el aire. Nos fuimos a un lugar un poco apartado y él me tomó de la cintura. Me subió un escalofrío tan grande que, por un momento, me olvidé del calor que hacía. Me di la vuelta y sin darme cuenta ya tenía su boca pegada a la mía. El chico me dio un beso y yo, como principiante, no sabía cómo corresponder. Pero me dijo: “Tú solo sigue lo que yo haga, ¿vale?”

No controlé el tiempo porque en ese momento me daba igual todo. Me sentía la dueña del mundo y todo era perfecto..., hasta que vino su primo Djordy a llamarle.

—¡Di man! Ven, tenemos que brindar todos juntos.

—¡Ok, voy!

A mí el brindis me daba igual, ni me iba ni me venía, ya que acababa de pasar uno de los momentos más agradables de mi vida.

La fiesta continuó hasta las tantas. Después de mucho mover la cintura y tragarme varios refrescos combinados con algunas cervezas (estas últimas no las tomaba voluntariamente), me acordé que tenía amigas. A Mayra y Vanesa las encontré en un rincón de la casa. A decir verdad, también estaban bien acompañadas. Me alegré al ver esa imagen. De esta manera no me sentía tan culpable, ya que, esa

noche, todas habíamos pecado. Les advertí:

—¡Chicas, ya es tarde! ¿Cuándo nos iremos a casa?

—Yo todavía no tengo sueño... Pero, si ya estáis cansadas, mejor nos vamos —contestó Vanesa.

—Mejor nos vamos a dormir, que mañana es otro día. Además, la fiesta continuará más tarde —la apoyó Mayra.

Las tres nos fuimos a casa juntas, ya que estábamos en el mismo vecindario. No nos resultó difícil llegar.

Me metí en la cama con una sonrisa de oreja a oreja. No pude conciliar el sueño con toda esa alegría que me embargaba. Solo pensaba en mi primer beso. Era lo más bonito que me había pasado. Eso que dicen en las telenovelas, que cuando estás enamorada sientes maripositas en el estómago, parecía cierto, pero yo a esas mariposas les añadiría unas pequeñas dosis de corriente eléctrica. Después de ese beso no sabía qué iba a pasar. Pero bueno..., el tiempo lo diría.

Minutos después amaneció. Todavía continuaba el ambiente festivo, ya que era 25 de diciembre.

CAPÍTULO 4

NO SÉ QUE ES TENER UNA RELACION

Esas vacaciones de fin de año fueron las mejores de mi vida. Los días pasaban rápidamente y cuando me acordaba de que las clases iban a dar inicio... ¡Uf! Me daba repelús.

Todos los días me veía a escondidas con Juanín. No sé cómo nos espabilábamos, pero lo conseguíamos.

Al final hablé con mi hermano y le consiguió un puesto de trabajo en el supermercado EGTC, situado en la rotonda Fishtown.

Todo iba sobre ruedas. Juanín logró independizarse y se buscó una casa en

el barrio de Elá Nguema, que le quedaba cerca de su puesto de trabajo. A mí me entregó una copia de las llaves de su nuevo domicilio. Era pequeño, pero cómodo. Al fin y al cabo, eran sus primeros pasos, y con lo que cobraba no le daba para mucho. También la familia que dejó en la región continental esperaba algo de él.

De vez en cuando me escapaba de clase para ir a su casa. En otras ocasiones inventaba ejercicios en grupo. La parte negativa de mi aventura fueron mis calificaciones académicas, que tuvieron un descenso brutal. Esto provocó que convocaran a mi padre.

Él se reunió conmigo después de clase para saber que me pasaba, si tenía algún problema o no disponía de suficiente tiempo para poder realizar mis deberes. A mí lo único que me ocurría era que sentía la adrenalina del primer amor, pero eso no se lo podía decir a mi papá porque de inmediato me enviaría a un internado en cualquier rincón del país. Cuanto más lejos, mejor para él.

Después de la charla que me dio mi padre decidí concentrarme en mis estudios, pero era imposible. Ese chico me tenía loca. Las distracciones en clase eran constantes. A veces ni siquiera iba al colegio. Me desviaba y me iba a su casa a pasar las primeras horas de la mañana.

Transcurrieron los meses y mis calificaciones iban a peor. En la entrega de notas mi padre no estuvo contento, como la vez pasada. Me armó una buena bronca desde el centro hasta casa. A esto hubo que añadir lo que me hizo mi madre después de salir de su trabajo. No lo pensó dos veces y me dio una buena paliza. Me dolía todo el cuerpo. Lo único que me vino a la mente fue escaparme de casa. Cogí algunas de mis ropas, las puse en mi mochila y salí escondidas de la casa de mis padres con un cabreo de mil demonios, rumbo a mi nuevo hogar. No sabía cuánto tiempo estaría ahí.

Tenía una copia de las llaves de la casa de Juanín, porque a esas horas él todavía seguía en su trabajo. Abrí la puerta y me tumbé sobre el pequeño sofá que había en la sala. Después de un tiempo me entró sueño.

Horas después comencé a escuchar una voz lejana que poco a poco se hizo más presente. Era Juanín, que acababa de llegar del trabajo.

—¡Chelo, Chelo! ¿Qué haces aquí a estas horas y con esta mochila?

Con una voz de medio dormida le respondí:

—Me he escapado de casa. El trimestre no me ha ido bien y mis padres no solo me han echado una bronca, sino que también han añadido una paliza. Como veras, mi cuerpo está lleno de moratones.

—¿Y por eso te has escapado? ¿Tú estás tonta o te lo haces?

—¿Cómo que tonta? O sea, ¿para ti es normal que me hayan pegado? ¿Solo con gritarme no bastaba? Pensaba que tú me entenderías, pero veo que no.

—Mira, no es que no te entienda. El problema está en que no te puedes escapar de casa porque tus padres te hayan castigado. Es normal que lo hagan porque no acabas de ganar precisamente un premio nobel. Chica, ellos quieren que tu estudies, y que en el futuro seas tú quien se ocupe de ellos con tu salario de directora, o qué se yo... Mira, no ha sido una buena idea.

A mí me daba igual el sermón de Juanín. Yo ya había tomado mi decisión, y, fuera buena o mala, era mía, y ya estaba hecha.

—Chico, yo a esa casa no vuelvo, así que no me eches tú también, porque no tengo donde ir.

—Que estés aquí no es problema. Solo te digo que no has tomado la mejor decisión.

Su último comentario me entró por una oreja y me salió por la otra. Me levanté del sofá y fui a la habitación a dejar mis pertenencias. Él se quedó sentado en el salón y no me volvió a decir nada durante varias horas.

Llegó la noche, y le siguió un nuevo amanecer, Juanín se preparó para ir a su rutina diaria.

—Chelo, te he dejado dinero para comer sobre la mesita. Sabes dónde está la abacería más cercana. Puedes ir allí a comprar si quieres cocinar algo. Yo me voy.

Tras escuchar su mensaje me volví a dormir. No tenía prisa, ya que no me sentía como una fugitiva. Después de un tiempo me levanté e hice lo que me dijo. A mediodía escuché llaves en la puerta y sentí con un poco de miedo. Pensaba que era un ladrón, pero no. Era Juanín que venía a descansar.

—Aaah, eres tú. Pensaba que era un ladrón.

—¿En serio? Pues prepárate porque tengo malas noticias.

—¿Quién se ha muerto?

—Por ahora nadie, solo que hoy, en el trabajo, tu hermano ha venido a pedir permiso a los jefes. Quería el día libre para resolver un asunto familiar. Cuando le he visto salir de la empresa me he acercado para saber qué le pasaba, y me ha contado que sus padres le llamaron anoche porque su hermanita, o sea, tú, no había dormido en casa. Chica, te están buscando. ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? Nada. Te lo dije ayer y hoy te lo vuelvo a repetir: yo a esa casa no vuelvo.

Me relajé tumbada en el sofá que había en el salón. Juanín puso cara de preocupado, pero eso a mí ni me iba ni me venía. Cuando se dio cuenta de que no le hacía caso, se rindió y cambió su rostro. Ahora ya me caía mejor.

Pasaron los días y yo seguía en casa de Juanín, mientras en mi antiguo barrio mis padres seguían con el corazón en un puño, preocupados por no saber nada de mí. Una mañana, inesperadamente, llamaron a la puerta. Me puse nerviosa porque estaba sola en la casa y era una... “fugitiva” (de esa manera me llamaba Juanín. Aunque lo veía gracioso, él tenía toda la razón). Sigilosamente me fui acercando a la puerta y me asomé. Al mirar, resultaron ser Mayra y Vanesa. Las chicas conocían la vivienda porque una vez nos inventamos un ejercicio en grupo, y aprovechamos esta excusa para pasar la tarde allí. De inmediato abrí la puerta y les di un abrazo.

—¿Cómo estáis? Os he echado mucho de menos, entrad.

—¿Chica, qué te pasa? —me dijo Vanesa—. Te has ido de casa de tus padres de la noche a la mañana. Ellos están muy preocupados y no saben qué hacer. Aún estas a tiempo de volver.

—No sé qué te pasa —añadió Mayra—. ¿Quieres matar a tus viejos de un susto? Ellos ya no están para estas cosas. Vuelve a casa para que puedan dormir tranquilos.

—Ni siquiera os habéis sentado y lo primero que hacéis es darme un buen sermón, pesadas.

—No es sermón, es un consejo —contestó Mayra—. Mira, nuestros padres son nuestros padres. Hagan lo que hagan, eso nunca cambiará. Nos quieren y, aunque a veces utilizan un poco de mano dura, esa es su manera de mostrar su amor hacia nosotras.

—Chica —insistió Vanesa—, te lo vuelvo a repetir: vuelve a casa y líbranos a todos de esta angustia.

—¿Habéis terminado? Me lo voy a pensar, pero, por ahora, no les digáis a mis padres que estoy aquí.

Después de unos minutos cambiamos de conversación. El ambiente se hizo más ameno. Tras unas cuantas horas, las chicas se despidieron de mí y se fueron, pero no sin antes recordarme el motivo por el cual vinieron. Yo, por supuesto, les dije que no se preocuparan, que volvería a casa lo más pronto posible, pero que solo esperaba que no dijeran a mis padres donde estaba.

Me volví a tumbar en el sofá del salón y allí pasé el resto del día pensando. Tenía que tomar una decisión que marcaría el futuro de mi vida. Cuando ya estaba a punto de decidirme, escuche unas llaves en la puerta. Era Juanín.

—Hola, mi amor. ¿Estás ahí? ¿Cómo has pasado la tarde?

Vino con una cara muy sonriente, como si le hubiera tocado el gordo en la lotería. Lo que más me gustó fue lo que dijo cuando entró en la casa. A decir verdad, estaba a punto de tomar la decisión de volver a casa de mis padres, pero cuando Juanín me expresó su amor, me dije: “Yo aquí me quedo y que pase lo que tenga que pasar”.

—Sí, estoy aquí donde me dejaste.

El amor fluía. Hubiera querido detener ese momento, ya que era uno de los días más felices de mi vida.

Así comenzó mi nueva realidad. En cuanto a mis padres, yo los visitaba de vez en cuando. Eso sí, los primeros días aprovechaba las horas en las que ellos no estaban en casa para ayudar con los trabajos caseros y cuidar de mis hermanitos. De esta manera fui rompiendo el hielo, hasta el momento en que ellos asumieron que ya había tomado mi decisión.

Cuando la relación con mis padres se afianzaba, la mía con Juanín empezó a degradarse. Llegaba siempre tarde a casa. En mi presencia recibía llamadas de mujeres y siempre me traía una historia diferente: que si eran compañeras de trabajo que necesitaban préstamos, o que si eran clientas que le pedían algunos artículos... A veces me tragaba el cuento, y, otras, me moría del disgusto. Esta angustia me llevaba a mi cama antes de tiempo.

En mi nueva comunidad me llevaba bien con los vecinos, en especial con dos personas. Una era la señora Alegría, una mujer de cincuenta años que convivía solo con su esposo, ya que sus cuatro hijos ya eran adultos y se habían independizado. Ella era mi mentora. Me enseñaba como convivir con un hombre, me daba recetas de comida africana y europea... Esa mujer aportó mucho a mi vida. Le tenía un afecto especial, no sabía por qué, y ella a mí también.

Un día me contó que el cariño que me tenía surgía de la falta de una hija, ya que solo tuvo varones, y mi presencia vino a reemplazar ese vacío.

Mi otra amiga fue Raquel, una chica de veinte años que vivía sola. Era muy activa, le gustaba la marcha y siempre me aconsejaba. Sobre todo me decía que tenía que cuidar mi físico, porque constituía un arma muy poderosa para la mujer.

—Chelo, eres jovencita, pero ya convives con tu novio. Arréglate, cambia tus trenzas a menudo, hazte la manicura y pedicura y acostúmbrate a pintarte. Mira, presiona a tu pareja para que te dé dinero, porque trabaja... ¿No? Eso sí, no debería darte menos de cincuenta mil. Te llevaré al mercado para que te hagan una mezcla de cremas para tu cuerpo y verás...

Con estas nuevas amistades, Mayra y Vanesa quedaron en segundo plano, pero eso no significaba que las hubiera olvidado. Eso nunca. Ellas eran mis hermanas.

Le saqué mucho provecho a los consejos de mis dos nuevas profesoras. Con Raquel cambie mi look, y de mamá Ale, como la llamaba cariñosamente, aprendí a ser una mujer. Mientras, la relación con Juanín empeoraba. Un día tuvimos una fuerte discusión por unos mensajes que había en su teléfono. No paraba de decirme las mismas mentiras de siempre, ese cuento ya me lo sabía de arriba abajo. Yo seguí insistiendo, y llegó un momento en que, sin darme cuenta, recibí una bofetada, luego otra y otra más... Minutos después ya estaba tumbada en el suelo.

—Chelo, lo siento, no era mi intención golpearte. ¡Mira hasta donde hemos llegado con tus celos estúpidos! Lo siento, mi amor. Por favor, perdóname. Mira, estoy borrando los mensajes para que veas que no significan nada.

Esas palabras calmaron el dolor que tenía. Me levantó, me abrazó y me dio un beso. Yo, entre sollozos, me dejé llevar.

Al día siguiente amanecí con un dolor de cuerpo tremendo y algunos moratones. Intenté disimular, pero cuando me encontré con Raquel se dio cuenta y puso el grito en el cielo.

—¡Chelo! ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado un coche?

No tenía palabras para explicarle lo que me había ocurrido. Ella misma lo dedujo..., y acertó.

—¿Cómo puedes dejar que tu novio te pegue de esta manera? ¡Chica, a este paso te va a matar! ¿Mamá Alegría ya sabe lo que te ha pasado?

—¡Raquel, no es para tanto! Además, es la primera vez que ocurre y, la verdad, yo lo provoqué.

Pero me dejó con la palabra en la boca y se fue corriendo a casa de mamá Ale para contarle lo ocurrido. En menos de dos minutos las dos ya estaban frente mi puerta y, sin pedir permiso, entraron con Alegría gritando:

—¡Mi niña! ¿Qué ha pasado?

Sin poder evitarlo le conté el suceso de principio a fin, y con la cara llena de lágrimas.

—Te voy a decir algo. Todavía eres una niña. No permitas que te estén maltratando de esta manera. Esta es la primera vez. Después habrá una segunda, una tercera, y así sucesivamente.

Después de la charla se fueron a sus hogares, y yo me quedé recapacitando sobre todo lo que me habían dicho. Pensándolo bien, tenían razón.

Llegó la tarde y Juanín volvió del trabajo. Me encontró tumbada en el sofá que yo había bautizado como “el sillón de lamentos”.

—¿Mi amor, cómo estás? Te he traído algo para comer.

Se acercó y me dio un beso. Después de este suceso pasamos varios días sin ningún incidente. Todo fue bien por un tiempo, hasta que el señor reanudó sus llegadas tardías a casa. Pasaba todo el tiempo fuera y, a veces, cuando volvía, el alcohol era su perfume. La situación cada día iba a peor, hasta que se lo conté a mis mentoras del barrio. Raquel me advirtió:

—Chelo, yo te digo que tu pareja tiene otra chica. Mejor dicho, otras.

—¿Por qué lo dices?

—¡Por la manera en la que se comporta! A ver, desde que vives con él, ¿cuántas veces habéis salido a dar una vuelta como pareja?

Por unos segundos me puse a pensar.

—¿Ves? Ni te acuerdas. ¿No te das cuenta de que este chico se avergüenza de ti?

—Mi niña —añadió mamá Ale—, lo que te voy a decir es que te sientes con él y que habléis, que sepas en qué estáis.

—¡Vale! Hablaré con él e intentaré que pongamos los puntos sobre las íes.

Después de la reunión matinal, ellas se fueron a sus quehaceres, mientras yo pasaba todo el día en el sofá de las lamentaciones, pensando en mi vida. Después de varias horas llegó Juanín. Me preguntó cómo me encontraba y, para calmar la situación, trajo comida preparada con algunos zumos para acompañar.

Pasamos varios días sin ningún incidente. Todo iba tan bien que hasta me olvidé de hablar con él sobre sus sentimientos hacia mi persona.

Pero una mañana, después de que Juanín se fuera al trabajo, apareció Raquel en mi casa con cara de preocupación. Me asusté tanto que, por unos segundos, pensé que por la noche la habrían agredido unos ladrones, ya que ella siempre entraba en su casa a altas horas de la noche. Ella estudiaba en el centro profesional Mpá Sipaco, que se encuentra cerca de Radio Asonga, en el centro de la ciudad de Malabo. Estaba en su segundo año de Recursos Humanos. A pesar de que salía mucho, ella era una chica de principios y tenía unas metas. Después de sus clases yo no sabía por dónde iba, pero salía de noche porque no tenía a nadie a quien dar explicación del porqué de su tardanza. Pero ahora la veía con cara angustiada

y yo también me alteré.

—¿Chica, qué te pasa? Siéntate y dime cuál es el problema.

—Mira, lo que te voy a contar espero que no arruine nuestra amistad, ¿me entiendes?

Esas palabras me preocuparon, pero le seguí la corriente.

—¿Cuál es el problema?

—Eres una persona que me caíste muy bien desde que te conocí. Eres como una hermanita para mí y, si algo te molesta, me molesta a mí también. ¿Me entiendes?

—Señora, deja de marear la perdiz y ve al grano.

—Tenía mis sospechas, pero ayer las confirmé. Tu novio, el chico con quien vives, que cuando quiere te pega, no te lleva a pasear, viene a altas horas de la noche a tu lado, muchas veces borracho, y, como broche de oro, cuando cobra su salario te da migajas porque siempre te dice que tiene deudas que pagar. Este, sí, este chico al que tú siempre echas flores cuando hablas de él..., está teniendo relaciones con una jovencita del barrio de al lado. Conozco el nombre y la casa de la chica.

La noticia llegó como un jarro de agua fría. Pasaron unos minutos hasta que asimilé la situación.

—¿Cómo lo sabes?

—Chica, soy de la calle. En esta zona no hay nada ni nadie que se mueva sin que yo lo sepa. Te puedo decir hasta cuantos hijos bastardos tiene nuestro casero. Tú solo ponme a prueba.

—Te sigo preguntando... ¿Cómo lo sabes? ¿Les has visto juntos?

—¡Pues sí! No una, ni dos ni tres veces, sino varias. Cuando me dijiste que tu novio últimamente llegaba tarde en casa, empecé a sospechar. Un día le vi en un bar del barrio que te he dicho. Al día siguiente lo mismo, y así en cuatro ocasiones más. Lo más curioso es que siempre estaba acompañado de una chica a la que, de casualidad, conozco, aunque no somos íntimas. Utilicé un truco que nunca me falla cuando quiero conseguir algo.

—¿Cuál?

—Me hice amiga de la hermanita pequeña de tu rival. Siento llamarla así, pero es la verdad. Me hice su mejor amiga... Eh, no te preocupes. Ella no ocupa el espacio que tú tienes en mi corazón. Nuestra amistad fue solo por interés. Además, ya tengo lo que quería y ahora pasaré de ella. Pero bueno, como te decía, me dijo desde cuándo sale tu novio con su hermana, qué hace por ella, cuántas veces han salido de fiesta, cuánto dinero le entrega mensualmente e incluso sus planes de futuro...

—¿Ahora qué voy a hacer, si ya tienen hasta planes de futuro?

—Mira, por eso te aconsejé desde el principio que te arregles, que seas despierta y, de esta manera, las chicas no se atreverán a salir con tu hombre, porque muchas tendrán miedo de tu carácter y se imaginarán lo que serás capaz de hacerles si las pillas con lo que es tuyo. Ahora, con más razón, debes ser avispada. No abandones el barco, y no dudes de que yo te voy a ayudar. Cuando él venga hazte la tonta, como si no hubiéramos tenido esta conversación. Sírvete como siempre lo haces y, aprovechando ese momento de relax, pídele dinero, y que no sea menos de cincuenta mil francos. Si le pides menos, te juro que yo misma te echo de esta casa.

—¿Y si dice que no tiene?

Con esta pregunta Raquel se echó a reír. No le veía sentido a esta risa, pero bueno, ella sabría.

—Por eso vas a empezar por una cantidad superior, para que de esa manera vaya bajando. Es como en el mercado cuando vas a comprar. Si el comerciante te dice que el producto cuesta veinte mil, y tú dices que tienes diecisiete mil, él te dirá: “Socia, dame dieciocho mil”. Y tú se los entregaras, ¿verdad?

—Pues sí

—Entonces así debes trabajar. Tú siempre solicitas una cantidad superior a la que necesitas y, regateando, acabarás consiguiendo lo que quieres.

De esta manera actúe. Cuando llegó Juanín le preparé la cena y, aprovechando la coyuntura, le pedí ochenta mil francos. Justo como dijo mi amiga, regateamos hasta que me dio cincuenta mil. La verdad, no sabía ni para que los quería. Pero

bueno, ningún dinero sobra.

Al día siguiente me fui corriendo a ver a Raquel y contarle como fue todo. Ella se alegró y añadió otro ejercicio. Tenía que decirle a mi pareja que, el próximo curso escolar, me gustaría retomar mis clases. Lo pensé y no era mala la idea.

Lo primero que hicimos con el dinero que me entregó Juanín fue ir al mercadillo. Compré unos vestidos espectaculares porque, según mi amiga, eran los que estaban de moda. Yo la creí porque ella siempre iba perfecta. Incluso después me sobraba algo de dinerito, y con él aprovechamos para ir a hacernos la manicura.

—Mira lo que vas a hacer hoy. Cuando vayas a casa ponte sexi con estos vestidos que hemos comprado. A partir de ahora te vas a lucir, y cada tres semanas, como máximo, le vas a pedir más dinero.

—¿Eso será ya un abuso? No cobra mucho, y también tiene familia en Bata que depende de él.

—Sí, y una novia en casa, y una amante en el barrio siguiente, y las otras que por ahora no conocemos. Chica, a mí no me vengas con cosas de lastima. Por eso está abusando de ti. Si quiere mujer..., o mujeres, pues que gaste.

—Ok. ¿Y qué haremos con el dinero que me va a dar?

—Cuando lo tengas ya veremos, que a mí siempre se me ocurren planes.

CAPÍTULO 5

OTRA MANERA DE VIVIR MI VIDA

Con los consejos de mis maestras, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. No solo cambié de aspecto físico, también de carácter. Con el paso del tiempo aprendí y apliqué en mi vida la frase “la vida te hace fuerte”. Con esta transformación, Juanín ya no pasaba tanto tiempo fuera de casa y me daba explicaciones de sus actos, aunque la mayoría eran mentiras. Yo, haciéndome la tonta, le escuchaba. Por primera vez comenzamos a vivir como una pareja joven.

Una mañana, antes de que se fuera al trabajo, me dijo que por la tarde iríamos

a dar una vuelta. Me sorprendí, pero en el fondo me encantó. Fui corriendo a casa de Raquel para contarle la noticia. Ella me dio instrucciones de cómo debía vestirme y otros detalles no menos importantes.

Me apresuré a realizar las tareas caseras para dejar mi hogar en perfectas condiciones, ya que no sabía a qué hora volvería, ni en qué estado. Llegó la tarde y Juanín volvió del trabajo. Se dio una ducha y se cambió. Me dijo:

—¿No te vas a vestir?

Según me aconsejó Raquel, debía dejar que se preparase él primero. Así, cuando yo me presentara, le sorprendería. Justo fue lo que pasó, bueno, también me sorprendí a mí misma. Era otra con el maquillaje que me enseñó a ponerme Raquel y con el vestido que llevaba. Lo mejor fue que no me puse tacones porque, aunque combinaban con el vestido, mi manera de caminar con ellos lo estropearía todo.

Nos fuimos a cenar a un restaurante elegante. Vale, a mí me parecía que lo era, por lo poco que salía. Al principio todo iba bien, hasta que apareció la camarera. Juanín le guiñó un ojo, y a eso le añadió una sonrisa seductora. Me puse de los nervios.

—¿Qué haces?

—Pues ser amable. Que yo sepa, eso no es un delito.

—¿Tú que te crees, que soy estúpida o tonta? Ni siquiera mi presencia te impide ligar. Serás...

—Chica, yo solo intentaba ser amable con la camarera, es algo normal. De hecho, no ves que ella también me ha respondido con una sonrisa. Pero yo sé que no tienes la culpa. Esto te pasa por estar confinada.

—¿Y quién tiene la culpa de que yo siempre esté en casa?

Me puse muy furiosa, y él no paraba de darme excusas vanas que ni me iban ni me venían. Yo solo tenía ganas de coger por el cuello a la camarera para recordarle que ese era mi hombre. Pero bueno, no era conveniente enseñar mis malos modales en un lugar como ese.

Acabamos la cena con discusiones hasta llegar a casa. Al entrar, la bronca fue a

más y, de repente, recibí una bofetada, y otra, y otras, hasta que perdí la cuenta de los golpes. ¡Dios mío, pensaba que ya había superado esa etapa! Todo me dio vueltas y, por un minuto, pensé que iba a morir por el dolor que sentía.

Vestido y maquillaje malgastados..., y todo por una camarera. Ni siquiera la comida me sentó bien. Y, para rematar, ocurría esto... ¡Menuda noche! Hice todo lo posible para levantarme del suelo. A rastras me pude acercar a la cama, donde me tumbé y, sin darme, cuenta, me quedé dormida.

Horas después, me levanté y pude constatar que el señor de la casa no estaba. ¿Cuándo se había ido? No lo sabía. Intenté abrir la puerta y me di cuenta que estaba cerrada con llave. Solo me quedaba una opción: seguir durmiendo.

Amaneció y Juanín seguía fuera de casa. Minutos después oí que llamaban a la puerta. Me ilusioné pensando que era él y que, como siempre, vendría a disculparse. Pero esta vez no era así. La llamada era de Raquel, que venía a saber cómo me fue la noche. Sin yo haber sacado una palabra de mi boca, al verme a través de la ventana ella se puso a gritar.

—¡Dios mío! ¿Otra vez? Lo tuyo ya es demasiado. ¿No se suponía que ayer iba a ser un día especial?

—¡Tú lo has dicho! Una noche inolvidable.

—¿Para vosotros lo inolvidable es dar golpes? ¿Y ahora qué ha pasado?

Yo le conté todo lo que había ocurrido sin dejarme nada... Bueno, excepto la parte en la que pensaba en agarrarle el cuello a la camarera. Eso lo omití.

Por unos minutos Raquel se quedó pensativa, como si conociera de algo a la camarera, ya que le describí el lugar y la persona. Le pregunté:

—¿Qué te pasa? Te noto muy callada.

No me dio una respuesta contundente, pero yo no tenía la cabeza para muchas cosas porque, en esos momentos, me dolía demasiado. Mi prioridad era buscar unos analgésicos para calmar mi jaqueca.

Después de varias horas llegó Juanín, y no me dirigió ni una palabra. Las disculpas que yo esperaba no llegaron. Así pasamos varios días, hasta que me cansé de la situación y seguí los consejos de mamá Alegría. Le pedí que nos

sentáramos y habláramos. Al final conseguimos llegar a una solución, y aproveché el momento de paz para exponerle el tema de reanudar mis clases. No me puso ninguna pega.

Volvimos a la normalidad y todo fue como hacer borrón y cuenta nueva, pero yo juré que, si algún día volvíamos a ir a cenar, nunca sería en aquel restaurante. Cuando ya parecía que todo iba bien, me enteré de que mi novio tenía una relación amorosa con la dichosa camarera. ¿Quién me lo contó? Pues la única persona que siempre me daba, según decía, “informaciones de actualidad”. Sí, fue Raquel. Ella me dijo que cuando le expliqué lo ocurrido en el restaurante le entraron las dudas y decidió hacer lo que mejor se le da: investigar.

Como la primera noticia que me dio, esta también cayó como un jarro de agua fría. Me quedé helada. No sabía qué hacer.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

Pasó varios segundos riéndose. Para mí no era nada gracioso, pero ella no paraba, hasta que...

—¿Que cómo me he enterado? Chica, ¿dudas de mis habilidades? Sabes que cuando me propongo algo, lo consigo. Siéntate y cierra tu boca, que todavía no he empezado.

A decir verdad, no me senté voluntariamente, sino que fue ella quien me empujó hacia el sofá. No fue nada agresivo, solo es que quería acabar de contarme la información.

—Mira, cuando me dijiste el nombre del restaurante me acordé de que mi compañero de clase, Arturo, es uno de los chefs de ese local. Aproveché uno de esos días después de salir de clase para invitar a mi colega a tomar una cerveza. Antes de entrar de lleno en el tema que me interesaba, primero tuve que hablarle de otras cosas, para no levantar sospechas. Después de mucha palabrería llegamos al asunto.

Arturo me contó que su compañera, o sea, la camarera, lleva saliendo con tu novio desde hace tres meses. Dice que él le sufraga todos sus gastos. Cuando digo todo, es todo: le paga la casa, sus gastos personales y todo lo demás. Y no sabes lo más fuerte: la guapa ingresa su salario en el banco porque tiene planes de finalizar así el pago de un terreno. Mientras tú estás aquí pensando en la mala situación

económica que está pasando tu pareja, él está cuidando de otras personas. De muchas..., excepto de ti.

—No digas eso. Él me cuida.

—Dándote migajas... Y, para conseguirlas, encima debes recibir antes unos buenos golpes. ¡Chica, abre los ojos! Este chico no te ama. Solo te quiere ver sufrir. Todavía eres muy joven para que un hombre te rompa el corazón y te marchite el cuerpo.

En esos momentos no supe qué hacer, mi mundo se vino abajo. Raquel tenía razón. Juanín solo me hacía sufrir.

—¿Qué hago ahora? ¿Cómo vuelvo a empezar? Me escapé de la casa de mis padres pensando que aquí sería feliz. ¿Con qué cara vuelvo?

—Mira, vamos a buscar una mente más madura para que nos diga lo que debemos hacer.

Cuando Raquel se refería a una mente más madura, hacía referencia a mamá Alegría. De inmediato salió en su busca. En poco tiempo ya estaban en mi casa.

—¡Mi niña! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

No se lo pude explicar porque mi llanto sonaba más fuerte que mis palabras, Raquel se encargó de hacer este trabajo por mí. Al fin y al cabo, fue ella quien abrió el cajón de...

En aquellos momentos mi mente estaba nublada y, si hubiera tenido que tomar alguna decisión, habría sido la de agarrar por el cuello a la maldita camarera y darle una buena lección. No podía ni verla.

Mamá Alegría preguntó a Raquel si estaba bien segura de todo lo que me había contado. Ella le contestó que sí.

—Mira, mi niña, lo que tienes que hacer primero es calmarte, ¿vale? Cuando venga Juanín, tú haces como si no sabes nada de la camarera. Le preparas la comida y que se relaje. Mantén una conversación amena, y ahí aprovechas para preguntarle lo de la chica, pero sin discutir.

No le prometí nada, pero la que se moría de la rabia era Raquel. Estaba a punto

de reventar e, incluso, me propuso que, cuando llegara Juanín, yo la llamase y que, juntas, le rompiéramos la cabeza. Hasta le llamó cretino ¡Uf, que fuerte! Pero es que tenía razón. No era para romperle la cabeza, sino una de las piernas: así no lo tendría tan fácil a la hora de ir a ver a la...

Después de varias horas de consuelo y decisiones acerca de cómo llevaría el tema, ellas se fueron y yo me quedé sola en mi sofá de las lamentaciones. Este sillón ya había recibido más lágrimas mías que alegrías. Pobre, hasta pena me daba.

Para intentar relajarme me fui a darme una ducha. Más tarde llegó Juanín. Intenté llevar las cosas con calma, como me dijo mamá Ale, pero, en pocos segundos, se desató la tormenta. Él negaba la relación y yo insistía que sí. Entre el no y el sí, acabamos a golpes. La pelea fue tan fuerte que hasta los vecinos tuvieron que intervenir. ¿Y quién estuvo en primera fila? Raquel. Esta chica no se perdía ni una. No sabía si era una bendición haberla conocido, o lo peor que nunca me pasó. Pero bueno: lo hecho, hecho está.

Minutos después estuve otra vez en el suelo. Esta vez los golpes fueron más duros. Lo peor fue que algunos de ellos los recibió mi vientre. Fueron tan fuertes que perdí el conocimiento. Después de un tiempo desperté en una cama del hospital, y la persona que estaba a mi lado era mi madre, con tantas lágrimas en los ojos como si hubiera pasado cinco horas llorando.

—¡Hija mía, gracias a Dios estás viva! ¡Dios, gracias por devolvérmela!

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Qué me ha pasado?

No creía que los golpes que me había dado Juanín hubieran sido tan graves como para traerme a un hospital. Quería saber qué había pasado realmente.

—¿No te acuerdas de nada?

—Pues lo último que sé es que Juanín y yo estuvimos discutiendo y que me caí.

—Sí, te caíste y perdiste la conciencia. Una vecina tuya nos dijo que estabas mal y que te habían traído al hospital. Cuando llegué aquí me dijeron que te estaban viendo los doctores. Hija mía, estabas muy mal. Hasta temíamos por tu vida.

—¿Y Juanín?

—No me hables de ese desgraciado. Ha intentado matarte y ahora no aparece.

Me puse a llorar. ¿En qué se había convertido mi vida? Mi madre, a pesar de todo lo que la hice, estaba ahí conmigo. Segundos después aparecieron Raquel y mamá Ale, y solo me dieron palabras de consuelo.

El doctor entró en la sala con su séquito de enfermeros. Pidió que las visitas salieran, excepto mi madre, y se dirigió a mi cama.

—Chelo, ¿cómo te encuentras ya?

—Bien

—De verdad que puedes decir que bien, porque estas mucho mejor que cuando llegaste. Mira, niña, a ti te trajeron porque tu pareja te había pegado, pero lo que detectamos fue que la paliza que te dio te provocó un aborto.

En ese momento abrí mis ojos más que nunca, y mi mamá volvió a entonar la canción del llanto. No lo podía contener, y yo también me puse a llorar.

—Estabas embarazada de cinco semanas, y por el maltrato perdiste a tu bebé. Pero no llores. Dale gracias a Dios, porque te está dando una nueva oportunidad. ¿Vas a clase?

Yo le respondí que no, pero que tenía la intención de hacerlo cuando se iniciara el nuevo curso escolar.

—Pues te voy a dar un consejo. Hijos tendrás, pero cuando tú misma lo decidas. Eres joven y tienes una vida por delante. Estudia y conseguirás un buen trabajo y un hombre que te valore por lo que tú eres, y no uno que te tomará como si fueras un saco de boxeo. Al final serás tú la perjudicada. Mañana se te dará de alta y podrás volver a tu casa.

Después de estas palabras, el doctor volvió a retomar su camino, continuando con su labor. Segundos después entraron en la sala Raquel y mamá Alegría. Raquel vino directamente donde me encontraba con lágrimas en los ojos y preguntándome sobre el diagnóstico del doctor. Yo, entre sollozos, se lo expliqué. Ella no paró de llorar, y lo que más me conmovió fueron las palabras que dijo:

—La culpa es mía. Yo te di esa información, y si hubiera sabido que esto ocurriría nunca hubiera abierto la boca. Esto me pasa por charlatana. Chelo,

perdóname, te lo pido.

—La culpa no es tuya, sino mía, por pensar que todo lo que brilla es oro. En cambio, te agradezco que me hayas sacado de esta. No solo eres mi amiga, sino también la hermana que Dios me ha dado. Las gracias debería dártelas yo por todo lo que has hecho por mí.

De repente nos interrumpió mi madre y mamá Alegría. Ambas se pusieron a consolarme. En esos momentos me sentí vulnerable y a la vez especial, porque a mi lado tenía a gente que de verdad me amaba y que querían lo mejor para mí.

Horas después mis visitas se marcharon y me quedé con mi mamá, que pasó toda la noche conmigo, hasta que me dieron el alta.

—Hija, ya nos podemos ir, ya pagué la factura. Ahora la decisión es tuya. ¿Vuelves con tu pareja o vienes conmigo?

En esos momentos se me nubló la mente y, después de unos segundos, le dije que volvía con ellos a casa.

CAPÍTULO 6

BORRON Y CUENTA NUEVA

Cuando pasaron seis meses tras retornar a la casa de mis padres, mi vida ya no era la misma. Los amigos que antes tenía en el barrio se comportaban conmigo de manera diferente. A Vanesa y Mayra les tocó una suerte distinta a la mía: sus padres pudieron ahorrar y las mandaron fuera del país para continuar con sus estudios.

Durante todo este tiempo Raquel no se apartó de mí, siempre estuvo a mi lado, e incluso me hizo la matricula en el centro profesional Nana Mangue, donde actualmente estudio enfermería.

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. En casa de mis padres ya me consideraban adulta. A decir verdad, ya lo era.

Llegó un día especial: mi amiga se graduaba y quería acompañarla en este momento tan importante de su vida. Ella era una loquita, pero lo que me encantaba de Raquel es que se marcaba sus objetivos y los cumplía.

Para este acto me puse un vestido bonito que la misma anfitriona del acto me compró. Un vestido negro estrecho que me llegaba antes de la rodilla. Le dije que era un poco corto y llamativo, y ella me contestó que esa era la intención: ¡Llamar la atención de la gente!

Antes de salir me miré al espejo y la chica que yo veía me gustaba. Era guapa y decidida.

Me dirigí al evento, que se realizaba en la sala de actos del Centro Cultural Español de Malabo. Al llegar encontré el aforo casi lleno y tuve que ocupar una de las sillas traseras. No me arrepentí porque tenía buena visibilidad. Además, todo estaba bien organizado.

Cuando comenzaron con la entrega de diplomas me sentí tan eufórica... La mayor parte de las graduadas eran chicas, y esto me dio muchas más ganas de seguir adelante con mi vida.

Entonces le tocó el turno a Raquel. Me levanté y comencé a ovacionarla. A mi lado se encontraba un joven que también se levantó en ese momento. No le di importancia, ya que el público había venido a arropar a los graduados.

Acabada la actividad, fui a encontrar a mi amiga. Las dos nos abrazamos. También se sumó el joven que estaba sentado a mi lado, Raquel le dio dos besos y él la felicitó. Me presentó al chico. Era su primo, y la persona que la motivó para que siguiera con sus estudios.

Los tres nos fuimos a festejarlo a un local elegante, donde pasamos un momento muy agradable. Después me llevaron a casa, y allí el primo me pidió mi número de teléfono. Yo amablemente se lo entregué. Al fin y al cabo ya éramos familia.

Días después recibí una llamada. Era la del primo de Raquel. Se llamaba Emiliano. Era un joven de veinticinco años y la vida no le iba nada mal: a su edad ya había montado su propia empresa de paquetería.

Durante dos meses Emiliano y yo nos fuimos conociendo hasta el momento en que me pidió que fuera su novia. Esta vez quise hacer las cosas bien. De

hecho, cuando me pidió que fuera su pareja, yo le explique por todo lo que había pasado y que no quería volver a repetirlo. Me prometió que esta vez sería todo lo contrario. De hecho, me pidió presentarse formalmente ante mis padres, y yo acepté la propuesta.

Un año después de la petición de mano ya estamos casados tradicionalmente. Ahora convivimos juntos en el barrio Buena Esperanza I. Estoy embarazada de dos meses y esto no me impide continuar con mis clases. De hecho, mi pareja me apoya.

Lo último que supe de Juanín fue que está cumpliendo condena en la cárcel pública de Black Beach por una paliza mortal que le dio a una de sus novias. La chica estaba embarazada de un mes y él le exigió que abortara porque no estaba listo para ser padre. Ella se negó, y él la golpeó de tal manera que su cuerpo no lo pudo resistir, y murió.

Cada día le doy gracias a Dios por darme una segunda oportunidad. Pensándolo bien, ahora yo podría ser la chica muerta en manos de Juanín.

Dicen que cuando se te cierra una puerta, otra se abre. Disfrutaré al máximo ese camino que se abre ante mí.



CERTAMEN LITERARIO

*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

Publicación que recoge la propuesta del Consejo Editorial (2020) del “Certamen Literario 12 de Octubre, día de la Hispanidad”, convocado por los Centros Culturales de España en Bata y Malabo entre los escritores en lengua española de aquellos países que comparten vecindad en los Mares de Guinea.

